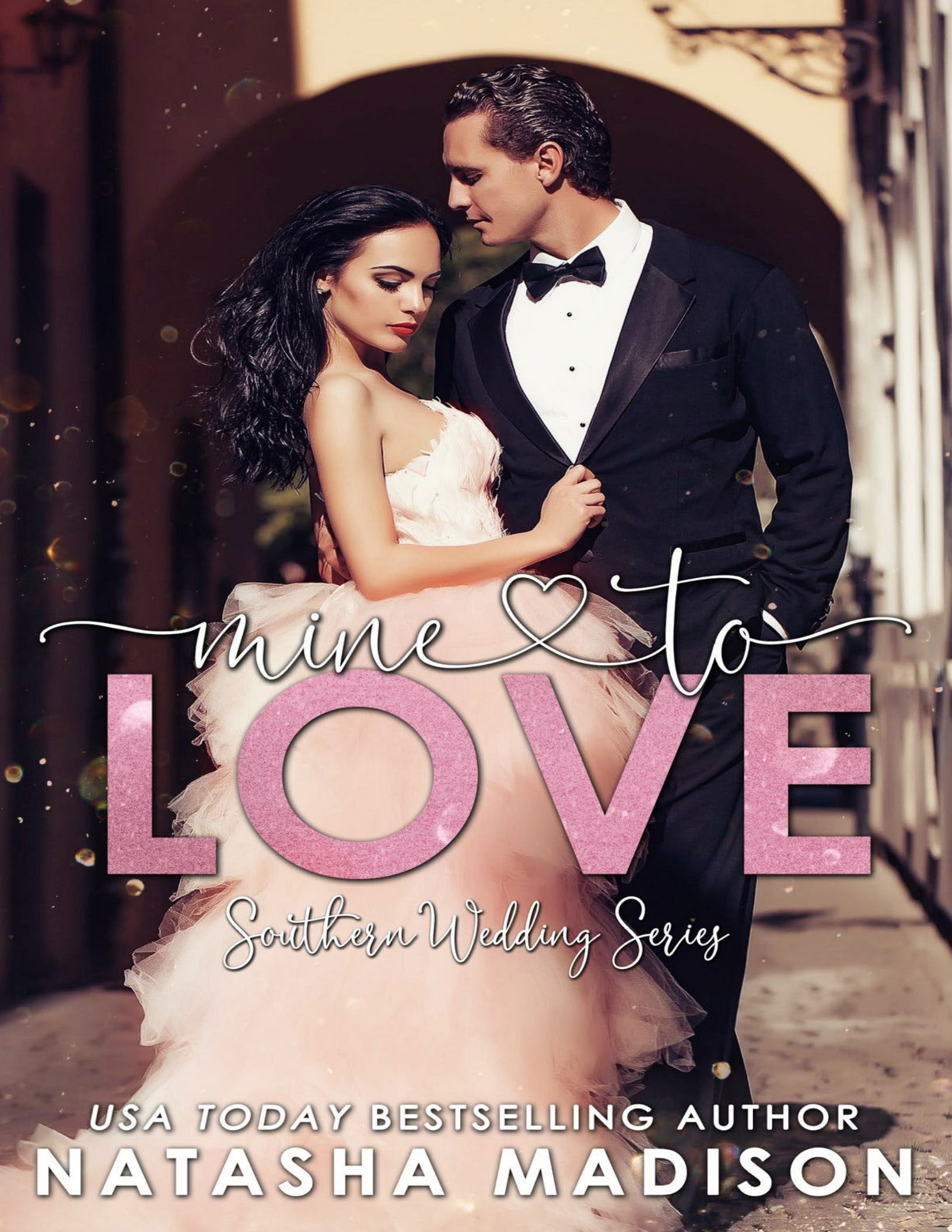

mine to
LOVE
Southern Wedding Series
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
NATASHA MADISON



LOVE

Southern Wedding Series

mine to

LOVE

Southern Wedding Series

NATASHA MADISON









NATASHA MADISON

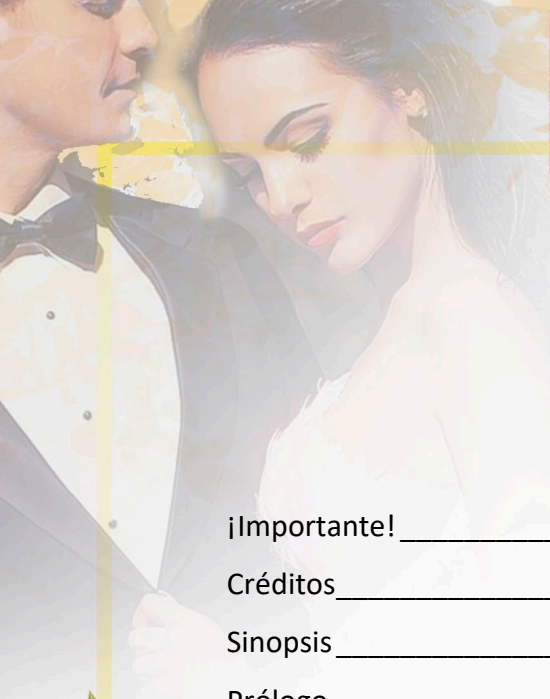
mine to

¡Importante!

Esta es una traducción hecha por fans y para fans sin fines de lucro, por lo cual NO tiene costo alguno. Por favor, no nos menciones en redes sociales, ni comentes que leíste un libro en español que no fue sacado por una editorial, cuídanos para que así puedas leer muchos libros más en español. Recuerda, esto es un trabajo SIN FINES DE LUCRO, solo pedimos tu apoyo en que nos cuides y puedes hacerlo no mencionándonos en redes sociales ni escribiendo en el perfil de la autora que has leído su libro en español.







LOVE

Southern Wedding Series

Contenido

¡Importante! 3
Créditos 5
Sinopsis 6
Prólogo 8
Capítulo Uno 9
Capítulo Dos 16
Capítulo Tres 23
Capítulo Cuatro 32
Capítulo Cinco 39
Capítulo Seis 49
Capítulo Siete 58
Capítulo Ocho 65
Capítulo Nueve 73
Capítulo Diez 80
Capítulo Once 89
Capítulo Doce 97
Capítulo Trece 105
Capítulo Catorce 115
Capítulo Quince 125
Capítulo Dieciséis 134
Capítulo Diecisiete 142
Capítulo Dieciocho 150
Capítulo Diecinueve 158
Capítulo Veinte 167
Capítulo Veintiuno 174
Capítulo Veintidós 183
Capítulo Veintitrés 191
Capítulo Veinticuatro 199
Capítulo Veinticinco 208
Capítulo Veintiséis 216
Capítulo Veintisiete 224
Capítulo Veintiocho 233
Capítulo Veintinueve 244
Epílogo Uno 255
Epílogo Dos 267
Mine To Take 275
Este Libro Llega A Ti En Español Gracias A 277

NATASHA MADISON

mine to



LOVE

Southern Wedding Series

Créditos

Traducción

VALKARIN24

Corrección

Hada NYX

HADA Anya

Diseño, Epub

Hada Anjana







NATASHA MADISON

mine to



LOVE

Southern Wedding Series

Sinopsis

De la autora de bestsellers de *USA Today, Natasha Madison, llega un* **romance de pueblo pequeño y de embarazo sorpresa.**

¡Nada dice para siempre como dos líneas rosas!

PRESLEY

Después de las bodas desastrosas de mis hermanas, nunca me casaré.

Me quedaré soltera para siempre.

No importa que esté enamorada del mejor amigo de mi hermano.

O que Bennett y yo ni siquiera deberíamos ser amigos con beneficios.

Hasta que el signo positivo me dice que estoy embarazada.

BENNETT

Me enamoré de Presley cuando tenía dieciocho años y me pidió un favor.

Ella no quería ir a la universidad siendo virgen.

Dije que no, pero ella me besó y me perdí en ella.

Años más tarde, la tomaré con las reglas que me dé.



LOVE

Southern Wedding Series

Ella piensa que esto es solo una aventura. Está equivocada.

Porque ella siempre ha sido mía para amar.







NATASHA MADISON

mine to

Prólogo

Querido amor,

Por primera vez, nadie se va a casar.

Tenía tantas esperanzas de que Presley encontrara al indicado y mordiera el anzuelo, pero no pudo hacerlo.

O al menos eso es lo que pensaba.

Pero…

Un pequeño signo de positivo lo ha cambiado todo. Ahora, se está poniendo un poco pegajoso. Especialmente porque el futuro papá está listo para arrodillarse.

¡Él va a necesitar un milagro para que ella camine por ese pasillo!

¡El tiempo lo dirá!

Besos y abrazos

NM

Capítulo Uno

PRESLEY

Golpeo el volante con mi uña perfectamente cuidada mientras canto la canción que suena en la radio cuando llego a la oficina. Estaciono mi auto al lado del de mis hermanas, luego tomo mi café con leche helado y mi nuevo bolso de *Yves St. Laurent*. Poniendo mi bolso bajo mi brazo, cierro la puerta y miro alrededor, viendo las flores comenzando a florecer en los árboles.

Cuando mis hermanas y yo decidimos iniciar un negocio juntas, obtuvimos la idea de nuestra madre y nuestra tía, que dirigían un pequeño negocio de planificación de bodas. Pero las tres no queríamos solo planear bodas. No, queríamos ser las mejores planificadoras de eventos en el negocio, y con eso surgió la idea de construir nuestro propio espacio para eventos. Compramos un terreno enorme y poco a poco lo construimos.

Nuestras oficinas principales estaban en un bonito y pequeño bungalow que construimos con tres oficinas en el piso de arriba donde estarían los dormitorios, y en el piso de abajo había una pequeña instalación con las cosas que habíamos hecho junto con fotos de todos nuestros eventos. Miro hacia la derecha y también veo el camión de comida. Lo que llevó más tiempo construir fue el edificio de eventos.

Parece un granero desde el exterior, pero una vez que ingresas, encontrarás pisos rústicos de madera y vigas de madera expuestas que se pueden vestir. Puede acomodar hasta quinientas cincuenta personas. Justo detrás del granero hay una cocina donde los proveedores pueden instalarse.

Sonrío, dándome la vuelta y subiendo las escaleras. El sonido de mis tacones sobre los escalones de cemento resuena en la quietud de la mañana.

Agarro la manija de la puerta, la abro y entro. El aire frío me golpea de inmediato. Al entrar, veo a Clarabella y Shelby de pie en la sala de espera. Tomo una gran inhalación.

—¿Sabes a qué huele eso? —Sonrío, mirándolas a ambas. Están paradas frente a mí. Clarabella con pantalón azul y top blanco. Shelby con jeans blancos y una camiseta sin mangas de seda rosa.

—¿Como si hubieras tenido sexo? —dice Clarabella, mirándome. La miro de vuelta, pero ella no puede verme ya que mis anteojos de sol negros ocultan mis ojos. Lleva su taza de café a sus labios, tratando de ocultar la sonrisa detrás de ella, pero sus ojos azules se entrecierran.

—No, imbécil —le digo—. Huele a temporada de bodas.

—Olía a mierda de vaca cuando llegué hoy —se queja Shelby, con una mueca en el rostro—. Pero supongo que debería ver el vaso medio lleno.

—Oh, vamos —comienzo, levantando mis lentes sobre mi cabeza—. Está soleado y hermoso afuera. —Señalo la persiana abierta mientras el sol brilla en la oficina—. Va a ser un gran día.

—No me gusta esto, Presley. —Clarabella me señala—. Desde que te metiste en la mierda Zen, es como si ni siquiera supiera quién eres.

—No se trata de ser Zen. Se trata de buscar lo bueno en el día —digo, caminando por el pasillo hacia mi oficina. Paso por las oficinas de Shelby y Clarabella. La mía está completamente en la parte de atrás con todas las ventanas.

—Te culpo a ti —acusa Clarabella. Miro por encima del hombro mientras ella mira a Shelby, que se queda allí parada con la boca abierta.

—¿Por qué yo? —ella grita y señala su pecho.

—Le conseguiste ese diario de mierda de *comer, rezar y amar* —dice Clarabella, sacudiendo la cabeza y girándose para seguirme a mi oficina—. Dime cinco cosas que te hicieron sonreír hoy —recita una de las preguntas del libro—. Tómese un minuto para decirnos qué salió mal, pero al final, no cambió el resultado. —Me río de ella mientras camino alrededor de mi escritorio, pongo mi café helado en el posavasos antes de caminar hacia las persianas y abrirlas para que entre el sol.

—Te compré el mismo —menciona Shelby—. Y te mantuviste normal. —Ambas entran en mi oficina y se sientan en el sofá de dos plazas blanco que tengo contra la pared que da a mi escritorio.

—Tiene que ser el sexo, entonces. —Clarabella me mira y junto las cejas, sin admitir nada. Tratando de retratar el ambiente genial que estoy tratando de canalizar.

—No tengo idea de lo que estás hablando —miento entre dientes—. Hoy me levanté a las cinco. —Me siento en la silla de la oficina—. Después de hacer ejercicio, tomé mi café y conté mis bendiciones.

—Está rota —declara Shelby, mirando a Clarabella mientras me río—. La rompí.

—No estoy rota —digo, sacudiendo la cabeza, y me estremezco cuando cruzo las piernas. Lamiendo mis labios porque no tiene nada que ver con el entrenamiento. ¿Me desperté hoy a las cinco? Lo hice. ¿Lo hice para hacer ejercicio? Algunos dirían que el sexo es el mejor ejercicio que puedes hacer. ¿Quería admitir esto ante mis hermanas? Absolutamente no—. Tal vez estoy madurando. —Agarro el café helado y llevo la taza a mis labios—. Quiero decir, voy a cumplir treinta en un par de meses, después de todo.

—Oh, aquí vamos. —Shelby pone los ojos en blanco.

—No, aquí vamos. —Levanto mi mano—. Tenemos mucho por lo que estar agradecidas.

—Me voy. —Clarabella se levanta—. Si ella va a empezar con *comer, rezar, amar*, voy a vomitar ese increíble desayuno que mi esposo me preparó esta mañana. —Ella menciona a su esposo, Luke, quien es uno de los mejores cocineros que existen.

—Está bien, está bien —resoplo—. Solo voy a decir que será bueno entrar en la temporada de bodas sin que ninguna de ustedes se case. —Sonrío—. Es menos estresante no tener que preocuparse si la boda realmente se llevará a cabo. —Señalo a las dos—. Entre Travis y su casi primera boda. Que te conviertas en una leyenda por caminar por el altar y luego irte a la mierda. —Señalo a Shelby—. Y a ti por ser una novia fugitiva. —Señalo a Clarabella.

—Yo no fui una novia fugitiva —declara—. Me marché. —Inclino la cabeza hacia un lado—. Rápidamente. —Levanto mis cejas hacia ella—. En una camioneta.

—Literalmente abandonó la escena del crimen. —Shelby se levanta ahora, riendo—. Dejando atrás el arma homicida.

—Bueno, ella se fue con un arma homicida diferente. —Me río de mi juego de palabras y tomo otro sorbo de café helado—. Él asesinó su vagina con eso.

—Eso hizo él —admite Clarabella—. Todavía lo hace. —Ella sonríe ampliamente—. Ahora, ¿vamos a discutir nuestra vida sexual? porque si ese es el caso. —Voltea la situación hacia mi e inclina la cabeza—. ¿Qué tal si tú vas primero?

—¿Ustedes dos no tienen trabajo que hacer? —La miro, luego dirijo mi mirada a Shelby—. ¿No hay un teléfono al que necesites llamar para tener sexo?

Shelby pone los ojos en blanco.

—Cuando tu hombre comienza a viajar…

—No tengo un hombre —la interrumpo rápidamente.

—Está bien, está bien. Si tu "amigo" —Hace comillas en el aire—. Viaja, dime que no tendrás sexo telefónico.

—Puedes estar sin sexo durante una semana. No morirás. —Me recuesto en la silla.

—No cuando tienes buen sexo —afirma Clarabella—. Es como una droga.

Pongo los ojos en blanco.

—Ambas pueden irse ahora —digo, ignorando la forma en que sonríen la una a la otra mientras salen de la habitación. Enciendo mi

computadora y trabajo en devolver correos electrónicos y llamadas telefónicas.

Las tres nos ocupamos de diferentes aspectos de la planificación. Clarabella se encarga de la comida y las bebidas. Shelby hace las decoraciones y yo me reúno con las parejas y repasamos la programación de los eventos. Miro mi calendario y configuro dos alarmas en mi teléfono para cuando tengo que estar lista para las reuniones.

Me reúno con dos novias de las que tomo nota para llamar mañana para confirmar, y cuando finalmente miro afuera, veo que el sol está comenzando a ponerse y la oficina está inquietantemente silenciosa. El teléfono suena en mi mano, miro hacia abajo y veo su nombre. Bennett está llamando. Mi estómago se contrae y mi corazón se acelera, pero empujo todo hacia abajo y lejos. Pienso en no responder, pero al segundo timbre, mi dedo está deslizando la pantalla.

—Presley Baker. —Cierro los ojos cuando escucho su risa.

—Hola, hermosa. —Su voz sale suave, y de inmediato vuelvo a tener dieciséis años. Fue entonces cuando me enamoré de él. Era y sigue siendo el mejor amigo de mi hermano Travis y, hasta el día de hoy, el único hombre con el que he estado—. ¿Dónde estás?

—Trabajo —le digo, caminando de regreso a mi oficina—. ¿Dónde estás?

—Acabo de salir de una reunión. —Lo escucho resoplar, y luego la puerta de un auto se cierra de golpe, y sé que está en su auto—. ¿Qué vamos a hacer para la cena? —me pregunta, y pongo los ojos en blanco—. Puedes dejar de poner los ojos en blanco, hermosa.

—Uno, te he dicho que dejes de llamarme así. —*Pero te encanta*, me grita mi cerebro—. Y dos, no puse los ojos en blanco. —Lo escucho reírse, y las mariposas se empiezan a sentir en mi estómago—. Y tres, estoy ocupada.

—¿En serio? —dice mientras escucho la llamada cambiar de su teléfono a su Bluetooth—. Eso es una lástima porque iba a tomar un par de esas hamburguesas del lugar que te gusta.

—Genial. —Miro el reloj—. ¿Cuándo estarás en casa?

—Alrededor de cuarenta y cinco minutos —dice, y pienso en una excusa. Debería irme a casa y sumergirme en una tina.

Lo que no debo hacer, es ir a él.

—Bien, te veré en tu casa. —Ni siquiera me molesto en decir adiós. Simplemente me desconecto de él.

Ignoro la risa en mi cabeza mientras cierro mis cosas, y cuarenta y cinco minutos después, llego a su casa al mismo tiempo que él. Estoy a punto de abrir mi puerta cuando me giro y lo veo allí abriéndome la puerta.

—Molesto —murmuro cuando me tiende la mano y la agarro. El martilleo en mi pecho se calma tan pronto como salgo y me encuentro cara a cara con él.

Su cabello negro peinado hacia un lado, su sombra de las cinco en punto ya mostrándose. Su olor a almizcle llena mi nariz cuando da un paso adentro.

—Hola, hermosa —dice, envolviendo un brazo alrededor de mi cintura y luego inclinándose para besar mis labios—. Te extrañé.

Capítulo Dos

BENNETT

Espero a que salga del dormitorio antes de abrir los ojos, parpadeando un par de veces para acostumbrarme a la oscuridad. El sonido de ella arrastrándose por el dormitorio siempre me despierta.

Me quito las cobijas y salgo, agarrando mis calzoncillos que fueron tirados al piso anoche cuando subimos las escaleras. Comenzó en el sofá, y luego, cuando subimos las escaleras, ambos estábamos desesperados por la necesidad. Había un rastro de ropa hasta el dormitorio. Sonrío para mis adentros, sabiendo que va a estar buscando las bragas que guardé en el sofá cuando la jalé sobre mí para que se sentara a horcajadas sobre mi regazo.

Al salir de la habitación, hago todo lo posible por no hacer ruido. El sol está saliendo lentamente y aún está oscuro afuera, pero puedo distinguir su rostro con la suave luz que proviene de la cocina. Cada vez que la veo, siempre me sorprende lo hermosa que es. Se coloca un mechón de cabello detrás de la oreja mientras se mueve de las escaleras a la sala de estar, recogiendo la ropa desechada mientras recorre la casa.

La veo buscando sus bragas y tengo que morder mis labios antes de hacer ruido. Finalmente se da por vencida, agarra uno de sus zapatos y luego camina un par de pasos más hasta que encuentra el otro. No se los

pone por miedo a hacer ruido. Bajo un par de escalones hasta que estoy en medio de la escalera. La veo agarrando su bolso que dejó en la mesa del pasillo. Sostiene sus zapatos y su bolso cerca de su pecho mientras camina de puntillas hacia la puerta principal. Su cabello negro se balancea de lado a lado mientras se dirige a la puerta.

Niego con la cabeza. Se ha escapado de mi casa cada vez que se ha quedado aquí. Espero que su mano abra la puerta antes de hablar.

—Te veo esta noche. —Su mano se detiene en el mango y su cuerpo se pone tenso. Es la primera vez que me levanto de la cama y la enfrento cuando sale—. ¿Quieres quedarte y tomar un café? —Muerdo mis labios cuando niega con la cabeza y abre la puerta—. Que tengas un buen día, hermosa. —Ella no se da la vuelta para mirarme. En cambio, sale y cierra la puerta detrás de ella, haciéndome estallar en carcajadas—. Presley, Presley, Presley —me digo a mí mismo mientras bajo el resto de los escalones hacia la puerta principal.

La abro, me apoyo en el marco de la puerta y la veo caminar hacia su auto. Todo el tiempo, mis ojos están en su trasero perfecto. Cruzando mis brazos sobre mi pecho, miro alrededor del vecindario, encontrando que ninguna casa tiene luces encendidas. Los únicos sonidos son el canto de los pájaros.

Ella me mira cuando abre la puerta de su auto, y veo la sonrisa que está tratando de ocultar poniendo los ojos en blanco mientras se sube a su auto. Cuando me mira, lo hace con una mirada fulminante mientras yo sonrío y la saludo con la mano, sin duda cabreándola aún más.

Se va sacudiendo la cabeza, y espero hasta que no puedo verla antes de regresar a la casa y cerrar la puerta detrás de mí.

—Estoy tan jodido —digo en voz alta mientras camino hacia la cocina y veo que son solo un poco más de las cinco de la mañana. Prendo la televisión con las noticias, preparo mi café, deseando que se hubiera quedado. Mi pecho se contrae cuando pienso en ello, y lo ignoro como siempre lo hago.

Involucrarse con Presley fue lo mejor que he hecho, sin duda, y una decisión de la que nunca me arrepentiré. ¿Fue un movimiento inteligente? Probablemente no. ¿Quería volver atrás y cambiar cómo sucedió? Maldición, no. Era nuestra historia, y siempre iba a ser como llegamos a ser. ¿Estaba cansado de que ella se escapara todo el tiempo y no se quedara? Ciento cincuenta millones por ciento sí.

Hace doce años, estaba en el bar de un pueblo cuando la vi entrar.

Acababa de cumplir dieciocho años un par de meses antes, así que sabía que tenía una identificación falsa incluso para entrar en este lugar. La vi reír con un par de amigos antes de sentir que la miraba y, cuando lo hizo, miró hacia el techo. También articuló, "Hijo de puta", antes de venir hacia mí.

Mi polla literalmente estuvo a la altura de las circunstancias, e internamente le grité, diciéndole que ella estaba fuera de los límites. Sabía que la mirada que me estaba dando era un problema. Simplemente no sabía cuánto. Me incliné hacia la barra e ignoré la forma en que mi cuerpo estaba reaccionando ante ella. Ignoré los gritos que estaban pasando en mi cabeza. Ignoré el hecho de que era la hermana pequeña de mi mejor amigo. Lo. Ignoré. Todo.

Nada, y repito nada, podría haberme preparado para lo que salió de su boca a continuación.

—Oye, necesito que me hagas un gran favor. —Se apoyó en la barra y luego tomó mi botella de cerveza de mi mano, llevándosela a la boca. En ese momento, tantas cosas pasaban por mi cabeza.

Quiere que mienta acerca de verla.

Quiere que la lleve a su casa para que pueda beber.

Quiere que finja que no la conozco.

Quiero decir, los escenarios eran infinitos. Pero nada, y quiero decir nada, podría haberme preparado para lo que dijo a continuación.

—¿Podemos tener sexo?

Sirvo el café en la taza y me río del recuerdo. Yo estaba a la vez sorprendido y excitado. Además, le dije que no de inmediato. Tomo un sorbo de café y me dirijo al sofá, agarrando mi iPad. Dejo el café en la mesita auxiliar y miro la casa casi vacía. Seguramente llegará a algo, pero he estado arrastrando los pies esperando que Presley le agregue su toque. Incluso sin que ella lo sepa, sonrío cuando pienso en ella. Cada parte de mí está enamorado de ella.

La conozco desde casi toda mi vida, he sido el mejor amigo de su hermano mayor, Travis, desde el jardín de infancia. Cuando llegó el momento de ir a la universidad, yo no tenía idea de lo que quería hacer, a diferencia de Travis, que sabía con certeza lo que quería. Así que solicité ingreso en el colegio comunitario y tomé un curso previo sobre la ley por diversión.

Ya sabes lo que dicen, que sabes cuándo sabes.

Bueno, en cuanto estuve en esa clase, lo supe. Sabía que quería aprender la ley. Así que salté con ambos pies. ¿Pensé que me ahogaría?

Lo hice. ¿Me dije a mí mismo que no importaba cuántos cursos adicionales tuviera que tomar y que no importaba cuánto tiempo me tomara, tendría éxito? Puedes apostar tu trasero a que lo hice. Obtuve mi licenciatura en cuatro años y luego fui a la facultad de derecho durante los siguientes tres años. Fue lo más difícil que he tenido que hacer, y me mostró lo que significa la determinación y dedicación.

Durante siete años, tuve una meta en mente y una sola meta. Me esforcé como loco estudiando en la universidad, y en el momento que obtuve los resultados, me emborraché y luego terminé la noche con Presley en mis brazos. Fue uno de los mejores momentos de mi vida. Cuando pienso en todos los aspectos más destacados, ella es parte de ellos de una forma u otra.

Todo mi arduo trabajo valió la pena cuando me ofrecieron un puesto en Coco & Asociados justo después de pasar el examen final. Estuve allí durante seis años hasta que decidí que era hora de volver a casa hace seis meses. También ayudó que me ofrecieran una sociedad, que no tenía, mientras me cortejaban, así que fue una obviedad.

Quiero decir, no es como si no volviera a casa en absoluto. Al principio, era menos, pero luego, cuando Travis casi se casa hace años, comencé a volver más y más. Cada vez que estaba en casa, Presley y yo navegábamos el uno hacia el otro. Ninguno de nosotros quería poner un nombre a lo que estábamos haciendo. Nos veíamos en secreto, y realmente no me importaba mientras pasara mi tiempo con ella. Pero ahora que estoy aquí de regreso a tiempo completo, y es donde ambos vivimos, se está volviendo una espina en mi costado.

Mi teléfono suena, me acerco y lo agarro, viendo que es un mensaje de ella.

Hermosa: Umm, ¿te comiste mis bragas?

Me río, levantándome y yendo al sofá para agarrarlas. Las sostengo en mi dedo para tomarles una foto. Luego se la envío.

Yo: ¿Esto es lo que estabas buscando?

Hermosa: Sí, ¿dónde estaban?

Yo: Si regresas, te las devolveré.

Hermosa: Tíralas.

No puedo evitar la risa que sale de mí. Esta mujer me vuelve loco, y cuando intento llamarla por FaceTime, rechaza la llamada.

Hermosa: Estoy haciendo ejercicio y toda sudada.

Yo: Te pusiste bastante sudorosa anoche, y yo estaba bien con eso.

Hermosa: Te estoy bloqueando. Desaparece.

Yo: ¿Así que no quieres que te devuelva las bragas?

Hermosa: Las conseguiré esta noche.

Yo: Ohh, admites que vamos a cenar juntos tan temprano en el día. ES UN MILAGRO.

Hermosa: Te estoy bloqueando.

Yo: Que tengas un gran día, hermosa.

Dejo mi teléfono, me levanto y subo los escalones para ponerme mis pantalones cortos de baloncesto y una camiseta antes de salir corriendo por la puerta. Aparco detrás de ella y salgo del auto, subiendo rápidamente los escalones de la entrada. Presiono el timbre y espero a que responda.

Mi cabeza está baja cuando abre la puerta, y cuando miro hacia arriba, no puedo evitar sonreír.

—Hola, hermosa. —Ella trata de no sonreír mientras mueve la cabeza de un lado a otro. Su cabello está atado en lo alto de su cabeza en un moño. Su cara está roja mientras jadea, tratando de recuperar el aliento. Lleva un sostén deportivo y unos pantalones cortos que deberían ser ilegales—. Vine a devolverte las bragas —le digo, dando un paso y envolviendo una mano alrededor de su cintura.

—¿Es así? —dice mientras la levanto, y envuelve sus piernas alrededor de mi cintura.

—Así es —le digo, mis labios encuentran los de ella mientras la cargo por las escaleras hasta su dormitorio. Le chupo el cuello una vez antes de arrojarla sobre su cama—. Solo hay un problema. —Se pone sobre sus codos, mirándome—. Las olvidé en casa. —Mis manos van a sus caderas mientras le quito los pantalones cortos. Su coño desnudo hace que mi polla semidura se despierte por completo.

—Ni siquiera lo pienses. —Rueda fuera de la cama—. Necesito ducharme primero. —Me mira por encima del hombro mientras camina hacia su baño—. ¿Vienes?

—Lo sabes —le digo, dando dos pasos, luego agarrando sus caderas y poniendo mi polla dura y cubierta contra su trasero—. Voy a venir en más de un sentido.

Capítulo Tres

PRESLEY

—Entonces, ¿qué piensas? —Clarabella entra a mi oficina y desvío la mirada de la pantalla de la computadora donde estaba programando dos reuniones más para mañana.

Ella está de pie allí con una falda rosa y una camisa de seda color marfil, con la cadera inclinada hacia un lado.

—Quiero decir, si vas a probar el anal. —Me recuesto en mi silla—. Digo que lo hagas. Duele y no vale el alboroto. Pero todos somos diferentes.

—¿De qué diablos estás hablando? —ella grita, lanzando sus manos en el aire. Shelby entra bailando en la habitación vistiendo pantalones negros y una camisa blanca levantada en las mangas.

—Clarabella está pensando en probar el sexo anal. —Pongo al corriente a Shelby. Su rostro hace una mueca y niega con la cabeza.

—Oooh —comienza Shelby—. Necesitas emborracharte mucho. Y luego piensas que eres una estrella porno. Pero la realidad es que realmente no lo eres. Así que te va a doler como un hijo de puta.

—¡Ay, Dios mío! —Clarabella grita, lanzando sus manos al aire—. ¿Qué les pasa a ustedes dos?

—Tú fuiste la que preguntó. —La señalo y ella simplemente niega con la cabeza y pone sus manos en ella.

—Te estaba preguntando sobre la canción de Taylor Swift —dice, y mis cejas se juntan. Supongo que, por la expresión de mi cara, ella sabe que no tengo ni idea de lo que está hablando—. Te la envié en mensajes de texto anoche —explica.

—Oh, eso —digo, levantando mi teléfono—. No lo leí. —Ambas jadean—. ¿Qué? Estoy aprendiendo a desconectarme por la noche. —Ambas inclinan la cabeza hacia un lado. También es porque cuando el teléfono me alertó, estaba teniendo el primer orgasmo de la noche, pero no agregaré eso allí.

—¿Desconectar? —Shelby pregunta con la boca abierta en estado de shock—. Desconectar —repite la palabra como si no estuviera segura de haberla dicho en voz alta.

—Espera un momento —dice Clarabella—. Me diste una mierda el mes pasado cuando perdí una llamada tuya.

—¡Fue una emergencia! —grito, levantando mis manos—. El novio literalmente quería que todos se tiñeran el cabello de rubio porque quería que pareciera que los Cullen estaban presentes. —Mi voz sube más fuerte—. Ahora dame un segundo para mirar y ver de lo que realmente estamos discutiendo ya que no quisiste decir anal.

—Oh, por el amor de Dios —replica Clarabella.

—¿Por qué no tenemos esta reunión ahora? —Shelby pregunta, yendo a sentarse—. ¿Qué pasó?

—Oh, Dios mío, ¿tú tampoco leíste mi mensaje? —Ella mira a Shelby.

—Probablemente estaba practicando cómo ser una estrella porno. —Me río de mi propia broma.

—Estaba montando algo —dice, y no puedo evitar jadear—. Oh, por favor, como si no hubieras montado nada en los últimos seis meses. —Ella pone los ojos en blanco, y mis manos comienzan a sudar mientras trato de desviar la atención de mí misma y de las preguntas que estoy segura de que se mueren por hacerme, pero no las harán.

—Gracias a Dios no me quedé tirada al costado del camino —declara Clarabella—. O peor. Que ustedes dos fueran mi única llamada telefónica desde la cárcel.

—Llamarías a Travis antes de llamar a cualquiera de nosotras. —Me río—. Porque no te haría un millón de preguntas sobre por qué estabas allí.

—Eso es cierto —dice Shelby—. ¿Por qué serías arrestada para empezar?

Abro el texto ahora.

—¿Debería leer esto en voz alta para evitar que todas adivinen de qué se trataba esta importante discusión?

—Sí. —Shelby sonríe—. Ahórrame el tiempo de leerlo.

Miro el mensaje de texto.

—¿Han escuchado la canción de diez minutos de Taylor Swift?

Mirando a Shelby, respondo:

—No lo he hecho.

—¿Una canción de diez minutos? —Shelby pregunta, sorprendida—. ¿Quién diablos tiene ese tiempo? —Mira a Clarabella.

—La escuché yendo a casa el otro día. —Clarabella se encoge de hombros—. Y luego fui absorbida por la madriguera del conejo sobre de quién se trataba la canción.

—¿De quién es la canción? —pregunto, sin saber por qué de repente estoy intrigada por esto.

—Jake Gyllenhaal. —Comparte Clarabella, mirándonos a mí y a Shelby—. Aparentemente, salieron cuando Taylor tenía diecinueve años.

—Espera, ¿no tiene treinta y tantos ahora? —Shelby agarra su teléfono, sin duda abriendo Google.

—Ahora tiene treinta y dos años —nos informa Clarabella—. De todos modos, ella dejó una bufanda en la casa de su hermana y nunca la recuperó.

—Déjame entenderlo. —Levanto mi mano—. Ella salió con él hace más de diez años y ahora ha hecho una canción de diez minutos al respecto.

—Sí —dice Clarabella.

—Ella puede pagar otra bufanda —declara Shelby, y yo asiento, de acuerdo con ella.

—¡No se trata de la bufanda! —grita Clarabella—. Se trata de que él se la quede.

—Ella necesita superar la bufanda —dice Shelby.

—Sabes quién probablemente está buscando esa bufanda. —Miro a mis dos hermanas—. La nueva novia de Jake. —Ambas se ríen—. Ella es la única que está caminando por la casa diciendo, ¿dónde diablos está esa bufanda?

—Hechos —dice Clarabella—. ¿Por qué mantenerla? ¿No es mal karma?

—Tal vez era cachemira. —Razona Shelby, levantándose—. Sea lo que sea, estoy feliz de no haber perdido el tiempo respondiendo ese ridículo mensaje de texto.

—Igual —digo al mismo tiempo que el teléfono vibra en mi mano y suena la campana de la puerta, haciéndonos saber que alguien acaba de entrar—. Es mi cita de las tres. —Me levanto de mi escritorio—. ¿Mi lápiz labial todavía está puesto?

—Sí. —Clarabella asiente. Salgo de mi oficina y me dirijo a la sala de espera, viendo a mi novia y novio. Ambos miran alrededor de la habitación algunos de los arreglos florales de muestra que tenemos.

—Hola —saludo, sonriendo y caminando hacia la novia primero. Aprendí que siempre, y quiero decir siempre, vas primero con la mujer para que no crea que estás tratando de conseguir a su hombre—. Soy Presley. —Extiendo mi mano para ella.

—Soy Jenna —responde con una sonrisa, extendiendo su mano hacia mí—. Este es mi prometido, Robert —dice sobre el novio que ahora se da la vuelta y me sonríe, extendiendo su mano. El olor de su colonia es tan fuerte que se me revuelve el estómago.

—Encantado de conocerte —me dice, y yo solo sonrío. Respirar por la boca y no por la nariz.

—¿Vamos a dar un paseo afuera? —sugiero, tratando de salir de este espacio cerrado—. Para que podamos ver los terrenos, y luego podemos dar un paseo hasta el lugar del evento. —Se miran y luego asienten hacia mí—. Si me siguen —les digo, dándome la vuelta para guiar a la salida. El

aire caliente no hace nada sobre el olor. Mi estómago se siente como si se estuviera moviendo hacia mi garganta—. Verán que tenemos posibilidades de hacer fotos aquí —comienzo a alabar el lugar. Después de hacer esto tantas veces, es como un guion, pero todo el tiempo estoy tratando de respirar tranquila y no vomitar por todos lados.

—Es muy bonito —dice Jenna, mirando a Robert mientras comparten una sonrisa. Mantengo una sonrisa en mi rostro al mismo tiempo que sopla el viento, y percibo otra bocanada de su colonia.

—Si me dan un minuto —les digo, dándome la vuelta y subiendo los escalones lo más rápido que puedo—. ¡Shelby! —grito su nombre tan pronto como entro, corro hacia el escritorio y agarro el bote de basura justo antes de perder mi desayuno.

—¡Ay, dios mío! —Escucho a Clarabella corriendo hacia mí mientras la ola de vómito llega de nuevo.

Las lágrimas llenan mis ojos, y todo lo que puedo hacer es señalar la puerta hacia donde dejé a la pareja.

—Entendido —confirma Shelby, saliendo y dejándome con Clarabella.

—Te traeré agua —dice Clarabella y todo lo que puedo hacer es cerrar los ojos antes de vomitar de nuevo.

—Oh, Dios mío, ¿qué comiste? —Clarabella abre la tapa y me entrega la botella. Me enjuago la boca, escupiendo en la basura antes de tomar un sorbo.

—Bagel y queso crema —digo, sentada en el suelo ahora, pero sin alejarme del cubo de la basura.

—Tal vez el queso no estaba bueno —sugiere Clarabella.

—Estaba bien hasta que Rico Suave llegó bañado en colonia Abercrombie y Fitch —explico, mi estómago se tambalea solo de pensarlo.

—Bueno, sea lo que sea, deberías irte a casa —dice Clarabella—. Iré a buscar tu bolso y tus cosas.

—Gracias —le digo, agarrando mi teléfono y enviando un mensaje de texto a Bennett.

Yo: ¿Cómo te sientes?

Envío el mensaje y cierro los ojos para combatir las náuseas cuando el teléfono suena en mi mano.

Bennett: Mejor ahora que me enviaste un mensaje. ¿Por qué?

Yo: Por nada.

—Aquí tienes —Clarabella sale con mi bolso y mi bote de basura—. Y llamé a mamá y me dijo que, si fuera el queso crema, lo habrías sabido de inmediato porque habría tenido un sabor agrio.

—¿Por qué diablos llamaste a mamá? —resoplo, poniéndome de pie ahora.

—Eres su bebé. ¿Te imaginas si no la llamara? —Ella niega con la cabeza—. No estoy lidiando con eso. Tengo suficiente con lo que lidiar. Ahora llámame cuando llegues a casa.

—Lo que sea —digo, agarrando mi bolso y la bolsa de basura. En el momento en que doy dos pasos, siento otro olor a colonia, gimo y salgo corriendo hacia mi auto.

Arranco el auto y enciendo el aire acondicionado antes de sacar mi teléfono y buscar en Google por qué diablos estoy vomitando queso crema. Escaneo la lista y es la básica intolerancia a la lactosa. Pongo los ojos en blanco cuando veo el embarazo. Entonces bufo una risa ante ese pensamiento.

—Como no —digo, abriendo la aplicación de calculadora de mi período en mi teléfono. El punto rojo en el medio dice DÍA 4—. No, no, no, no, no —digo, mi corazón late tan rápido que no puedo escuchar nada más que el eco.

Lanzo mi teléfono en el asiento del pasajero, las náuseas ni siquiera están en mi mente mientras me dirijo a la farmacia. Mi cabeza da vueltas y vueltas, y literalmente siento que no estoy en mi propio cuerpo. Estaciono, tomo mi bolso y me dirijo a la farmacia.

Camino rápidamente por los pasillos, sin siquiera estar segura de dónde se encuentran las pruebas de embarazo. Las veo por encima de los condones y miro a mi alrededor antes de tomar dos cajas con una mano y luego agregar tres más de otras marcas.

No hago contacto visual cuando pago por ellas, y el viaje a casa tiene que ser el viaje más largo de mi vida. Es casi como si estuviera avanzando, pero dando quince pasos hacia atrás.

Me arde el cuello y me tiemblan las manos y se me humedecen. Ni siquiera cojo nada del auto, salvo la bolsa de la farmacia y las llaves. Cada paso hacia el baño se siente como si mis pies estuvieran llenos de cemento.

—Esto no está pasando —me digo, derramando las cajas en el mostrador del baño. Cojo una caja y empiezo a leer las instrucciones—. Necesito orinar —murmuro, caminando hacia el baño y luego caminando

de regreso para tomar una prueba—. Pero si una está defectuosa, ¿cómo voy a orinar de nuevo? —Tengo una conversación conmigo misma cuando veo una taza. en el mostrador—. Voy a orinar en la taza y luego sumergiré las pruebas en ella. —Siento que mi corazón se va a salir de mi boca—. Entonces voy a girarla y jugar a la ruleta rusa. —Si no estuviera tan jodidamente asustada, esto me haría reír.

Me siento en el inodoro y espero a que llegue la orina, pero cuando creo que lo hará, me da timidez. Levantándome, camino hacia el lavamanos y abro el agua para tener ganas de orinar, pero cuando me siento, desaparecen.

—Será mejor que hagas pipí. —Miro mi vagina—. Y será mejor que no estés con un bebé. —Empiezo a orinar y luego me apresuro a poner la taza en el chorro—. Prometo que, si esto es negativo, no volveré a tener relaciones sexuales sin usar doble protección. —Dejo la taza en el suelo y me limpio—. Al menos nada de sexo durante la ovulación —agrego al contrato verbal que estoy haciendo con quienquiera que esté escuchando—. Bueno. —Dejo la taza sobre la encimera—. Esto parece orina normal. No parece de embarazada. —Me río mientras abro todas las cajas y empiezo a poner los palitos en la taza de orina—. Bien, tres minutos. —Miro a mi alrededor en busca de mi teléfono y luego me doy cuenta de que lo he olvidado en el auto—. O cuento hasta ciento ochenta —digo, caminando de un lado a otro en mi cuarto de baño y contando hasta ciento ochenta—. Allá vamos —Cojo una y miro la prueba—. Oh, mierda.

Capítulo Cuatro

BENNETT

Presiono el botón de desconexión cuando escucho que se enciende su correo de voz. Cuelgo el teléfono y veo que son poco más de las cuatro, así que podría estar en una reunión. Abro el último mensaje que me envió cuando me preguntó si me sentía bien.

—Aquí están los archivos que pediste. —Andrew, mi asistente, entra y me entrega la carpeta manila—. No olvides que tienes la reunión semanal en quince minutos.

—Gracias. —Asiento hacia él, abro la carpeta y la escaneo. Quince minutos después, entro en la sala de conferencias para la reunión semanal de los socios—. Caballeros —digo, sentándome y agarrando una botella de agua.

La reunión dura más de dos horas y, cuando vuelvo a mi escritorio, veo que no me ha devuelto la llamada. No es tan raro, pero por lo general, enviaba un mensaje de texto con la palabra *Ocupada*.

Tomo mi teléfono, vuelvo a marcar su número, suena cuatro veces y luego pasa al correo de voz. Sonrío cuando escucho su voz.

—Se comunicó con Presley Baker. No puedo atender su llamada en este momento. Déjeme un mensaje y le responderé tan pronto como pueda.

—Hola, hermosa, soy yo. Llámame —le digo, colgando el teléfono y luego enviándole un mensaje de texto.

Yo: ¿Estas bien?

—Voy a salir. —Andrew asoma la cabeza en mi oficina—. A menos que necesites algo.

—Creo que estaré bien —le digo—. ¿Grandes planes este fin de semana? —Cuando llegué a la firma, comencé con una asistente. Era nueva en la firma y se volvió demasiado buena en su trabajo. Además, estaba emitiendo vibraciones de que quería ser algo más que mi asistente. Ella traía el almuerzo para nosotros, y llegó al punto en que supe que, si no lo cortaba ahora, empeoraría. Así que la transfirieron a otro departamento, y ella renunció dos semanas después.

Tan pronto como eso sucedió, supe que mi próximo asistente sería un hombre para que fuera seguro para todos. Cuando entró Andrew, simplemente hicimos clic. Lo que más me gustaba de él era que dejaba sus problemas en la puerta.

—Tenemos una boda fuera de la ciudad —dice con una sonrisa—. Ella me está esperando abajo.

—Debiste decírmelo. —Me recuesto en mi silla—. Sal de aquí.

—Gracias. —Él asiente cortésmente.

—¿Por qué no te tomas el lunes libre también? —Me mira sorprendido—. Has estado trabajando muchas horas. Te lo mereces.

—No diré que no. —Se mete las manos en los bolsillos—. Pero solo si estás seguro.

—Estoy seguro. —Asiento hacia él.

—Que tengas un gran fin de semana —dice justo antes de darse la vuelta y salir por la puerta.

Levanto el teléfono de nuevo, preguntándome si ella me envió un mensaje de texto, y no lo ha hecho. Reviso mis correos electrónicos una vez más antes de cerrar todo y marcharme.

Agarrando mis llaves y mi teléfono, salgo y el aire denso me saluda de inmediato. El sol se está poniendo cuando enciendo el auto. Le doy un par de segundos para que el aire acondicionado se active antes de irme. Comienzo a dirigirme a mi casa, luego doy la vuelta y, antes de darme cuenta, me dirijo al trabajo de Presley. El estacionamiento está vacío, así que me dirijo a su casa, la llamo una vez más y sigo recibiendo su correo de voz. *¿Qué carajo?* Pienso, y tengo esta sensación de pavor que me recorre.

Acelero a la mitad del camino, y cuando veo su auto en el camino de entrada, respiro profundamente, suspiro de alivio, sabiendo que ella está bien. Subo los escalones y presiono el timbre en lugar de irrumpir. Escucho con atención para ver si escucho sus pasos, y no sé si solo soy yo, pero se siente como una eternidad cuando abre la puerta. Pero en realidad, deben haber sido diez segundos.

Mi cabeza vuela hacia su rostro con una sonrisa en él, y luego mi corazón se detiene cuando veo su rostro.

—¿Qué pasó? —le pregunto. Sus ojos están rojos de llorar, su nariz también está roja y la luz en sus ojos se ha ido—. ¿Estás enferma?

—Supongo que puedes llamarlo así —dice, dándose la vuelta y entrando a la casa. Lleva pantalones cortos y una camiseta sin mangas, su

cabello negro, que siempre está perfecto, está recogido en la parte superior de su cabeza.

—¿Qué quieres decir con que puedo llamarlo así? —Cierro la puerta detrás de mí y camino a la sala de estar con ella. Miro a mi alrededor y veo que todas las cortinas están cerradas y la televisión apagada—. ¿Alguien murió?

—Puedes considerarlo así —dice, sentándose en el sofá y doblando las piernas debajo de ella.

Pongo mis manos en mis caderas, y mi presión sanguínea está por las nubes. La opresión en mi pecho se hace más y más apretada.

—Preciosa —digo entre dientes. No puedo recordar la última vez que estuvimos en desacuerdo sobre algo. Quiero decir, discutimos, pero después de cinco minutos, lo superé y solo quiero besarla de todos modos—. Eres realmente…

—Tenemos que hablar —dice, y cuando me mira, puedo ver la confusión en sus ojos. Puedo decir que todo lo que ella tiene que decirme es malo. También puedo decir que todo lo que tiene que decirme no sabe cómo hacerlo. Mi corazón se hunde a mis pies.

—Oh, Dios mío —digo en un susurro—. ¿Estás viendo a alguien más? —Mi boca se seca ante la pregunta mientras el dolor en mi pecho llega con toda su fuerza.

Sí, técnicamente no estamos "saliendo" porque no quiero ponerle una etiqueta, o de lo contrario, sé que ella va a enloquecer, pero eso es lo primero que me vino a la mente. Niego con la cabeza, tratando de borrar la imagen de ella y alguien más de mi cerebro. El lado izquierdo de mi

brazo comienza a temblar, y pongo mi mano en mi pecho, pensando que tal vez soy yo quien tiene un ataque al corazón.

—¿Hueles a tostadas quemadas? —le pregunto. Tal vez estoy teniendo un derrame cerebral.

—¿En serio? —dice, rodando los ojos—. ¿Eso es lo primero que te viene a la mente?

—No tengo idea de qué pensar ya que no me estás dando nada. —Lanzo mis manos al aire—. Estás sentada allí con lágrimas en los ojos. No tienes luz en los ojos. No has hecho un comentario sarcástico sobre mi aparición aquí sin llamar. Es lo único que me vino a la mente.

—¿Cuándo tendría tiempo de ver a alguien más? —ella me pregunta—. Literalmente dormimos juntos todas las noches.

—No todas las noches —le recuerdo, pensando en las noches que me deja porque Dios no quiera que nos acostumbremos el uno al otro.

—Vomité hoy —me dice. Doy un paso hacia ella y levanta la mano para detenerme.

—¿Estas bien? —Miro a mi alrededor para ver si tal vez necesita algo—. ¿Quieres que te traiga agua? —pregunto. El latido de mi corazón se acelera de nuevo justo cuando camino hacia la cocina y abro su refrigerador—. ¿Quieres tal vez un poco de Gatorade?

—Uf —resopla, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá.

—¿Te vas a enfermar? —le pregunto y luego la miro—. ¿Por qué no tienes un cubo cerca en caso de que vomites? ¿Quieres un poco de sopa? —pregunto, sentándome a su lado ahora y sacando mi teléfono de mi

bolsillo—. Tal vez solo el caldo. Puedo llamar a Luke y ver si puede prepararte algo.

—No creo que la sopa vaya a mejorar esto —dice en voz baja, bajando la mirada hacia su regazo, y noto algo blanco en su mano con una punta azul.

—Oh, Dios —le digo, y ella me mira—. No volviste a buscar en Google, ¿verdad? —Niego con la cabeza—. La última vez que hiciste eso, pensaste que tenías chinches. Estabas tirando tu colchón por la ventana.

—Parecía chinches —dice con los dientes apretados.

—Fueron picaduras de mosquitos —le recuerdo—. Fuimos de excursión.

—Bennett —dice mi nombre y luego levanta un palo blanco en la mano.

—¿Qué es eso? —Lo tomo de ella, no estoy seguro de lo que estoy mirando hasta que veo la palabra ***embarazada***. Mi boca se abre cuando la miro—. ¿Es esto…? —Mis manos tiemblan mientras sostengo el palo. Tantas emociones me atraviesan, pero la principal es que mi corazón se siente tan lleno.

—Puedo decirte lo que no es. —Ella parpadea para apartar las lágrimas—. No es un termómetro.

Mi corazón llena mi garganta mientras miro las letras de nuevo.

—Embarazada —digo las palabras. Las lágrimas llenan mis ojos—. No puedo. —El nudo en mi garganta hace que sea difícil decir algo. Pero no puedo detener la sonrisa que llena mi rostro. De oreja a oreja—. Vamos a tener un bebé. —Me inclino hacia ella—. Vamos a tener un bebé. —La

beso muy suavemente. Ella mueve su mano hacia arriba, palmeando mi mejilla.

—No sé sobre la parte de nosotros —dice—. Pero definitivamente estoy embarazada.

Capítulo Cinco

PRESLEY

—Embarazada —dice la palabra, y puedo ver las lágrimas llenando sus ojos. Lo que a su vez hace que mi estómago se agite, lo que me hace culpar al bebé—. No puedo. —Se ahoga, y la sonrisa en su rostro es de oreja a oreja—. Vamos a tener un bebé. —Mi corazón late tan fuerte que creo que literalmente se me va a salir del pecho—. Vamos a tener un bebé. —Se inclina y besa mis labios suavemente. Los nervios mueren un poco. Mi mano se mueve hacia arriba por sí sola mientras ahueco su mejilla.

—No sé sobre la parte de nosotros —le digo, alejándome de él y levantándome—. Pero definitivamente estoy embarazada.

—¿Cómo lo sabes con seguridad? —me pregunta mientras estoy aquí frente a él. Las persianas están todas cerradas como si estuviera de luto por una muerte.

—Bueno, esta mañana fui al trabajo y estaba bien, y luego entró este novio y olía como si tuviera dieciséis años y acabara de conseguir la loción para después del afeitado de su padre. —Cierro los ojos y hago una mueca ante la idea—. Me hizo botar el desayuno. —Él solo me mira, y su mirada está llena de tanto sentimiento que mi pecho se llena con algo en lo que no quiero pensar porque tan pronto como se llena, tengo una abrumadora

sensación de tristeza—. Luego busqué en Google sobre el queso crema dañado y bueno, decía embarazo, así que me reí porque...

—Porque siempre usamos protección. —Se sienta en el sofá con la prueba de embarazo en sus manos.

—Correcto, pero luego entré en mi aplicación de período. —Comienzo a caminar frente a él, y todo lo que hace es sentarse en el sofá todo fresco, tranquilo y sereno—. Y fue como hace cuatro días.

—Deberías haberme llamado. —Se levanta ahora—. Quisiera…

—¿Ayudarme cómo? ¿Orinar en el palo? —Señalo el palo.

—No lo sé. Tomar tu mano —dice—. Apoyarte.

—Además, estuve en un estado de negación durante una buena hora después. —Niego con la cabeza. Mi cabeza da vueltas a un millón de millas por minuto. Creo que estoy a punto de hiperventilar, pero lo bloqueo todo—. Está bien. —Lo miro—. Estoy embarazada, y voy desde aquí.

Él se acerca a mí ahora, poniendo el palo en su bolsillo. Sus manos suben para sostener mi rostro.

—Preciosa —dice en voz baja—. Relájate.

—Estoy relajada —respondo, aunque estoy todo lo contrario a relajada. Estoy al punto de que me estoy volviendo loca, pero más porque pensé que él se volvería loco conmigo—. Estás mucho más relajado de lo que pensé que estarías.

—¿Qué significa eso? —pregunta, y yo solo lo miro.

—Significa que pasamos de intercambiar orgasmos a que ahora estoy embarazada —le digo, y tengo que alejarme de su toque porque si no,

tengo miedo de que él vea exactamente lo que estoy sintiendo y nunca voy a dejar que eso suceda. Simplemente no puedo.

—Compartimos mucho más que orgasmos, preciosa. —Sus labios encuentran los míos, y los latidos en mi pecho se ralentizan—. Y vamos a compartir mucho más a partir de ahora.

—Ni siquiera sé qué más hay para compartir contigo. —Me río—. Quiero decir, ya me has quitado la virginidad, y ahora me has plantado un bebé. —Él echa la cabeza hacia atrás y se ríe, y no puedo evitar inclinarme y besar su cuello—. Tengo que decírselo a mis hermanas.

—Está bien —dice—. ¿A qué hora vienen?

Lo empujo lejos de mí.

—No vas a estar aquí cuando ellas vengan.

—¿Por qué no? —pregunta, sorprendido mientras pone sus manos en sus caderas.

—Porque —digo, caminando hacia la cocina para tomar un jugo de manzana, que nunca bebo—. Yo voy a decirles.

—Está bien —dice—. Pero le voy a decir a tu hermano.

Me río.

—¿De verdad crees que es una buena idea?

Se encoge de hombros.

—No es una sorpresa que me gustas.

—Oh, le gusto a usted, verdad. —Agarro el vaso y le guiño un ojo—. Dejaste un par de cosas en mí mientras hablamos.

Agarro el teléfono del mostrador, que busqué y agarré del auto después del susto inicial.

—Oh, tienes un teléfono —dice—. Gracioso, estuve llamando.

—Yo estaba en shock. —Pongo los ojos en blanco—. Tenía cinco pruebas mirándome fijamente diciéndome que soy uno más uno.

Abro el chat grupal.

Yo: Oigan, esta es una reunión de hermanas de Emergencia SOS.

Bajo el teléfono y me tiemblan las manos.

—Esto debería ser divertido.

Clarabella: Oh, ahora contesta fuera de horario.

Shelby: Mejor que esto no sea para hablar de Taylor Swift.

Yo: Confía en mí cuando digo que esto es una emergencia.

Clarabella: Demuéstralo.

Shelby: ¿Por qué le pedirías que lo demuestre?

Yo: Código Púrpura.

Shelby: Mierda, en camino.

Clarabella: Llego en cuatro minutos.

Pongo el teléfono abajo.

—Está bien, tienes que irte. —Lo presiono, caminando hacia él y agarrando su mano.

—Les va a llevar más de cinco segundos llegar aquí. —Se ríe, y cuando lo miro, mi vagina se tensa un poco. No me di cuenta de que está

usando sus pantalones de vestir, y las mangas de su camisa abotonada están arremangadas hasta los codos. Su Rolex plateado en su muñeca lo hace sexy como el infierno.

—Van a llegar en un tiempo récord. Acabo de lanzar un código púrpura —le digo, sabiendo que no lo va a entender, y también sé que no tengo tiempo para sentarme a explicárselo. Necesito que saque el culo de esta casa—. Te llamo luego. —Le beso los labios y lo empujo hacia la puerta.

—Promesas, promesas. —Sacude la cabeza y baja las escaleras—. Deja de mirarme el culo.

—Está justo en mi campo de visión —le digo mientras mira por encima del hombro y extiendo la mano, mostrándole que lo tengo justo delante de los ojos.

—Puedo volver y esconderme en tu habitación hasta más tarde, y puedes tocarlo —dice una vez que llega a su auto, mirándome.

—Tocarlo nos ha metido en este lío. —Me señalo el estómago.

Menea la cabeza.

—No te lo recomiendo en absoluto. Ahora que es demasiado tarde, podemos hacerlo todo el tiempo.

—Ya lo hacemos todo el tiempo —le espeto y vuelvo a entrar para tomar un vaso de zumo de manzana. El dulzor me hace agua la boca. Me estoy sirviendo otro vaso cuando oigo cerrarse la puerta de un auto—. Allá vamos, pequeño —digo, poniéndome la mano en el estómago.

La puerta se abre y se cierra de golpe.

—¿Qué demonios? —Escucho decir Shelby mientras entra despacio. Casi como si tuviera miedo de entrar, por fin llega a la cocina—. ¿Por qué está tan oscuro? —pregunta mientras mira a su alrededor—. ¿Por qué estás sentada en la oscuridad?

No tengo tiempo de contestarle porque oigo el chirrido de los frenos y el ruido de la puerta de un auto al cerrarse.

—¡Presley! —Clarabella grita mi nombre y sube corriendo los escalones—. Más te vale que esto sea jodidamente bueno —dice, entrando y dando un portazo—. Hola — dice, sin moverse de la puerta principal—. ¿Hay alguien aquí?

—Hay tres autos afuera —dice Shelby, encendiendo la luz y mirándome—. Dios mío, ¿quién ha muerto?

—Más vale que haya muerto alguien —dice Clarabella, entrando en la cocina con un albornoz.

—Oh, Dios mío —digo yo—. ¿Estás desnuda ahí debajo?

—Sí. —Asiente—. Estábamos...

—Si me dices que estaban teniendo sexo —regaña Shelby—. Voy a...

—¿Quién contesta en mitad del sexo? —dice Clarabella—. Era el juego previo.

—Oh, Dios mío. —Shelby cierra los ojos—. No puedo sacarme la imagen de la cabeza.

—Bueno, esto va a salir mucho mejor de lo que pensaba —digo, y ellas me miran.

—Llamaste por código púrpura —me recuerda Shelby—. Será mejor que sea de vida o muerte. —Cuando estábamos en la universidad y salíamos, la palabra clave era oso púrpura. Si enviábamos un mensaje con oso púrpura, significaba que necesitábamos refuerzos.

—Lo hice —digo, mi corazón se acelera un poco—. Bueno, no hay forma suave de decir esto... así que...

—¿Te estás muriendo? —me interrumpe Clarabella, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Por eso estás sentada en la oscuridad?

—¿Puedes callarte? —dice Shelby—. Ella no se está muriendo. Está radiante. —Me mira—. Quiero decir, no en este momento. —Pone una cara rara—. Te ves como una mierda, y como si estuvieras a punto de morir, pero esta mañana, brillabas.

—Estoy embarazada —lo digo directamente—. Como arrancarte una tirita —digo, sirviéndome otro vaso de zumo de manzana y tomándomelo como un trago.

—Lo siento —dice Clarabella, sujetándose la bata por encima—. ¿Qué acabas de decir?

—¡No lo estas! —chilla Shelby—. No puede ser.

Me dirijo al salón para recuperar los cuatro análisis que tengo, girándome para ver a Shelby acercarse a la encimera de la cocina y tomar mi taza para oler dentro de ella.

—No lo toques. —Clarabella le sisea.

—Estoy embarazada —repito—. No llena de gérmenes.

—Necesito un trago —afirma Shelby, acercándose al armario que hay encima de la nevera, sabiendo que es ahí donde guardo el alcohol. Todas

lo guardamos encima de la nevera como si fuera un secreto—. ¿Quieres uno?

—No lo sé —dice Clarabella—. No quiero tocar nada.

—No puedes contagiarte de quedar embarazada —le dice Shelby.

—Olvida que sabes cómo se queda embarazada la gente... sexo —le informa Clarabella, y Shelby suelta un grito ahogado.

—Sorprendente, de verdad, ¿es así como ocurre? —se burla Shelby, cogiendo la botella y echando un trago—. Pensé que la cigüeña volaba y te lo traía.

—Probablemente tuvieron sexo ahí mismo. —Clarabella le señala—. Estás en el mismo sitio en que plantaron a tu sobrina o sobrino.

Shelby mira hacia el mostrador y luego me mira a mí.

—¿Lo hiciste aquí?

—Oh, Dios mío —digo, entrando en la cocina y lanzándole una de las pruebas a Shelby y otra a Clarabella.

—Esto es —comienza Shelby, agarrando el palo y mirándolo—. El mío dice que está embarazada.

—El mío también —le confirma Clarabella.

—¡Eso es porque estoy embarazada! —grito—. ¿Podemos concentrarnos por una vez?

—Estoy tratando de concentrarme —dice Clarabella—. ¿Quién es el padre?

Cruzo los brazos sobre el pecho y resoplo.

—Es Bennett.

—Mierda —dicen ambas al mismo tiempo.

—No nos sorprende lo más mínimo —dicen ambas juntas—. ¿Estás sorprendida?

—Bueno, sí —le digo, levantando las manos.

—¿Dónde salió mal? —Clarabella me pregunta mientras Shelby golpea su hombro—. ¿Qué? Estoy preguntándole si estaba usando protección.

—Obviamente, ella usa protección. —Shelby pone los ojos en blanco—. La usaste, ¿verdad?

—Lo hicimos cada vez —les digo.

—¿Y de cuántas veces estamos hablando? —Clarabella me pregunta mientras Shelby gime y golpea el mostrador—. ¿Qué? Estas son preguntas que la gente hace.

—¿Que gente? —les pregunto—. ¿Quién?

—No lo sé, no es como si tuviéramos un libro de jugadas sobre cómo actuar cuando tu hermana te dice que está embarazada —dice Clarabella.

—¿Le dijiste a Bennett? —Shelby me pregunta.

—Oh, buena pregunta —canta Clarabella—. ¿Él lo sabe? ¿Qué dijo él?

—Se lo acabo de decir —les confirmo a ambas.

—Bueno, entonces, ¿por qué no está aquí? —dice Clarabella—. Oh, Dios mío, ¿se esconde arriba? —Ella tira de la parte superior de su bata apretándola más.

—Él no está aquí. —comparto, caminando y agarrando el jugo de manzana en lugar del whisky.

—¿Por qué no está él aquí? —Clarabella pregunta ahora, su tono tenso cuando inclina la cadera hacia un lado y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué necesita estar aquí? —Levanto las manos, ignorando la forma en que mi estómago se contrae y mi pecho de repente arde—. Es mi cuerpo.

—Lo es —dice Shelby en voz baja—. Y tú decides lo que haces con tu cuerpo. —Comparte una mirada con Clarabella.

—Está bien, antes de que tomemos decisiones precipitadas. —Clarabella levanta las manos—. ¿Podemos no hablar de eso? —Ella camina hacia mí—. Ya me encanta eso. —Poniendo su mano en mi estómago.

—Eso —Shelby sisea.

—Está bien. Uno. —Levanto mi dedo—, voy a tener el bebé; nunca hubo dudas al respecto. —Pongo mi mano sobre la de Clarabella—. Pero estoy haciendo esto sola.

—Ese hijo de puta —sisea Shelby.

—Oh, está feliz. No dejaba de decir, vamos a tener un bebé. —Niego con la cabeza, ignorando todos los gritos en mi cerebro—. Pero la realidad es que voy a tener el bebé. —Agarro el vaso, llevándolo a mi boca—. Y todo estará bien.

Capítulo Seis

BENNETT

Aparco mi auto en la calle y lo apago. Mirando la casa y viendo sombras desde adentro, tengo la sensación de que debería haber llamado antes de venir aquí.

Salgo del auto, camino por el sendero hacia la puerta principal, veo un camión de juguete a un lado y sonrío. El sonido de los perros ladrando y el caos absoluto entra por la ventana, y estoy a punto de levantar la mano y llamar a la puerta cuando se abre.

—¿Qué demonios estás haciendo? —me dice Travis, y me río.

—Normalmente, cuando alguien aparece en la puerta de uno —le informo, riendo entre dientes—, uno toca el timbre o la puerta.

—Cierra la puta boca —dice Travis, alejándose de la puerta—. Eres de la familia. —Entro, cierro la puerta detrás de mí y me saludan los dos perros que consiguieron cuando se casaron.

—Hola, ustedes dos. —Me agacho para saludarlos—. ¿Se están manteniendo fuera de problemas?

—¿Quién era? —Oigo a Harlow que asoma la cabeza por la cocina y me sonríe.

—Este idiota estaba en la puerta y tuvo la audacia de tratar de llamar —le informa Travis, sacudiendo la cabeza.

—Imagínate eso —dice Harlow, viniendo hacia mí ahora—. Tener las bolas para golpear antes de irrumpir. —Se pone de puntillas y me besa en la mejilla—. ¿Por qué harías eso?

—Simplemente no quiero atraparlo desnudo. —Muevo mi cabeza hacia Travis. Lo he visto lo suficientemente desnudo como para durarme toda la vida. Miro para ver a Travis sacando a su hija de su silla alta.

—Mira quién vino de visita —dice, quitándole el babero y luego secándole la cara—. Tío B. —Se gira y me entrega a Charlotte.

—Hola, hermosa niña —digo, inclinándome y besando su mejilla todavía húmeda. Ella se emociona y comienza a golpear mi pecho.

—¿Entonces que estás haciendo aquí? —pregunta Travis, caminando hacia la cocina que parece haber sido atravesada por un tornado.

—Tengo que hablar contigo —le digo, mi corazón se acelera, y evito mirarlo mientras miro a Charlotte.

—Oh, parece que ustedes dos necesitan estar solos —dice Harlow, acercándose a mí—. Voy a ir a bañar a Charlotte. —Charlotte se arroja sobre su madre—. Y ustedes dos vayan y tengan tiempo de hombres afuera. Voy a acostarla y luego relajarme antes de que el demonio regrese mañana de la granja. —Ella menciona a su hijo, Theo, que está pasando por los terribles dos años y se asegura de que no lo olviden.

—Es mi turno para la hora del baño —dice Travis, entregándome una botella de cerveza.

—La última vez que fue su hora del baño, parecía que un tsunami golpeó el baño —le recuerda Harlow—. Así que acabas de salvarme.

—Me alegro de poder ser de utilidad —le digo, agarrando la botella de cerveza.

—Vamos a sentarnos afuera —sugiere Travis, y de repente me pongo nervioso por lo que está por venir. Hemos sido mejores amigos desde el jardín de infantes. Es el hermano que nunca he tenido, y sé que, si lo llamo, sin importar el momento o la situación, él estará a mi lado y yo en el de él también.

—Esto es agradable —digo, mirando alrededor al jardín que acaban de hacer, que se abre a un enorme patio con una estructura de juegos.

—Mi suegro. —Se sienta en uno de los sofás—. Viene un fin de semana, y lo siguiente que sabes es que estas mirando afuera, y él tiene una tripulación de cincuenta. —Su suegro es lo que llamas un vaquero. Tiene todas estas granjas, pero no solo es un vaquero y no quieres meterte con él, es un mago de la informática. Es la cosa más extraña que he visto. Creo que alguien incluso dijo que entrenó con los SEAL por diversión. ¿Quién hace eso?

Me río, sentándome en el sofá a su lado.

—Déjame adivinar, ¿viniste afuera para ayudar? —Tomo un trago de mi cerveza.

Sus cejas se juntan.

—¿Estás loco? —él resopla—. Tenía palas y esas cosas. ¿Crees que iba a venir aquí para darle una razón para enterrarme?

No puedo evitar reírme de eso, y me alegro de haberme tragado la cerveza, o la habría escupido.

—Él ya no te odia —le digo—. Le diste dos nietos.

—Le rompí el corazón y la dejé durante cuatro años —me recuerda—. Y me iba a casar con otra.

—Sí, puedes darles la vuelta a muchas cosas. —Niego con la cabeza—. Pero pase lo que pase, nunca vas a olvidar eso.

—Exactamente —dice y luego me mira—. ¿Qué tienes en mente?

Me río y tomo un sorbo de cerveza antes de darle la noticia. Estoy nervioso y emocionado.

—Voy a ser padre. —Empiezo por lo más fácil. Solo diciendo las palabras, no puedo evitar sonreír a lo grande. La plenitud que siento está fuera de este mundo, y hasta ahora ni siquiera sabía que me faltaba algo.

—Cállate —dice Travis, sorprendido mientras me mira—. Quiero decir… —Él pone su brazo alrededor de mi cuello, y su mano aprieta mi hombro—. Estoy feliz por ti.

—Es Presley —añado, conteniendo la respiración, y ahora me pregunto si tal vez sentarme a su lado no fue la idea más inteligente.

—Espera un minuto. —Su mano se mueve de alrededor de mi hombro—. Presley, ¿cómo mi hermana Presley?

—La única —confirmo, y no sé lo que estoy esperando, para ser honesto. Podría estar feliz por mí, o podría darse la vuelta y golpearme en la cara por acostarme con su hermana. De cualquier manera, no cambia el resultado de la situación.

—Oh, Dios mío —dice—. Yo... —Se detiene, me mira y pregunta—: ¿Presley?

—Sí. —Asiento, y de todo lo que he hecho en mi vida, este momento justo aquí, diciendo que voy a tener a mi hijo, lo es todo—. No hay nadie en esta tierra con quien quiera estar excepto ella.

Él echa la cabeza hacia atrás y ahora se ríe.

—¿Ella sabe esto?

Me río, el ardor golpeando mi estómago ahora.

—Me voy a casar con ella —le digo, llevándome la botella a los labios y tomando un sorbo.

—¿Es eso un hecho? —No puede evitar echar la cabeza hacia atrás y reír. Todo su cuerpo tiembla de risa—. ¿Le dijiste esto? —me pregunta, y yo solo lo miro.

—Ella se llama a sí misma un lobo solitario —le recuerdo—. ¿Crees que ella va a estar dispuesta a casarse conmigo?

—Ni una oportunidad —admite, tomando su propio trago de su cerveza—. Ella va a pelear contigo todo el jodido camino.

—Oh, lo sé. —Sonrío, poniendo la botella contra mi cuello—. Créeme lo sé.

—Esto va a ser divertido de ver. —Se sienta en el sofá y me mira.

—Siempre puedo usar mi encanto. —Me encojo de hombros—. La hice dormir conmigo.

—Puedes perder algunas partes del cuerpo en el camino. —Levanta las cejas y está a punto de decir algo más cuando se abre la puerta trasera

y sale corriendo Harlow con una Charlotte desnuda y empapada en la cadera.

Ambos nos paramos al mismo tiempo, esperando que la casa se incendie o algo más.

—Oh, Dios mío —dice ella, levantando el teléfono—. ¿Está todo bien aquí?

—¿Por qué estás corriendo como un murciélago del infierno? —Él camina hacia ella rápidamente.

—Clarabella acaba de llamarme —dice, mirando a Travis y luego a mí—. Y me contó sobre cierta situación que estaba pasando.

—¿Ese es el código para Presley está embarazada? —le pregunto, y ella abre la boca en estado de shock y luego mira a Travis para ver su reacción—. Ya se lo dije.

—¿Y todo está bien? —Ella mira a Travis, quien se acerca para agarrar a Charlotte.

—Todo está bien. —Travis se inclina y besa sus labios—. Me estaba diciendo cómo se va a casar con Presley. —Harlow echa la cabeza hacia atrás, como su esposo, y se ríe a carcajadas. También agrega aplausos—. ¿Ves? —Él señala a su esposa.

—Ella es el lobo solitario —me recuerda Harlow, y pongo los ojos en blanco—. Quiero decir, ella lo dice.

—Cada vez. —Termino la oración por ella—. Lo sé, Lo sé. —Levanto mis manos—. Pero va a tener a mi bebé.

—Muchas personas crían hijos juntas sin estar casadas —me recuerda Travis.

—Bueno, quiero casarme con ella. ¿Eso dice algo? —La boca del estómago me arde cuando solo se miran con la mirada de "pobre bastardo"—. Está bien, bueno, esto es divertido. —Dejo la botella de cerveza—. Pero voy a irme. —Vuelvo a subir las escaleras, besando a Charlotte en la mejilla—. Ustedes dos —les digo a Harlow y Travis—. Chupen bolas.

—Si te sirve de consuelo —dice Travis—. Me alegro de que seas el papá de su bebé.

—Gracias, eso significa mucho. —Pongo mi mano sobre mi corazón—. Deséame suerte.

—Oh, vas a necesitar mucho más que suerte —advierte Harlow—. Pero en defensa de Presley, sus hermanos no ayudaron en ese asunto. —Ella mira a su marido—. En absoluto.

—Es como el trastorno de estrés postraumático —dice Travis—. Pero al final, todos terminamos felices.

—Sí, bueno, es bueno saberlo —digo, pasando junto a ellos y saliendo por la puerta principal. Me subo al auto y me dirijo a casa.

Todo el tiempo en lo único que puedo pensar es en ir con ella, pero sabiendo que probablemente se está volviendo loca y cuanto más me empuje en su cara, más rápido me alejará.

Subo los escalones de la casa, me abro paso a través de la puerta y ni siquiera me detengo en la cocina, me dirijo directamente a la sala de estar y me derrumbo en el sofá. El palillo en mi bolsillo se resbala y cae al suelo. Lo recojo y lo miro de nuevo, la sonrisa viene a mi cara.

—Ella va a tener nuestro bebé. —Me pongo el palillo sobre el pecho y pienso en cómo empezó todo esto.

El golpe en la puerta fue tan suave que no estaba seguro de haberlo escuchado. Me levanté del sofá y me acerqué, abriendo la puerta.

Me impactó y sorprendió que Presley fuera la que estaba parada en mi puerta. Yo había salido del bar no hacía ni treinta minutos, después de que ella se apoyara en la barra y me hiciera la petición más ridícula. También salí corriendo de allí antes de hacer algo estúpido como ceder ante ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté y asomé la cabeza para ver si estaba con alguien—. ¿Estás aquí sola?

—Sí —dijo ella, empujándose a sí misma para entrar en mi apartamento—. ¿Estás aquí solo? —Miró alrededor de la sala de estar, mis libros estaban esparcidos por todo el lugar. Puso sus manos en los bolsillos traseros de sus jeans y todo lo que pude hacer fue mirarla. ¿Cuándo se volvió tan caliente?

—¿Debería llamar a Travis? —le pregunté cuando mi corazón comenzó a acelerarse a un ritmo anormal y de repente me puse nervioso—. ¿O a alguien más?

—Bennett —dijo mi nombre y mi polla se puso en acción. Sonaba como si estuviera entre un gemido y una súplica—. Te pedí un favor.

Gemí en ese momento y miré hacia el techo.

—Oh, Dios, Presley, no puedes hablar en serio en este momento.

—¿Por qué no? —Ni siquiera la escuché moverse cerca de mí, pero de repente sus manos estaban en mis caderas, y todo lo que pude hacer fue tragar porque mi boca se secó—. No quiero ir a la universidad siendo virgen.

—Está bien, uno, no hay nada de malo en que vayas a la universidad siendo virgen —resoplé, tratando de concentrarme en las palabras que salían de mi boca y menos en la forma en que sus manos se sentían sobre mí—. De hecho, es aún más sexy.

—Por favor —dijo en una súplica—. No hay nadie más que yo quiera que sea el primero. —Miré sus ojos azules y me perdí. Ni siquiera tuve tiempo de tomar una decisión porque ella se puso de puntillas y sus labios encontraron los míos.

—Voy a hacerla mía —le digo al cuarto oscuro cuando parpadeo alejando los recuerdos—. Ella siempre ha sido mía. Ahora es el momento de mostrárselo.

Capítulo Siete

PRESLEY

El sonido del pitido del teléfono me despierta de mi sueño y por lo general habría saltado de la cama. Pero mis ojos se cierran y me hundo más profundamente en la cama.

—Solo cinco minutos más. —Me acurruco con las cobijas en mi cuello. Estoy a punto de volver a dormirme cuando escucho un suave golpe en la puerta—. Me estás tomando el pelo. —Saco la mano de mis sábanas y miro mi reloj—. ¿Quién diablos está en mi puerta a las malditas siete de la mañana? —No sé a quién le estoy preguntando y también sé que nadie me va a responder—. ¿Crees que si los ignoro se van a ir? —No espero una respuesta porque escucho el pitido del teclado de la puerta principal antes de que se abra la cerradura—. Bueno, pueden ser cuatro personas. —me digo a mí misma—. Pero voy a arriesgarme y decir que no es nadie relacionado conmigo. —La habitación está oscura con la luz viniendo de la puerta abierta.

—Preciosa. —Escucho su voz y cierro los ojos, sin molestarme en responderle porque es cuestión de tiempo antes de que me encuentre y no es como si estuviera jugando al escondite—. Ahí estás —dice desde la puerta de mi dormitorio—. Esto no es propio de ti. —Escucho su suave voz acercarse más y más a la cama, y abro los ojos—. Por lo general, te

levantas de la cama a las cinco. —Está de pie allí con pantalones azules y una camisa blanca con botones metida con un cinturón marrón.

Los dos botones superiores están abiertos y ya puedo saborear su piel bajo mis labios. Por lo general, lo veo al final del día con las mangas arremangadas, pero ahora con ellas abajo se ve tan sexy y guapo como el infierno.

—Lo sé —resoplo cuando se sienta en el borde de la cama—. Pero literalmente no podía sacar mi trasero de la cama. —Pone su brazo sobre mí y se inclina para besar mis labios. Mi estómago se agita mientras aparto el pensamiento de que en realidad lo extrañé anoche. También ignoro que me sorprendió que no viniera y también me entristeció.

—Te traje el desayuno —dice y en el momento en que dice eso, mi estómago deja escapar un gran gruñido y él se ríe—. Parece que llegué justo a tiempo. ¿Por qué no voy a buscar la comida y te la traigo? —Mueve su mano arriba y abajo de mi costado.

—¿Qué trajiste? —le pregunto, sin importarme en este punto, podría comerme una casa. ¿Cuándo me volví tan hambrienta?

—Te compré panqueques, huevos, tostadas francesas y algo de fruta —dice y todo lo que puedo hacer es sonreírle—. ¿Esa sonrisa significa que lo hice bien? —Se inclina de nuevo para darme un beso y disfruto de ello.

—Lo hiciste bien —le digo mientras se levanta y tiro las sábanas, mostrándole que estaba durmiendo desnuda.

—Maldita sea —dice, mirándome de arriba abajo lentamente—. Tal vez pueda desayunar yo también. —La forma en que sale su voz me debilita las rodillas.

—Déjame ver qué tan bueno es el desayuno y luego tal vez ambos podamos tomar el postre. —Entro al baño, sabiendo que me está mirando. Me lavo los dientes y voy al baño, agarrando mi bata blanca que me compró.

Me miro en el espejo, asegurándome de que no me veo como si acabara de salir de la cama. También tomo un segundo y miro mi estómago de nuevo. Pasé la mayor parte de la noche de pie junto al espejo, mirándolo de frente y de lado para ver si tal vez había alguna pista de que estaba embarazada. Allí no había nada, nada.

Mi estómago aún estaba plano, y cuando salgo, él regresa con mi bandeja grande.

—¿Cuánta comida trajiste?

—Bueno, considerando que estás comiendo por dos. —Él sonríe y sus ojos se iluminan—. Mucha. —Se detiene, esperando que vuelva a la cama—. ¿Por qué te pusiste tu bata?

Me río de él.

—Porque voy a estar comiendo. —Apoyo las almohadas detrás de mi espalda y miro toda la comida que me ha traído. Coloca la bandeja en mi regazo y se acerca a su lado y se mete en la cama encima de las sábanas.

—Entonces, ¿qué vas a comer primero? —dice, agarrando una fresa y mordiéndola y luego ofreciéndome la otra pieza. Abro la boca y la tomo y la dulzura golpea mi lengua—. ¿Llamaste al médico? —me pregunta y yo lo miro molesta ahora.

—Han pasado doce horas —le digo, agarrando mi tenedor y cortando el panqueque de arándanos que me compró.

—Lo sé, pero no sé, ¿deberías llamar y asegurarte de que todo está bien? —me pregunta y evito mirarlo—. ¿Qué tan avanzados estamos?

—Supongo que tengo unas cinco semanas. —Ignoro cómo mi corazón late diferente cuando se refiera a *nosotros*.

—Deberíamos llamar y hacer una cita —dice entre bocado.

—No deberíamos —digo, tomando otro bocado del panqueque—. Yo debería.

Lo miro y él solo me mira y mi corazón se acelera en mi pecho.

—¿No tienes trabajo al que ir?

—¿Esa es tu forma de decirme que me calle? —me pregunta, y quiero acercarme y pasar mi mano por su cabello. Su cabello negro perfectamente peinado, pero en lugar de hacer lo que quiero hacer, me doy la vuelta y como mi desayuno—. Se lo dije a Travis.

—Lo escuché —le digo, agarrando un poco de fruta—. Harlow dijo que estabas allí.

—¿Qué dijeron tus hermanas? —me pregunta y yo me río.

—Estaban sorprendidas —le admito.

—¿Y cuando les dijiste que yo era el padre? —me pregunta y yo no digo nada—. Les dijiste que yo era el padre. —Se sienta ahora y ya no puedo contener la risa.

—Quiero decir, traté de decirles que era Jason Momoa. —Trato de no sonreír—. Pero no me creyeron.

Deja su taza sobre la mesa auxiliar y se gira hacia mí.

—¿Ya terminaste? —Me quita la bandeja, se levanta de la cama y pone la bandeja de comida en la cómoda. Lo observo todo el tiempo. Todo en él me debilita las rodillas; siempre ha sido él. Siempre, desde la primera vez nunca pude ni pensar en estar con nadie más—. Entonces, ¿qué vas a hacer hoy? —Se sienta a mi lado con los pies en el suelo mientras se inclina sobre mí, sus labios cerca de los míos.

—Voy a ir a trabajar —le digo, pasando mis manos por su cabello como quería hacer cuando entró en la habitación—. Tengo una boda hoy. —Miro y veo que ya llego tarde y que debería patearme el trasero para levantarme de la cama. Pero me doy un par de minutos más.

—Tú. —Se inclina y me besa el lado derecho del cuello—. Vas a llamar al médico. —Besa el lado izquierdo ahora y muevo mi cuello para darle acceso. Sus besos me hacen olvidar todo—. Y luego me vas a llamar. —Besa mis labios—. ¿Cierto, hermosa?

Mis ojos se abren ahora.

—¿Vas a persuadirme? —Me inclino para besarlo, todo mi pecho se llena.

—No. —Él se levanta—. Tienes que levantarte y ponerte en marcha y no tengo suficiente tiempo contigo.

—Um. —Me pongo sobre mis codos—. Puede tratarse solo de mí.

—Siempre se trata de ti. —Se inclina una vez más y me besa—. Pero no tengo suficiente tiempo. Entonces te apresurarás a salir de aquí y luego me culparás por llegar tarde.

—Bien —admito—. Entonces vete o voy a llegar tarde.

—Siempre empujándome hacia afuera. —Me sonríe, se inclina y frota su nariz con la mía—. Me llamarás, ¿verdad? —Me besa una vez más y lo ignoro. Me da un segundo más antes de decir—. Preciosa.

—Uf, bien. —Me tiro las cobijas—. Te llamaré, ahora vete.

—Que tengas un buen día, hermosa —dice una vez más antes de irse.

Escucho sus pasos salir por la puerta. Me acerco a la cortina y miro furtivamente afuera mientras lo veo caminar hacia el auto. Mi corazón comienza a acelerarse, como siempre lo hace, y luego, cuando se sube al auto y mira hacia arriba, mi corazón de repente se hunde en mi pecho. Lucho contra las lágrimas que amenazan con salir, pero no soy lo suficientemente rápida esta mañana, o tal vez son las hormonas en mi cuerpo.

Una sola lágrima rueda por mi mejilla. Me duele el corazón al pensar que no puedo darle lo que necesita. Pensando que él se merece a alguien que lo ame sin que tenga ninguna duda en la cabeza. Pensando que eventualmente él no me va a besar para despertarme en la mañana. Pensando en mi hermano y hermanas y viendo lo que les sucedió la primera vez que intentaron encontrar a su pareja. Sabiendo que nunca funcionó y la segunda vez fue la vencida.

Pongo mi mano en mi pecho mientras pienso en Bennett siendo mi primer todo. Ha sido mi primer enamoramiento, mi primera vez en la cama, el primer hombre que he amado, y sabiendo que el primero nunca funciona. Conocer la historia y saber que debería haberlo dejado ir antes me hace odiarme aún más. Sabiendo que debería haber cortado esto hace años, pero una mirada suya y lo olvido todo. Un toque y soy un charco en su mano.

Camino al baño entumecida, mi cabeza da vueltas y, como siempre, trato de decirme a mí misma que todo va a estar bien. Pero es mucho más esta vez. Vamos a tener un bebé. Un bebé.

Pongo la mano en el estómago.

—Pase lo que pase, él te va a amar para siempre. —Las lágrimas ruedan por mis mejillas—. Él será para siempre tu primer amor. —Sonrío a través de las lágrimas ahora—. Él será para siempre nuestro primer amor.

Capítulo Ocho

BENNETT

Levanto el teléfono en el momento en que me subo al auto y le envió un mensaje de texto, viendo su nombre y sonriendo mientras escribo la oración.

Yo: ¿Cómo va todo?

Pongo el teléfono en el portavasos, enciendo el auto y bebo el resto de mi batido de proteínas. Mi pecho sube y baja mientras trato de que mi respiración baje a un ritmo normal.

Acabo de pasar las últimas dos horas en el gimnasio esforzándome hasta que mis brazos se sentían como fideos y mis rodillas me iban a fallar. El teléfono suena ahora, diciéndome que tengo un mensaje y veo su nombre parpadear en la pantalla central.

Preciosa: Sin incidentes. Apareció la Novia, apareció el Novio, así que ya están ganando.

Me río.

Yo: ¿A qué hora vas a terminar?

Miro el reloj y veo que son poco más de las ocho.

Preciosa: Debería estar fuera de aquí en aproximadamente una hora. Estoy agotada.

Yo: Puedo ir a buscarte si quieres.

Preciosa: No, estoy bien para conducir.

Yo: Está bien, ven y te cocino.

Preciosa: Debería irme a casa y darme un baño.

Yo: O puedes venir y podemos bañarnos juntos.

Preciosa: ¿Qué me vas a cocinar?

Yo: Lo que quieras.

Preciosa: Pasta de camarones.

Echo la cabeza hacia atrás; por supuesto que elegiría algo que no tengo ni idea de cómo cocinar.

Preciosa: ¿Qué te pasa, el gato te comió la lengua? JA JA

Yo: En absoluto. Te veo en una hora.

En lugar de ir directamente a casa, busco la mejor receta de pasta con camarones que puedo encontrar en línea; bueno, la mejor según las estrellas y reseñas. Estaciono mi auto, me apresuro a ir a la tienda de comestibles, tomo todo lo que está en la lista, junto con una lata de crema batida. También tomo algunos dulces y chocolate junto con algunas papas fritas. Cuando salgo de la tienda de comestibles y regreso a mi auto, la canasta ya está llena. Ni siquiera me doy cuenta de que estuve cuarenta y cinco minutos en la tienda y cuando llego a casa llegamos a la misma hora.

Salgo de mi auto y camino hacia el de ella, abriendo la puerta del lado del conductor. Me mira sonriendo mientras extiendo mi mano hacia ella.

—Hola, preciosa. —Desliza su mano en la mía y saca un pie y veo que lleva sus tacones de aguja blancos. Agarra su bolso con la mano libre y se pone de pie. Su cabello está suelto y rizado en las puntas y no quiero nada más que enterrar mis manos en él.

—Hola. —Sonríe, dejo ir su mano y la envuelvo alrededor de su cintura.

—Hueles tan bien —le digo, enterrando mi cara en su cuello y besándola.

—Ojalá pudiera decir lo mismo. —Ella se ríe y me empuja, pero no suelto su cintura. En cambio, la acerco aún más a mí. Su pecho está contra el mío y pone sus manos en mis brazos desnudos. Miro la camiseta gris que estoy usando y los pantalones cortos de baloncesto que me puse cuando llegué al gimnasio.

—Iba a ducharme cuando llegara a casa. —Beso sus labios—. Pero luego alguien quería camarones. Si hubiera sabido que me llevaría tanto tiempo, me habría duchado en el gimnasio.

—Si te hace sentir mejor. —Ella no mueve sus manos de mis brazos—. Tengo mucha, mucha hambre. Clarabella me trajo una hamburguesa y solo con verla se me revolvió el estómago.

—¿Cómo me haría sentir mejor eso? —La dejo ir y tomo su mano mientras caminamos de regreso a mi auto y abro la cajuela con mi mano libre—. Me hace sentir aún peor, ya que tomará un mínimo de cuarenta y cinco minutos para cocinar. —Abro el maletero y ella jadea cuando ve que está lleno.

—¿Qué diablos es todo esto? —Ella mira todas las bolsas.

—Me detuve a buscar cosas para la receta —admito—. Y luego, bueno, terminé recorriendo todos los pasillos, agarrando rápidamente lo que pensé que querrías comer.

—¿Eso es crema batida? —Me suelta la mano y agarra la botella de crema batida que sobresale de la bolsa.

—No sé si tal vez tenías ganas de dulce. —Le guiño un ojo mientras se ríe—. La última vez tuvimos uno de esos.

—Estuve pegajosa durante dos días —me recuerda.

—No. —Niego con la cabeza—. Eso fue la miel y el chocolate.

—Oh, sí. —Ella me mira y sus ojos brillan y amo este lado de ella. El lado donde deja caer la pared que tiene arriba. El lado que me muestra cuánto le importa. El lado que es suave, pero vulnerable. El lado que, si supiera que me está mostrando, lo negaría. Ella también pondría la pared que siempre tiene levantada, y no sé qué tendría que hacer yo para derribarla—. Realmente te encanta comer cosas de mí.

—No soy el único. —Me río, agarrando la bolsa—. Empezaste con el chocolate.

—Ese fuiste tú. —Ella jadea y me señala—. Estaba siguiendo tu ejemplo.

—Déjame meterte y ponerte cómoda —le digo mientras se inclina para agarrar una de las bolsas—. Ni lo pienses, Presley Baker —digo su nombre completo y se siente raro no llamarla preciosa.

—Oh, sabes que está enojado cuando dice mi nombre —bromea conmigo y suelta la bolsa—. Bien, me sentaré y haré que me atiendas. —Ella inclina la cabeza hacia atrás y aprovecho para besar sus labios.

—Eso suena como un gran plan. —Estoy de acuerdo con ella y la veo caminar frente a mí. Los pantalones verdes que lleva le moldean el culo y lo único que quiero hacer es morderlo. La camisa de seda de manga larga con puños y rayas verde salvia está metida por dentro. Conociendo a Presley, tiene sujetador y bragas a juego debajo.

Me abre la puerta y enciende la luz de la entrada, mientras se quita los zapatos en la esquina y entra tirando su bolso sobre la mesa del pasillo. Camino junto a ella hacia la cocina, tiro las bolsas en la isla blanca y vuelvo a salir para agarrar el resto. Cuando vuelvo a entrar, ella está en la cocina guardando cosas.

—Voy a comer un bocadillo de frutas —me dice, caminando hacia el fregadero y enjuagando las frambuesas que compré—. Y luego voy a tener diez papitas.

Coloco el resto de las bolsas en el mostrador.

—Todo con moderación. —Se echa una frambuesa a la boca y gime—. Estas son tan dulces. —Ella agarra un par más.

—Aquí, déjame probar —le digo, caminando hacia ella y en lugar de agarrar una del recipiente, pongo mis brazos alrededor de su cintura e inclino mi cabeza para que mis labios puedan encontrar los suyos.

Mi lengua sale y se desliza con la suya. El beso comienza lento, pero luego deja caer el recipiente de frambuesas en el mostrador y me rodea con sus brazos. Muevo la cabeza de un lado a otro, haciendo que el beso sea más profundo, y si su estómago no estuviera gruñendo en este momento, la habría llevado arriba a la ducha conmigo.

—Está bien, esa es mi señal —le digo, soltando sus labios—, para alimentarte. —Le doy un suave beso antes de que mis brazos bajen de su

cintura, pero se detengan en su trasero. La acerco más a mí y ella siente que mi polla está dura y lista.

—Oh —susurra, pero su estómago se queja de nuevo.

—Me voy a duchar —le digo—. Y luego empezaré a cocinar.

—Uhh, bien —dice, agarrando otra frambuesa al mismo tiempo que abre la bolsa de papas fritas—. Me pregunto si la frambuesa y las papas de barbacoa saben bien juntas.

—Te dejaré para que pruebes eso —le digo, corriendo escaleras arriba.

Me quito los zapatos tan pronto como camino por el dormitorio principal y entro al vestidor justo antes del baño. Me quito la camiseta y la tiro en la cesta de la esquina, junto con los pantalones cortos y los bóxers. Mi polla todavía se pregunta qué está pasando cuando me meto en la ducha. Me ducho en un tiempo récord, sabiendo que ella está abajo y siento esta culpa de que estoy matando de hambre a mi hijo al mismo tiempo.

Agarro un par de pantalones cortos negros de baloncesto antes de volver a bajar. Puedo ver que la cocina está limpia en cuanto bajo los escalones. La comida ha sido guardada y ella está sentada en el sofá viendo la televisión. La bolsa de papas fritas a su lado junto con el recipiente vacío de lo que eran las frambuesas.

—Oye —le digo y ella me mira, y en lugar de ir a la cocina, camino hacia ella y me inclino para besar sus labios. Pruebo la sal ahora—. ¿Estás bien?

—Terminé todas las frambuesas y me comí más de diez papitas. —Ella se encoge de hombros.

—Estoy seguro de que va a estar bien. —Me río y la beso una vez más.

—Tu hueles bien. —Besa mi mandíbula—. Limpio y fresco. —Me río, me levanto y camino hacia el mostrador de la cocina, agarro mi teléfono y busco la receta.

Comienzo a tomar las cosas que necesito y miro para verla levantarse y venir a la cocina. Ella camina detrás de mí y pone sus manos en mis caderas.

—Te ves sexy. —Me besa la espalda y me río.

—¿Me veo sexy porque te estoy cocinando? —le pregunto por encima del hombro y sus ojos se iluminan aún más mientras trata de no reírse—. Es lo que pensaba.

Ahora no puede evitar reírse.

—Siempre te ves sexy —me dice—. Como cuando te pones traje.

Gimo.

—Odio usar trajes —le recuerdo. Realmente lo hago. Siempre lo he odiado, pero me encanta lo que hago, así que me visto como corresponde.

—Sé que lo haces, lo que lo hace aún más sexy —dice—. Te veías especialmente sexy esta mañana.

—¿Es así? —Me concentro en la receta, aunque mi polla quiere que me dé la vuelta y la coloque sobre el mostrador para poder follármela.

—Es así y ahora… —Sus manos recorren mi estómago y literalmente lo succiona—, es aún más sexy.

—¿Sabes qué va a ser aún más sexy? —le digo y ella me guiña un ojo—. Eso no. Hacerte la cena.

—Uf, bien —dice—. Podemos hablar y hacer un plan. —Lo sé en el momento en que vuelve a levantar la pared porque su cuerpo se pone rígido. Sus manos caen de mí y directamente a sus costados.

—¿Qué plan es este? —Ella evita mirarme mientras camina alrededor del mostrador hacia el taburete frente a mí.

—Bueno, tenemos que hablar sobre decírselo a nuestros padres. —La miro—. Tenemos que ir con el médico lo antes posible y nosotros. —Levanta la mano y me doy cuenta de que está molesta.

—Todo esto nosotros, nosotros, nosotros —dice y la miro—. Yo soy la que tiene el bebé.

—Y tú eres la que lleva al bebé. —Trato de mantener la calma en lugar de perder mi mierda—. Pero ese también es mi hijo. —La señalo—. No estás haciendo esto sola.

Capítulo Nueve

PRESLEY

—Y tú eres la que lleva al bebé. —Me mira y puedo ver que la vena de su cuello comienza a latir, sé que está tratando de no enloquecer—. Pero ese también es mi hijo. —Me señala—. No estás haciendo esto sola. —El bulto va desde mi estómago hasta mi garganta—. Puedes estar cargando al bebé y alimentándolo —dice, mirando hacia abajo a lo que está haciendo frente a él—. Y nunca podré decirte cuánto significa eso para mí. —Su voz se vuelve suave al final.

—No lo estoy haciendo solo por ti —le digo, rodando los ojos.

—No puedo hacer nada durante los próximos ocho meses —dice—. Lo único que puedo hacer es asegurarme de que te cuides. —Sus palabras hacen que mi corazón se acelere—. Lo único que puedo hacer es hacerte feliz. —Se encoge de hombros—. Quiero decir, siempre he querido que seas feliz independientemente de que *nosotros* —enfatiza la palabra "nosotros"—, tengamos un bebé *juntos*. —Trato de convencerme a mí misma de calmarme, y luego él simplemente pone más sobre mí—. Por el resto de su vida, mi principal preocupación es cuidar de ustedes dos. —Me mira a los ojos mientras dice las palabras—. Punto. Ese es mi trabajo. Cuidar de ti y de nuestros hijos.

—Está bien, uno. —Levanto un dedo—. Es un bebé, no dos. —Él lame sus labios—. Y dos. —Levanto otro dedo—. Sabes que puedo cuidar de mí misma, ¿verdad? —le recuerdo y él se gira para sacar una sartén y encender la estufa—. Como no has estado aquí durante los últimos ocho años, y sobreviví muy bien. —La forma en que mi corazón late es casi como si estuviera a punto de salir de mi pecho, y tengo que cruzar las manos porque están a punto de volverse locas temblando. Toda esta charla se está acercando demasiado a la charla sobre sentimientos, y el solo pensamiento me hace querer saltar de mi piel.

—Oh, no tengo ninguna duda de que puedes cuidarte sola, preciosa —dice, dándose la vuelta y agarrando cosas para tirarlas a la sartén—. Pero también está bien dejar que alguien más te cuide. —Me levanto del taburete, mi boca repentinamente seca. Me acerco al armario y agarro un vaso, voy a la nevera y lo lleno de agua—. Como, por ejemplo, quiero cocinarte la cena.

—Estoy feliz de comer tu cena —le digo, tratando de aligerar la charla y desviarme del tema de a dónde creo que va esto.

—Quiero salir contigo —declara y la parte de atrás de mi cuello comienza a arder.

—Pronto luciré un bulto de bebé. —Le sonrío—. No hay necesidad de sacarme y marcar tu reclamo.

Me mira por un segundo, antes de girar su rostro hacia adelante, moviendo la olla sobre la estufa.

—Quiero estar a tu lado todo el camino. Todo el día, todos los días.

—Sabes que nunca me casaré, ¿verdad? —Las palabras salen incluso antes de que pueda detenerlas—. Quiero decir, no es una sorpresa para nadie. Esto no es nuevo.

—Oh, créeme, todos y sus madres saben que nunca te vas a casar. —Se ríe y puedo decir que esta conversación lo está poniendo tenso. Puedo decirlo por la forma en que su mano está apretada en el mango de la olla—. ¿Pero por qué?

—¿Estás bromeando, verdad? —Trato de hacer una broma de toda esta conversación.

—No estoy bromeando —dice, acercándose para tomar otra olla—. Te he oído decir que nunca te vas a casar. —Lo observo caminar hacia el fregadero y llenar la olla con agua—. Pero nunca me has dicho por qué. —Pone la olla que está llena de agua en la estufa y enciende el quemador.

—Bueno, ¿por dónde empiezo? —le digo y camina hacia la isla donde agarra los camarones—. Empecemos con mi hermano.

—Te refieres a tu hermano que está casado con el amor de su vida. —Me da la espalda para tirar los camarones en la sartén—. Y tiene dos hijos.

Lo miro ahora.

—¿Olvidaste que le rompió el corazón a Harlow y luego se comprometió con otra persona? —le pregunto, mis cejas subiendo—. No olvidemos ese detalle.

—Nadie está olvidando ese detalle, pero al final del día está casado y feliz —me recuerda, y nunca he odiado que sea abogado más en mi vida que ahora.

—Está bien, entonces pasemos al programa de mierda que les pasó a mis hermanas —contesto su objeción o lo que sea. Mi boca se está secando y mi cuello está empezando a arder.

—¿Te refieres a tus hermanas que están felizmente casadas? —me pregunta y todo lo que puedo hacer es mirarlo mal, eso y decirle que se vaya a la mierda.

Pero en cambio, trato de mantener la calma.

—Ahora están felizmente casadas. —Mi voz sube un poco—. Pero no comenzaron felizmente casados.

Se encoge de hombros.

—Simplemente no estaban con el correcto.

—Exactamente mi punto. —Levanto las manos—. Ellas pensaron que lo estaban y luego ¿qué? —Lo miro—. Oh, no hay contador, Sr. Abogado. —Él se ríe—. Te diré una cosa, luego les dieron patadas en la vagina y luego en el culo y les rompieron el corazón. —Niego con la cabeza—. No, no va a suceder. No me interesa. —Solo el pensamiento me hace empezar a hiperventilar.

—Pero si no les pateaban el trasero, entonces no se habrían enterado —dice y levanto la mano.

—Ya sé lo que vas a decir. No estaban con la persona adecuada. Bla, bla, bla. —Me irrita aún más al reírse un poco; bien, está bien, me irrita mucho e ignoro el hecho de que me está molestando porque en cierto modo tiene razón—. Pero aun así les rompieron el corazón. Mierda, iban a caminar por el altar y prometerse una eternidad con alguien. —Golpeo la isla frente a mí—. Y entonces qué.

—Pero no lo hicieron —dice con calma.

—No, no lo hicieron, solo les rompieron el corazón —le digo—. Nunca voy a hacerme pasar por eso. —Niego con la cabeza—. He visto suficientes bodas para toda la vida y ¿sabes cuáles recuerdo más? —Él solo me mira—. Aquellas en las que les pisotean el corazón. Aquellas en las que uno se queda llorando y el otro simplemente se va. Simplemente no me interesa.

—¿Quién dice que te van a romper el corazón? —me pregunta y ahora se gira para mirarme directamente—. Puedes ser diferente de tus hermanas y de todas esas otras historias. Sigues mirando la que fracasó, a pesar de que los matrimonios de tus hermanas están intactos y siguen siendo fuertes —me dice—. Quiero decir, Luke y Clarabella todavía tienen el domingo desnudo. Deberías mirar todos los que realmente tuvieron lugar y están felices. ¿Alguna vez te has fijado en el porcentaje?

—No, porque no lo necesito. —Nunca he sido más inflexible sobre algo en toda mi vida. Simplemente, no puedo hacerlo. Demonios, incluso ver a mi madre llorar a mi padre era tan difícil para mí. Nunca le he contado a nadie lo que eso me hizo. Nunca se lo diré a nadie. Escucharla llorar en la noche por él. Observándola tratar de fingir que estaba bien, mientras caminaba por la casa y hablaba con él—. Ni siquiera pensaré en ponerme en esa posición —le digo, mi corazón se acelera y la sensación de mi pecho es aplastada—. Ser tan dependiente de alguien. Nunca. Así que ni siquiera es una discusión.

—Bueno, ¿qué hay de nosotros? —me pregunta y en los últimos doce años nunca me ha empujado a ponerle nombre a lo que tenemos.

Quiero decir, claro, nunca dijimos que no veríamos a otras personas mientras él estaba fuera y yo estaba aquí. Obviamente, sé que yo no estaba

saliendo con nadie y nunca le pregunté si él estaba saliendo con alguien más. Principalmente porque, aunque dijera que lo estaba, no le iba a dar lo que quería. Nunca pregunté y él nunca me dijo. Pero en los últimos seis meses desde que regresó, ha sido evidente que solo nos estábamos viendo el uno al otro.

—¿Qué pasa con nosotros? —le pregunto, tratando de parecer confundida por su pregunta—. Soy yo y eres tú y ahora hay un bebé.

—Nuestro bebe. —Se señala él y luego a mí—. No quiero discutir contigo —dice en voz baja—. Solo quiero que sepas que no puedes deshacerte de mí.

Pongo los ojos en blanco.

—Nunca dije que quería deshacerme de ti. —La idea de no estar con él me duele en el corazón, pero también sé que eventualmente no voy a estar con él. He estado preparando mi corazón para esto desde hace un tiempo. Simplemente no pensé que sería tan pronto.

—No, pero tampoco dijiste que me querías —dice y su tono suena como si estuviera herido—. Quiero decir, sé que te gusta pasar tiempo conmigo. Al menos por la noche. —Él sonríe y no puedo decir si está herido o no—. No quiero quitarte tu independencia —murmura en voz baja—. Lo último que quiero es que hagas algo que no quieres hacer y luego me culpes por impedir que lo hagas. —No digo nada ni lo interrumpo, sino que lo escucho—. Lo que digo es que quiero estar allí para ti y el bebé, no porque tenga que hacerlo sino porque quiero. Quiero ir contigo al médico. Quiero prepararte la cena o el desayuno. —Me guiña un ojo y puedo sentir que está cambiando de tema—. Quiero ir a dar un paseo contigo por la calle. Quiero, no sé, al menos poder tomarte de la mano cuando... quiera. —Se encoge de hombros—. Pero para ser honesto,

no importa lo que quiero porque, al fin y al cabo, quiero que seas feliz. —Me trago el nudo en la garganta porque lo único que quiero decir es que él me hace feliz, que estar con él me hace feliz. Quiero decirle eso, pero no lo hago, no digo nada—. Ahora vete a ver la televisión para que pueda terminar de cocinar.

—Para que conste —digo, alejándome del mostrador—. Me haces feliz —admito y sus ojos se iluminaron un poco—. Y huele delicioso.

—Bien. —Él asiente hacia mí—. Ahora ven y dame un beso.

—Tan necesitado —bromeo, caminando hacia él y parándome a su lado, envolviendo mis brazos alrededor de su cintura—. Huele muy, muy bien —le digo en voz baja y lo miro. Se inclina y besa mis labios y como la primera vez, todo dentro de mí se despierta.

—Ahora ve a relajarte y levanta los pies. —Hace un gesto con la cabeza, inclinándose de nuevo y frotando su nariz contra la mía—. Entonces podremos irnos a la cama y tú puedes escabullirte por la mañana.

No puedo evitar echar la cabeza hacia atrás y reírme.

—Divertido, chico muy divertido —bromeo, dándome la vuelta y caminando hacia el sofá.

Intento concentrarme en el programa que se está reproduciendo en la televisión, pero en cambio coloco mi mano sobre mi estómago.

Todo lo que puedo hacer es mirar al hombre en la cocina, el hombre que es, literalmente, el hombre del sueño de cualquiera. Incluso el mío si me diera la oportunidad de hacerlo.

Capítulo Diez

BENNETT

Me doy la vuelta, extendiendo la mano para agarrar a Presley y acercarla a mí. Mi brazo encuentra la cama vacía y abro los ojos, viendo que el lado de la cama está vacío.

—Preciosa —la llamo, levantándome en mi codo. Miro alrededor de la habitación, viendo que sus cosas no están por ningún lado. Escucho con atención para captar cualquier ruido en cualquier lugar. Tal vez ella acaba de levantarse y está en el baño vistiéndose, pero no hay ningún ruido excepto por mi respiración—. Esa mujer —me quejo, enojado conmigo mismo por no haberla escuchado escabullirse. Pero en mi defensa, nos despertamos a las cinco cuando movió su trasero sobre mi polla.

Me tomó menos de treinta segundos deslizarme dentro de ella. Me acuesto de nuevo en mi almohada, me doy la vuelta y agarro mi teléfono de la mesa auxiliar. Presionando el botón lateral, veo que son poco más de las siete y media. Deslizo hacia arriba, abro la aplicación del teléfono.

Toco su nombre y luego el ícono del pequeño teléfono, lo pongo en el altavoz en la almohada a mi lado y cierro los ojos. Suena tres veces antes de que conteste.

—Hola —gime y mis ojos se abren tan pronto como escucho su voz.

—Preciosa —le digo, mi corazón comienza a acelerarse mientras agarro el teléfono—. ¿Qué ocurre?

—Creo que los camarones no me sentaron bien. —Su voz sale ahogada cuando jadea—. Tengo que dejarte —dice, y luego escucho que el teléfono cae al suelo—. Oh, Dios mío. —Es lo último que escucho antes de que vomite.

Lanzo el teléfono a un lado y salgo volando de la cama, corriendo al vestidor y agarrando un par de calzoncillos y pantalones cortos de baloncesto. Saco una camiseta blanca de una de las perchas y bajo corriendo los escalones mientras intento ponérmela; solo para correr escaleras arriba para buscar mi teléfono que olvidé.

—Mierda —murmuro para mis adentros. Agarro una gorra de béisbol del armario delantero, mientras deslizo mis pies en mis zapatillas de deporte de anoche y las llaves de mi auto al salir.

Me pongo la gorra hacia atrás mientras corro hacia el auto para entrar. Conecto el Bluetooth, mientras me pongo el cinturón de seguridad. Arrancando el auto presiono el botón de voz.

—Llama a Travis —digo y miro el reloj, viendo si tal vez es demasiado temprano para llamar, pero cuando pienso esto, ya son dos los timbres y él está contestando el teléfono.

—¿A qué le debo el privilegio de que me llames esta hermosa mañana? —dice y puedo escuchar a Charlotte en el fondo llamando a mamá.

—Oh, bien, estás despierto —resoplo mientras camino por la calle—. Tenía miedo de despertarte.

Travis se ríe.

—Son las ocho —dice—. Es casi la hora del almuerzo para nosotros. —Miro hacia la consola central y veo su nombre y ni siquiera entiendo lo que quiere decir.

—No tengo idea de lo que eso significa —le digo, mi dedo golpeando el volante.

—Tengo una niña que tiene casi un año, se levanta de madrugada —dice—. Lo sabrás cuándo sea tu turno.

—¿Quién está en el teléfono? —Oigo que Harlow le pregunta.

—Bennett pensó que nos estaba despertando. —Se ríe y lo escucho ponerme en altavoz.

—Ojalá —dice Harlow—. La pregunta es, ¿por qué estás tú despierto?

—Necesito ayuda —le digo—. Presley está vomitando y creo que tiene una intoxicación alimentaria o algo así.

—Ella no tiene intoxicación alimentaria —declara Harlow—. Se llama náuseas matutinas.

—Está bien, llamémoslo náuseas matutinas. —Doy la vuelta y me dirijo hacia el supermercado, haciendo una nota mental para buscar náuseas matutinas—. ¿Qué tengo que hacer?

—Corre —Travis dice inexpresivamente, sin perder el ritmo y escucho a Harlow golpear su brazo—. ¡Auch!

—Ella necesita comer galletas saladas y jengibre —dice Harlow, su voz se acerca al teléfono—. Cualquier cosa con jengibre calma el estómago.

—Bueno. —Me detengo en el estacionamiento de la tienda de comestibles—. Así que cerveza de jengibre, té de jengibre, galletas de jengibre.

—¿Qué tan enferma está? —Harlow me pregunta, con preocupación en su voz.

—No tengo idea —respondo honestamente—. La llamé y me dijo que los camarones no le sentaron bien y luego me colgó para ir a vomitar.

—¿Ella no sabe que la vas a ver? —pregunta Travis mientras desconecto el teléfono y salgo del auto. Me pongo el teléfono en la oreja mientras camino hacia la tienda de comestibles y agarro un carrito de mano.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —cuestiono a Travis mientras camino entre los productos hacia los pasillos.

—Escucha, creo que deberías ir allí —dice Travis—. Pero conociendo a Presley, te va a patear las bolas en medio de vomitar.

—No, ella no lo hará. —Me río y creo que podría estar equivocado, pero es lo que es. Tomo dos cajas de galletas saladas antes de correr a buscar algunas galletas de jengibre.

—No, ella no lo hará. —Harlow se pone de mi lado—. A ella le gusta lo suficiente como para tener sexo con él.

—Eww —dice Travis—. Esa es mi hermana y estoy tratando de no pensar en ella haciendo algo con él.

Me río ahora.

—Vamos a tener un hijo juntos.

—No me lo recuerdes —responde Travis—. No supero el hecho de que rompiste el código de hermanos.

—¿Qué? —le pregunto, riéndome mientras camino por la tienda de comestibles.

—Te acostaste con mi hermana —dice y escucho reír a Harlow—. ¿Qué te parece si me acuesto con tu hermana?

—No tengo una hermana —le recuerdo.

No tiene tiempo para responderme porque Harlow le da su granito de arena.

—¿Por qué te acostarías con su hermana? ¿Quieres acostarte con alguien más?

—Como tu abogado, te voy a aconsejar que no respondas a eso —le digo—. Pero ahora que respondiste mi pregunta, te dejaré ir.

—Aléjate de mi hermana —gruñe en el teléfono y cuelgo riéndome. Ni siquiera sé lo que estoy tirando en el carrito de mano, pero pesa una tonelada. Doy gracias al Señor que tengo Apple Pay en mi teléfono porque en mi prisa por salir de casa, olvidé mi billetera.

Me meto en el auto, pongo las tres bolsas blancas de la compra en el asiento a mi lado, todo el tiempo mi estómago está hecho un nudo pensando en ella enferma y sola.

Cuando llego a su casa, la llamo para avisarle que estoy aquí, pero no contesta el teléfono. Niego con la cabeza, subiendo los escalones hasta la puerta principal. Pienso en tocar el timbre, pero si está en la cama, no quiero que se levante, así que pongo el código de la puerta.

Giro el pomo de la puerta principal y la abro. La casa sigue a oscuras.

—Preciosa —digo en voz baja mientras camino por la casa hacia la cocina. La casa tiene un poco más de iluminación en la cocina gracias a los grandes ventanales y las cortinas que están abiertas. Dejo las bolsas en el mostrador y luego me giro para ver que ella no está en el sofá—. Preciosa. —Vuelvo a decir en voz baja mientras me dirijo hacia su dormitorio. La habitación sigue a oscuras gracias a sus cortinas. Entro en su habitación y la veo en medio de la cama, los cojines están tirados en el borde de la cama encima de su manta peluda—. Oye —le digo en voz baja y ella abre los ojos—. Lo siento, no era mi intención despertarte.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me pregunta mientras me siento en su cama tamaño king.

—No pensaste que no vendría. —Me inclino y beso su mejilla—. Llamé a Travis.

—Felicitaciones —dice, suspirando y apretando más las cobijas hasta su cuello.

—Harlow cree que tienes náuseas matutinas y no intoxicación alimentaria. —Mi mano sube para frotar su mejilla.

—Harlow no es médico —Ella me mira, y se ve tan pálida—. Quiero decir, es doctora, pero para animales.

Me río de ella.

—Está bien, bueno, por si acaso, te compré algunas cosas —le digo en voz baja—. ¿Cómo está tu estómago ahora?

—Hay una guerra en marcha allí. —Ella se gira en su espalda—. Y no sé quién está ganando y quién está perdiendo, pero de cualquier manera ambos me hacen miserable. —Me inclino para besar sus labios suavemente.

—Lo siento —le digo—. No te escuché irte. —La miro a los ojos—. Si te hubiera escuchado salir a escondidas.

—No me escapé. —Ella evita mis ojos mientras mira hacia la puerta—. Me levanté y me fui. —Levanto mis cejas—. En silencio para no despertarte.

No puedo evitar reírme de ella.

—Está bien, bueno, tienes que dejar de hacer eso —la regañ—. ¿Qué pasa si te enfermas mientras conduces?

—Entonces eso habría sido un problema mío y no un problema tuyo. —Ella cruza los brazos sobre su pecho—. Estoy bien —dice, y tan pronto como las palabras salen de su boca, se aparta de mí y salta de la cama—. No entres aquí —advierte, cerrando la puerta detrás de ella y luego la escucho vomitar. Dejo caer mi cabeza, la necesidad de correr allí es más grande que yo, pero sé que, si hago eso, ella realmente me va a echar.

—¿Cómo te va ahí dentro? —pregunto después de un minuto de no escuchar nada. El inodoro se descarga y escucho que se abre el agua del lavabo.

—Genial —murmura y la escucho enjuagarse la boca. Pasa un minuto más antes de que vuelva a salir del baño. Lleva una de mis camisetas que dejé aquí que le queda como un vestido.

Ella camina de regreso a la cama, deslizándose.

—Te traje cerveza de jengibre y té de jengibre —le digo en voz baja y me levanto—. Voy a ir a buscarte un poco con algunas galletas saladas.

—Bien —ella responde y se pone de lado—. Podría tomar un poco de cerveza de jengibre. —Asiento, sabiendo que esta es su manera de aceptar

la ayuda. Lo que me hace saber que ella realmente no se siente bien. Si ella estuviera en plena forma, me habría dicho que me fuera a la mierda y que estaba bien.

—Iré a buscarte un poco. —Beso su frente y salgo de la habitación.

Abro algunas de las persianas para que, entre más luz, después de encender la tetera. Preparo una bandeja para ella con un plato de galletas saladas y galletas de jengibre. También le llevo la cerveza de jengibre con hielo y sin hielo y le preparo un té de jengibre.

Cuando vuelvo a la habitación, está sentada con la cabeza en la almohada. En el momento en que me siente en la habitación, abre los ojos.

—Oh, Dios mío —dice cuando coloco la bandeja en la cama en medio de nosotros. Su mano va directamente a la cerveza de jengibre con hielo—. Esto se ve tan bien —dice, tomándola y llevándola a sus labios—. De repente me puse muy caliente. —Saca una de sus piernas de las sábanas.

—¿Cómo te sientes ahora? —le pregunto, tratando de no asustarme pensando que está enferma y tal vez debería ir al hospital.

—Bien —responde y abre los ojos para mirarme. La miro—. Bien, mi estómago está así. —Ella toma su mano y hace el movimiento de una ola con ella.

Me levanto y entro a su baño abriendo el agua fría en el lavamanos y girándome para agarrar una toalla de mano. La humedezco y la exprimo, volviendo a su lado de la cama. La cerveza de jengibre se ha terminado y ella tiene la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados.

—Toma. —Le extiendo el trapo—. ¿Por qué no te pones esto en la nuca?

—No sé cómo va a ayudar eso —responde, agarrando el trapo de mí, pero lo pone en la parte de atrás de su cuello—. Pero si eso te quitará de encima. —No puedo evitar reírme mientras camino alrededor de la cama y me quito los zapatos—. ¿Qué estás haciendo?

—Me sentaré a tu lado hasta que te sientas mejor. —Me siento en la cama a su lado con la espalda apoyada en la cabecera. Tomo el control remoto y enciendo la televisión—. No pensaste que te dejaría. —No puedo evitar negar con la cabeza y reír al mismo tiempo—. ¿Por qué no descansas tus ojos, preciosa? —Me giro para mirarla, pero la encuentro mirándome, y no puedo evitar inclinarme y besar sus labios—. Y guarda tu energía en lugar de pelear conmigo.

Capítulo Once

PRESLEY

—Aquí vamos. Por lo que leí en Internet, lo mejor para controlar las náuseas es el caldo de huesos —dice Bennett, entrando en la habitación mientras yo salgo del baño.

—¿De dónde diablos sacaste el caldo de huesos? —le pregunto, arrastrando mi trasero de vuelta a la cama y deslizándome bajo las sábanas. Hoy no ha sido un buen día; de hecho, ha sido el peor día de mi vida y no se lo recomendaría a nadie.

—Llamé a Luke —me dice como si eso fuera algo normal—. Le explique la situación.

—¿Y qué situación es esa? —Intento no reírme de él.

—Um —dice, sosteniendo la bandeja en la mano—. Aquella en la que comiste camarones en mal estado. —Me guiña un ojo—. Y no el hecho de que son náuseas matutinas porque estás embarazada.

—Movimiento inteligente, Bennett. —Le sonrío. Ha estado toda la tarde aquí, por mucho que le dije que no necesitaba estar aquí; él sigue aquí—. Movimiento inteligente.

—Mi objetivo es complacer —me dice, sonriendo y pongo los ojos en blanco—. ¿Te sientes mejor ahora que te duchaste?

—Y dejé de vomitar. —Doblo las piernas frente a mí mientras deja la bandeja y miro el caldo de color amarillo. Giro la cabeza de inmediato y tomo mi teléfono para llamar a Luke, quien responde de inmediato—. ¿Qué hay en el caldo de huesos?

—Oh, Dios. —Bennett me quita la bandeja y se gira para salir de la habitación.

—Son huesos —me responde y yo pongo los ojos en blanco—. Es como nudillos, articulaciones, rabos de buey, piernas, costillas. —Pongo mi mano frente a mi boca.

—Nunca vuelvas a traer esa mierda a mi casa —le digo y él se ríe.

—No lleve nada, tu hombre lo ordenó. —Luke no puede evitar reírse—. También te lleve una hamburguesa, así que tal vez vayas con eso. —Escucho gritos de fondo—. Tengo que dejarte ir, es domingo desnudo y tengo que quitarme la ropa. —Tiro mi teléfono y salgo de la cama, caminando hacia la cocina.

—¿Sabes lo que hay en eso? —Señalo la sopa y Bennett simplemente niega con la cabeza. Él se para allí luciendo como un chico universitario en lugar de un abogado serio y no puedo evitar amar este aspecto también—. Hay nudillos y articulaciones. —Me pongo la mano en el estómago—. Creo que para esta noche debería tener tal vez caldo de pollo, o no sé, las galletas saladas ayudaron.

—Lo que quieras, preciosa —dice, tirando la sopa por el fregadero—. ¿Quieres un queso a la parrilla? —Quiero decir que no, pero cuando se gira y me mira, todo lo que puedo hacer es sonreír—. Vuelve a acostarte —dice, caminando hacia la estufa—. Terminaré en cinco minutos.

Vuelvo al dormitorio y me meto en la cama. Me acuesto y cierro los ojos, solo para descansar por un minuto, y lo siguiente que sé es que estoy parpadeando para despertar y estoy en los brazos de Bennett. Mi cabeza está en su cuello y no puedo evitar respirarlo. Miro para ver si entra alguna luz de la cocina, pero todo lo que veo es oscuridad. Pienso en levantarme y alejarme de él, pero él simplemente me acerca más.

—Vuelve a dormir, Presley —murmura y por primera vez me vuelvo a dormir.

—Buen día. —Siento un beso en mi cuello—. Tengo que salir a trabajar —dice—. Pero no quería escabullirme y hacer que te preocuparas por mí. —Me estiro, riéndome de su comentario—. Hasta luego. —Besa mis labios—. Hay agua, cerveza de jengibre y té de jengibre en la mesita de noche.

Abro los ojos y lo veo todavía allí mirándome.

—Adiós —le digo, empujándolo lejos—. Vete, estaré bien.

—¿Me llamarás? —me pregunta, caminando hacia atrás hacia la puerta y por primera vez no quiero que se vaya. Quiero que se quede, también es la primera vez que duermo toda la noche sin un pie fuera de la puerta.

—No —le digo mientras se gira y sale de la habitación riendo.

—Nos vemos esta noche, preciosa. —Es lo último que dice antes de salir y cerrar la puerta detrás de él.

—O no —digo, agarrando el té de jengibre de la bandeja al lado de mi cama.

Tomo un sorbo de té y me acerco al vestidor, agarrando una bonita falda blanca con hojas verdes y rosa claro con una camisa de algodón blanca sin mangas abotonada. Los tacones desnudos con tiras completan el atuendo, y cuando entro a la oficina cuarenta y cinco minutos después, me encuentro con una enorme canasta de paja que está sobre la mesa de mi oficina.

Me acerco y miro adentro notando todas las cosas que tengo aquí.

—Buenos días. —Clarabella asoma la cabeza—. Tu hombre acaba de dejar eso y me dijo que me asegurara de que estás bien.

—No tengo un hombre —le informo—. Puedo hacerme cargo de mí misma.

—Seguro que puedes. —Ella se ríe y yo la ignoro. También ignoro que durante el día lo único que me hace sentir mejor son las galletas saladas y el té de jengibre. Por suerte, no tengo citas para el día y Shelby trabaja desde casa, Clarabella se fue a almorzar.

Estoy a punto de dar por terminado el día cuando suena mi teléfono y veo que es Bennett.

—Hola —respondo antes de que pueda siquiera pensar en ello.

—Preciosa, no me enviaste un mensaje de texto —se queja y su voz se vuelve suave—. ¿Cómo te sientes?

—Genial —le digo, mintiendo un poco. Me mareé antes.

—Bien, ¿cuándo sales del trabajo? —me pregunta y puedo oír que está haciendo algo.

—Ahora. —Me levanto, agarrando mis llaves y mi bolso.

—El momento perfecto —dice—. Pasa por mi casa de camino a la tuya.

—No sé qué diablos me pasa, pero tuve esta repentina necesidad de dormir la siesta —le digo—. Así que voy a ir a casa y meterme en la cama.

—Tienes que comer —me recuerda—. Así que también podrías venir aquí y luego puedes dormir la siesta.

—¿Me dejarás en paz? —pregunto, metiéndome en mi auto—. Estaré allí en diez.

—Hasta pronto, preciosa —dice, colgando.

Cuando estaciono mi auto, estoy enojada porque vine aquí en lugar de simplemente irme a casa. Subo los escalones y estoy a punto de llamar a la puerta cuando se abre y él está de pie allí con sus pantalones de vestir y su camisa azul cielo abotonada arremangada.

—Hola, preciosa. —Envuelve sus brazos alrededor de mi cintura y me atrae para besarme. Su colonia almizclada siempre me atrae—. Te ves increíble. —No tengo tiempo de decir nada más porque inclina la cabeza y besa mis labios. Mi lengua sale y se desliza dentro de su boca y juro que sus besos me dejan sin aliento—. Podría acostumbrarme a esto —dice, besando mi cuello—. Pero tienes que comer. —Me agarra la mano y me lleva a la cocina y estoy sorprendida.

—¿Que es todo esto? —pregunto por las bandejas de comida para llevar que llenan toda la isla.

—No sabía cómo te sentirías esta noche —dice, parándose detrás de mí con las manos en mis caderas—. Así que seguí adelante y preparé toda tu comida favorita.

Observo todo lo que me encanta, desde muffins de arándanos hasta salmón glaseado con arce.

—Oh, Dios mío —digo, sacudiendo la cabeza y mirándolo por encima del hombro. Su cabello negro parece como si hubiera estado pasando nerviosamente su mano por él, sus ojos marrones parecen como… casa. Me giro en sus brazos y envuelvo mis brazos alrededor de su cuello—. No digo que no tenga hambre. —Lo beso bajo la barbilla, amando su sombra de las cinco—. Pero creo que tengo hambre de algo más. —Muerdo debajo de su mandíbula—. Algo más carnoso. —Lamo su mandíbula mientras mi cuerpo hormiguea con anticipación. Sus manos agarran mis caderas, más fuerte que antes—. Algo que es más un músculo. —El sexo con Bennett nunca es aburrido y tengo que decir que ninguno de nosotros se detiene cuando se trata de esto.

Si quiero algo, no tengo problema en decírselo, al igual que si él quiere que le chupe la polla o lo cabalgue, vendrá y lo dirá. No puedo decirte la cantidad de veces que estaríamos en el sofá y todo lo que tendría que decir es *Estoy cachonda* y estaríamos desnudos y su cabeza estaría enterrada entre mis piernas.

Beso su cuello y me giro para tomar su mano, llevándolo al sofá en forma de U.

—Preciosa —dice y miro por encima del hombro y mi pecho se contrae. Ha sido el hombre de mis sueños desde que tengo memoria—. Realmente necesitas comer —me dice, pero en cambio lo empujo hacia uno de los extremos. Abre las piernas y paso entre ellas, sus manos recorren la parte posterior de mis piernas hasta mi trasero desnudo, mientras él me mira.

—Desabróchame la falda —le digo mientras paso mis manos por su cabello. La falda cae al suelo, formando un charco alrededor de mis pies—. Recuéstate. —Lo empujo hacia atrás y se acuesta. Me arrastro hasta el sofá con él, mis rodillas a los lados de sus caderas.

Mi coño se acomoda justo sobre su polla cubierta, muevo mis caderas de lado a lado. Cayendo hacia adelante sobre una mano, mi cara descansa justo encima de la suya.

—Preciosa —sisea mientras mis labios caen sobre los suyos, su lengua sale para deslizarse dentro de mi boca. Sus manos se mueven a mis costados, moviéndose lentamente hacia el frente de mi camisa blanca.

Mueve su cabeza hacia el otro lado mientras sus manos desabrochan mi camisa blanca. Nuestras lenguas juegan entre sí mientras finalmente desabrocha todos los botones. Entonces siento sus dedos moviéndose hacia mi espalda y en una fracción de segundo mi sostén se abre.

Me siento sobre su polla ahora, de repente deseando haberle quitado los pantalones antes de empezar con esto. Me quita la camisa de los brazos y el sostén cae hacia adelante y lo tira al otro lado de la habitación.

—Mierda. —Sus manos ahuecan mis tetas y mis pezones están tan sensibles desde que descubrí que estaba embarazada. Podría correrme simplemente de él jugando con ellos. Mis caderas se mueven hacia arriba y hacia abajo sobre su polla y todo mi cuerpo se siente como si estuviera en llamas.

Me muevo fuera de su alcance y froto mi mano arriba y abajo de su eje cubierto.

—Deberíamos haber quitado estos pantalones antes. —Lamo mis labios mientras desabrocho su cinturón. Ya se está quitando los zapatos.

Ni siquiera espero a que se quite los pantalones antes de inclinarme y lamer la parte superior de su polla. El sabor salado de su líquido preseminal golpea mi lengua de inmediato—. Hmm —gimo, tomando su polla en mi boca. Su bonita, gruesa y dura polla, solo la sensación de él en mi boca y estoy mojada. Envuelvo mi mano alrededor de su eje mientras empuja mi cabello lejos de mi cara. Su mano agarra mi cabello en su puño, y cuando miro hacia arriba, me está viendo chupar su polla.

—Eso es —dice sin aliento—. Mierda. —Sus ojos nunca dejan los míos. Lamo el eje y giro mi lengua alrededor de la cabeza de su polla—. ¿Qué tan mojada estás? —me pregunta y no le respondo. En cambio, deslizo la mano que estaba pajeando su polla y la muevo hacia mi coño. Moviendo mi tanga hacia un lado deslizo dos dedos dentro de mí. Mis ojos se cierran por mi propio toque, y me follo con los dedos un par de veces.

—Así de mojada estoy —le digo, levantando los dedos que estaban justo dentro de mí. Su mano agarra mi muñeca y jala mis dedos a su boca mientras los succiona hasta dejarlos limpios. Tomo su polla de nuevo en mi boca—. ¿Entonces, qué piensas? —le pregunto entre chuparle la polla y masturbársela—. ¿Estoy mojada? —Lamo todo el camino hasta sus bolas.

Me gruñe cuando tomo una de sus bolas en mi boca, chupando suavemente.

—Estás a punto de mojarte mucho.

Capítulo Doce

BENNETT

La veo chupar mi polla y es lo más caliente. Estoy mintiendo totalmente, cada vez que estoy con ella es caliente. Ella da tan bien como recibe, siempre ha sido así. Este es el único lugar en el que baja todas sus reservas.

Le gruño cuando chupa una de mis bolas en su boca, mi boca saborea la dulzura de sus dedos.

—Estás a punto de mojarte mucho. —Me incorporo, sorprendiéndola cuando se arrodilla. Mi mano va a la nuca de su cuello donde agarro un puñado de su cabello y tiro de su boca hacia mí. Nuestras bocas se dan un festín, me chupa la lengua exactamente como me chupó la polla.

Mis manos agarran sus caderas y le doy la vuelta, de modo que está boca arriba y yo estoy entre sus piernas. Se abre para mí y levanta las rodillas sabiendo que en un segundo mi boca estará sobre ella. Al quitarle la tanga, veo que su coño brilla a la luz y, antes de agacharme para lamerla, uso mi dedo medio para frotar su raja de arriba hacia abajo, deslizándome dentro de ella.

—Siempre mojada para mí. —Sus ojos se cierran mientras la follo con un dedo, sus manos ahuecan sus tetas mientras pellizca sus pezones.

—Sí. —Es lo único que susurra mientras muevo mi dedo fuera de ella y hacia su clítoris. Mi dedo dando vueltas y vueltas en suaves círculos.

—¿Dime que quieres? —le pregunto y sus ojos se abren para mirarme. Sus ojos azules son claros, pero cuanto más froto su clítoris, más oscuros se vuelven.

—Quiero que me chupes el clítoris y me folles con los dedos —dice sin perder el ritmo—, hasta que me corra sobre tu mano. —Muevo mi mano hacia abajo y deslizo dos dedos dentro de ella—. Si, así. —Ella mueve sus caderas un poco hacia arriba para que mis dedos entren en ella más rápido—. Y luego, después de correrme —gime—, quiero que te sientes en el sofá y quiero deslizar mi coño por tu polla. —Mi polla se contrae ante sus palabras—. Mientras tú sostienes mis caderas y me ayudas a montarte.

—Maldición —digo, inclinando la cabeza, mi boca yendo a su clítoris y chupando. Su coño se aprieta alrededor de mis dedos y sé que se está acercando.

—Después de que te monte durante un par de minutos. —Mis ojos miran hacia arriba y la encuentran mirándome—. Quiero que me acuestes sobre mi espalda y me folles más fuerte de lo que me has follado antes. —Sus piernas se cierran alrededor de mi cabeza—. Entonces quiero que me des la vuelta y me folles por detrás. —Follo su coño más rápido con mi dedo—. Que me pongas el culo rojo —gime las últimas palabras antes de correrse sobre mis dedos, empapándolos—. Bennett —canta mi nombre una y otra vez, moviendo la cabeza de lado a lado mientras un orgasmo se convierte en otro—. Necesito tu polla —dice mientras sus piernas caen a los lados de ella.

—Tu deseo es mi orden. —Deslizo mis dedos fuera de ella y los lamo hasta limpiarlos mientras ella mira. Me desabrocho la camisa, me la saco y la tiro en la pila de ropa a nuestro lado.

—Siéntate. —Me ordena mientras se pone de rodillas. Me siento de espaldas al sofá mientras ella pasa una pierna por encima de mis caderas, poniéndose en cuclillas sobre mi polla. No puedo evitar inclinarme y tomar uno de sus pezones en mi boca. Chupándolo profundamente y luego mordiéndolo al final. Echa la cabeza hacia atrás y gime durante un segundo, antes de estirar la mano en medio de sus piernas y agarrar mi polla con la mano. La frota de arriba abajo en su raja antes de colocarla en su entrada mientras mueve su mano, y centímetro a centímetro se desliza hacia abajo por mi polla hasta que estoy hasta las bolas dentro de ella—. Me siento tan llena. —Se inclina hacia adelante para deslizar su lengua en mi boca.

Su frente está sobre la mía, sus manos en mi estómago mientras sostengo sus caderas en mis manos y la ayudo a montarme. Ella suelta mis labios por un segundo y nos miramos a los ojos mientras me folla lentamente. Nuestro jadeo llena la habitación, su humedad por toda mi polla; solo los últimos días estuvimos sin condones porque ya era un poco tarde.

—Bennett —gime mi nombre mientras mis manos van de sus caderas para apretar su trasero, subiendo por sus costados y subiendo para agarrar ambas tetas en mis manos—. Es tan bueno —elogia y se sienta con la espalda recta y se mueve hacia arriba y hacia abajo, esta vez más rápido que antes.

—¿Qué es, preciosa? —le pregunto mientras se inclina hacia atrás—. Tu coño se está poniendo más apretado. —Lamo mi pulgar y encuentro

su clítoris por un segundo, antes de envolver mis brazos alrededor de su cintura y ponerla boca arriba—. La hora de jugar ha terminado —le digo y ella me sonríe.

—¿Eso es un hecho? —Me deslizo dentro de su coño, golpeando hasta el último centímetro—. ¿Me vas a follar duro? —me pregunta mientras salgo lentamente y luego me estrello contra ella. Los sonidos de nuestra piel chocando llenan la habitación—. ¿Eso es todo lo que tienes? —Sus ojos casi ruedan hacia la parte posterior de su cabeza cuando me estrello contra ella de nuevo. Una y otra vez, golpeo su coño más fuerte que nunca—. Dámelo, Bennett.

—Lo tienes —le digo mientras siento que su coño se aprieta contra mí, sus jugos corren por mis bolas—. Tienes todo de mí —murmuro justo antes de estrellarme contra ella una vez más y esta vez correrme dentro de ella.

—Te siento —dice mientras me planto completamente dentro de ella—. Entrando en mí. —Pongo mi frente sobre la de ella—. Tu polla se hace más grande dentro de mí. —Desliza su lengua en mi boca mientras me derrumbo a un lado de ella.

—¿Estás bien? —le pregunto desde su lado mientras trato de recuperar el aliento.

—Estoy más que bien. —Sonríe, me giro hacia un lado y ella pasa su pierna por encima de mi cadera, mi polla todavía plantada dentro de ella, todavía dura. Mis caderas se mueven lentamente follándola—. Si me vas a follar de nuevo. —Ella mueve sus caderas hacia mí—. Voy a necesitar comer. —Mi mano sube para ahuecar su teta, haciendo rodar su pezón—. O podemos comer más tarde —dice y la vuelvo a follar como ella quería.

—No creo que pueda comer otro bocado —dice Presley desde su taburete a mi lado.

La miro y ella está usando mi camisa abotonada sin nada debajo. Me siento en mi propio taburete con solo mis bóxers, que tuve que ponerme después de la tercera ronda. No solo tuvimos dos rondas en el sofá, sino que cuando entramos en la cocina, ella se inclinó justo frente a mí y no pude evitarlo.

—Bueno, seguro que se te abrió el apetito. —Me inclino y beso su cuello y luego sus labios.

—No fui la única. —Levanta la mano y sostiene mi mejilla.

—Tengo una idea —le digo, acercando aún más su taburete a mí.

—La última vez que tuviste una idea. —Ella se ríe y no puedo evitar la plenitud que siento en mi pecho—. Lo pusiste "accidentalmente" en el agujero equivocado. —Ella usa sus dedos para poner accidentalmente entre comillas.

No puedo evitar reír.

—Fue un accidente —le digo, levantándome y caminando hacia las escaleras—. Quédate ahí —le indico y pone los ojos en blanco. Subo corriendo las escaleras y camino hacia mi habitación, yendo directamente al baño.

Enciendo las luces caminando por el suelo de mármol blanco con gris y enciendo el agua en la bañera gigante. Agregando un poco del baño de burbujas que sé que le gusta, pongo una toalla en el piso para asegurarme

de que no se resbale cuando salga. Me acerco al tocador de dos lavabos que está frente a la bañera y tomo las velas de debajo del gabinete.

Encendiendo las velas, me acerco a la puerta y bajo las luces, dándole un brillo suave. Vuelvo a la bañera y ajusto el agua, sabiendo que a ella le gusta más caliente. Me acerco a la ducha y agarro su esponja vegetal, lanzándola al agua.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta, de pie en la puerta.

—Te dije que te quedarás ahí. —Me pongo de pie y ella entra al baño para pararse frente a mí—. ¿Por qué no me escuchas?

—¿Desde cuándo te escucho? —Ella se ríe mientras mira la bañera llenándose de agua.

—Quería sorprenderte —le digo, envolviendo mis brazos alrededor de ella y acercándola a mí. Se pone de puntillas para besarme y envuelve sus brazos alrededor de mis hombros—. Estaba preparando el baño para ti.

—¿Qué? —dice, sorprendida.

—Quería que te relajaras. —Beso sus labios y luego voy a su mejilla. Mis brazos caen de ella mientras desabrocho los dos botones que mantenían mi camisa sobre ella—. Tengo esto —le digo y giro la cabeza—. Pon música de spa. —El sonido de las suaves olas rompiendo llena la habitación ahora—. Entra. —La invito, tendiéndole la mano para que pueda meterse en la bañera.

Sacude la cabeza, mete un pie y suspira antes de mover el otro pie. Me atrae hacia ella.

—¿No vas a entrar conmigo? —me pregunta y no hay nada que no le daría a esta mujer.

—Si eso es lo que quieres —le digo, soltando sus manos y quitándome los bóxers y lanzándolos con mi camisa blanca que ella se quitó. Me meto en la bañera y me siento, abriendo las piernas para que ella se siente entre ellas. Espero que se siente frente a mí, pero no lo hace; en cambio, se sienta con la espalda contra mi pecho.

—Esto es tan agradable —dice, inclinando la cabeza hacia un lado—. Es justo lo que necesitaba y no sabía.

—¿Tuviste un día largo? —le pregunto, agarrando la esponja vegetal y lavándole el brazo.

—No fue tan malo —dice, girando y besando mi brazo—. Llamé al médico.

Dejo de moverme y dejo la esponja vegetal.

—¿Y?

—Ella me dio una cita para el viernes —me dice y beso la parte superior de su cabeza—. ¿Ves?, a veces te escucho.

No puedo evitar reírme de esa afirmación.

—En los últimos doce años me has escuchado un total de tal vez dos veces. ¿Le dijiste a tu madre? —le pregunto y se ríe.

—¿Se presentó en tu oficina? —contesta y yo me río ahora.

—Ella aparecería, ¿no? —Aparecerá y probablemente me entregará mi trasero en una bandeja.

Se ríe mientras envuelvo mis brazos alrededor de ella, sosteniendo su estómago. Se siente como si estuviera sosteniendo todo mi mundo.

—¿Quieres una niña o un niño? —le pregunto en voz baja, mis pulgares se mueven hacia arriba y hacia abajo.

—Realmente no pensé en eso —me responde en voz baja—. ¿Tú?

—Mientras el bebé esté sano, no me importa si es niño o niña. —No puedo evitar la sonrisa que viene a mí ahora—. Mientras tengan tu sonrisa.

Ella se gira para sonreírme.

—Quiero que sean inteligentes como tú. —No hago la corrección de que ella dijo ellos, lo que significa que vamos a tener más de un hijo juntos.

—Quiero que tengan tus ojos. —Beso su sien—. Y tu pelo.

—Quiero que sean leales como tú. —Me mira y estoy a punto de decirle que quiero que nunca pasen un día sin saber que son amados, pero en vez de eso me inclino y beso sus labios, diciéndole en silencio que la amaré siempre.

Capítulo Trece

PRESLEY

—Estoy saliendo. —Entro en la oficina de Clarabella. Ella está sentada en la mesa que da al exterior. Ella está en su iPad cargando fotos de la comida que tomó este fin de semana en el sitio web—. Tengo una cita a la una.

—¿Cita? —Ella me mira—. ¿Qué cita?

—Es privado —le digo y ella niega con la cabeza.

—¡Shelby! —grita llamando a mi otra hermana y pongo los ojos en blanco. Sabía que debería haberles dicho que iba a trabajar desde casa.

—Me llamaste —responde Shelby mientras entra a la oficina y se dirige directamente al sofá.

—Presley tiene una cita. —Clarabella se recuesta en la silla y la cabeza de Shelby probablemente tiene un latigazo cervical por la forma en que me mira.

—¿Qué cita? —me pregunta con preocupación en su voz.

—No es nada —les digo, cruzando los brazos sobre mi pecho—. Tengo que irme y reunirme con mi ginecóloga y obstetra. —Trato de

mantener mi voz estable. Ambas jadean—. Y es por eso por lo que no les dije nada a ustedes.

—Oh, Dios mío —dice Shelby, poniendo su mano en su pecho—. No puedo esperar.

—No. —La señalo—. Nadie viene conmigo.

—No vas a ir sola a la cita —me dice Clarabella.

—No voy a ir sola —murmuro y luego rápidamente quiero salir de la habitación.

—Ohhhh —bromea Shelby, aplaudiendo—. ¿Vas a ir con el papá de tu bebé?

—Ese va a ser su nuevo apodo. —Clarabella me sonríe, me acerco a una de las sillas junto a ella y me siento—. Voy a cambiarlo en mi teléfono ahora mismo.

—¿Puedes no llamarlo así? —digo, sacudiendo la cabeza, sin agregar que es más que solo el papá de mi bebé, también es probablemente uno de mis mejores amigos. Y si las cosas fueran diferentes, detengo el pensamiento de inmediato—. Y podemos simplemente como, no, ya sabes. —Agito mis manos—. Volvernos locas.

—Hablé con mamá esta mañana —dice Shelby y la miro—. Relájate. No le dije que estabas embarazada.

—Sí, ¿qué pasa con eso? —pregunta Clarabella.

—No pasa nada con eso, es solo que quiero hablar con el médico antes de decirle nada a nadie. —Toco la mesa con el dedo—. Imagina decirle a mamá y luego descubrir que es una falsa alarma.

—Cinco pruebas de embarazo no son una falsa alarma. —Shelby se ríe—. Quiero decir, una tal vez, pero cinco.

—Incluso si le digo, me hará todas estas preguntas y no sabré ninguna respuesta, así que iré al médico y luego iré a verla.

Shelby toma su teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —le siseo pero no puedo decir nada más antes de que mamá levante el teléfono.

—Hola, mamá, soy yo —dice Shelby—. Tengo muchas ganas de cocinar en casa.

—¿Es eso así? —dice mi madre, y se nota por su tono que no le cree—. Entonces ve a casa y cocina.

No puedo evitar reírme en voz baja y sacarle el dedo del medio.

—Presley convocó a una reunión familiar —le informa Shelby y la miro—. Y pensé que querrías que te incluyeran. Pero —dice—, está bien. Te daré los detalles más tarde.

—¿Qué quieres decir con una reunión familiar? —Mi madre dice—. Presley —dice mi nombre sabiendo que estaré en la habitación.

—No es nada, mamá —le digo mientras susurro a Shelby en silencio las palabras "*Jodidamente te odio*"—. Iré después del trabajo.

—¿Por qué no me dejan en paz, chicas? —grita mi madre—. ¿Por qué todos ustedes me hacen esto? Mi presión arterial ya está por las nubes.

—¿Podemos ser un poco más dramáticos? —dice Clarabella, rodando los ojos.

—Ni siquiera empieces —le espeta mi madre—. La Sra. Rutherferd dijo que estaba caminando por la calle el otro día y los sorprendió a ti y a Luke en el porche delantero haciéndolo fuerte y caliente. —Shelby y yo giramos nuestras cabezas hacia ella.

—Estaba oscuro afuera —dice Clarabella—. Y nadie vio nada. Estábamos debajo de una manta.

—¡En el patio delantero! —grita mi madre—. Tienes toda una casa para hacer eso. —Puedo imaginarme sus manos volviéndose locas en el aire.

—Empezamos afuera y acabamos adentro —le aclara Clarabella—. Es como si estuviéramos follando en seco, está bien. —Ella sonríe—. Lo mantuvimos apto para adolescentes.

—Los veo a todos a las seis —dice mi madre, colgando, sin siquiera continuar con esta conversación.

—De nada —dice Clarabella y me río—. Está tan angustiada por mí, que tener un bebé fuera del matrimonio podría ser la menor de tus preocupaciones.

—Estás loca —declara Shelby—. Tener un bebé fuera del matrimonio la empujará a cubrir todos los espejos de su casa y llorar.

—Va a caminar por Main Street con un velo en la cabeza y se va a sentar en el parque a dar de comer a las palomas —interrumpe Clarabella—. Como la señora de *Home Alone 2*.

—Oh, Dios, ambas son ridículas. —Me levanto—. Llamaré cuando termine.

Salgo de la reunión y entro a mi oficina cuando escucho que se abre la puerta principal. Estoy agarrando mi bolso cuando escucho que me llaman por el altavoz.

—Presley, el papá de tu bebé está aquí. —Clarabella se ríe—. Y se ve jodidamente elegante.

Gimo y salgo de mi oficina, viéndolo de pie frente a Clarabella riéndose. Lleva un traje negro que se amolda a él, con una camisa de botones gris claro. Sus manos están en sus bolsillos y eso hace que sus brazos sean aún más grandes.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto, caminando hacia él.

—Pensé que podríamos ir al médico juntos —me dice—. Y luego tal vez ir a almorzar.

—¿Es ese el código para ir y poner más masa para bebés en ti? —dice Clarabella, riendo.

—Eres tan asquerosa —respondo, dándome la vuelta y saliendo de la oficina, ignorando el hecho de que estoy tan nerviosa que siento que voy a vomitar. Me acerco a su auto y lo siento justo detrás de mí—. Realmente desearía que me hubieras dicho que vendrías aquí hoy.

—Bueno, si no te hubieras escabullido de mi casa esta mañana —dice, abriéndome la puerta—, te lo habría dicho.

—Oh, ahora es mi culpa. —Me meto en el auto—. Si piensas en besarme ahora mismo, voy a…

—Nunca te besaría en público —dice con sarcasmo—. Y que la gente piense que en realidad nos gustamos. —Pongo los ojos en blanco—. Vamos a tener un bebé juntos, la gente sabrá que nos hemos besado.

—No quiero llegar tarde —declaro y él simplemente asiente, cerrando la puerta del auto y caminando alrededor del mismo.

Entra y ninguno de los dos dice nada después de que le doy la dirección. Su teléfono suena unas cincuenta veces de camino al médico.

—Alguien es una mariposa social —bromeo cuando se estaciona mientras agarra su teléfono.

—Estoy en medio de una fusión —me dice, mirando su teléfono—. Lo apagaré.

Alcanzo la manija de la puerta y la empujo para abrirla, saliendo. Cada paso se siente como este temor abrumador que viene a mí. He estado nerviosa y ansiosa durante los últimos dos días y estoy ignorando todos los gritos que están pasando en mi cabeza.

Entramos a la sala de espera y le doy mi nombre a la secretaria, quien me sonríe y me dice que vaya a la parte de atrás. Bennett pone su mano en mi espalda baja mientras entramos en una de las salas de examen.

—La doctora llegará enseguida —dice ella—. Puedes desnudar la parte inferior. —Me pasa una de esas batas grandes de papel azul.

Miro a Bennett, que está leyendo uno de los carteles en la pared que muestra al bebé en diferentes etapas.

—Deberíamos comprar uno de estos —dice mientras me quito la falda que llevo puesta—. Y ponerlo en mi oficina en casa.

—O no lo hacemos y simplemente lo buscamos en línea —sugiero, envolviéndome con la bata azul y ni siquiera me queda. Me acerco a la mesa de examen y me siento. El sonido de la bata de papel hace que Bennett me mire.

—¿Estás bien? —me pregunta. Pongo los ojos en blanco solo porque mi corazón late tan rápido en mi pecho que temo que, si digo algo, cualquier cosa, saldrá con un temblor.

Su teléfono suena y yo solo lo miro.

—Lo siento, pensé que lo había apagado —dice, sacando el teléfono de su bolsillo, pero mirándolo por un segundo.

—No tienes que estar aquí. —Las palabras salen de mi boca y su cabeza gira hacia mí—. Quiero decir, si estás ocupado, está bien. Puedo conseguir un Uber.

No tiene oportunidad de responderme, y tal vez sea algo bueno, porque tengo miedo de que a este ritmo no sé qué más va a salir de mi boca con todos estos nervios.

—Hola. —Entra una mujer—. Mi nombre es Cynthia y soy la enfermera. —Le sonrío mientras camina hacia el escritorio y mueve el mouse, lo que hace que se abra la pantalla de la computadora. Repasa mi nombre y mi edad—. ¿Cuándo fue tu último ciclo menstrual?

—Hace seis semanas —digo, mis piernas ahora se mueven con los nervios en mí. Miro a Bennett, que está allí de pie tratando de leer la pantalla para asegurarse de que está poniendo todo en orden. Su cabello está perfectamente arreglado hoy y se ve tan guapo. La enfermera se levanta y se va. Miro a Bennett y estoy a punto de decirle que no me siento bien, pero no tengo oportunidad porque la puerta se abre de nuevo.

—Presley —dice otra mujer, entrando—. Soy la Dra. Wellington. —Ella sonríe y luego mira a Bennett—. Tú debes ser el papá.

No puedo evitar la sonrisa que aparece en mi rostro al ver cómo se ilumina el rostro de Bennett.

—Ese sería yo —dice, de pie a mi lado ahora y poniendo una mano en mi espalda. Se sienta exactamente donde lo hizo la enfermera, leyendo las notas en el historial—. Dice que tu último ciclo menstrual fue hace seis semanas.

—Sí —le digo mientras apaga las luces de la habitación.

—Si te recuestas y pones los pies en alto, pondremos el espectáculo en marcha. —Asiento con la cabeza hacia ella, recostándome hasta que mi espalda golpea la mesa. Pongo mis pies en cada estribo, mi estómago se tambaleaba ahora—. Ya que tiene menos de ocho semanas —dice la Dra. Wellington—, vamos a entrar con la varita. —Ella rueda hacia la mitad de mis piernas agarrando la pieza blanca de la máquina a su lado.

—¿Eso va a lastimar al bebé? —Bennett dice, dando un paso adelante tendiéndome la mano.

—El bebé no sentirá nada —le dice con calma mientras desliza un condón sobre esta varita blanca—. Voy a insertar esto y verás al bebé, con suerte —dice, poniendo lubricante en la varita—. Puede que sea demasiado pronto para escuchar los latidos del corazón, pero podemos verlo latir en la pantalla. —Bennett se para a mi lado y pone su mano en la mía—. Esto podría estar frío —dice, y aprieto la mano de Bennett cuando mete la varita dentro de mí.

—Está bien, preciosa —dice en voz baja, frotando mi cabeza con su mano.

—Ahí está él o ella —dice la doctora y miramos el monitor—. Solo voy a revisar algunas cosas —nos informa mientras hace clic en la máquina.

—¿Está todo bien? —pregunto, mi corazón se acelera y las lágrimas brotan de mis ojos mientras miro a lo que es mi bebé.

—Sí, todo se ve bien —dice, sacándome la varita—. Voy a revisarte de otra forma —explica, agarrando una botella blanca, empujando la bata azul hacia abajo y rociando gel en la parte inferior de mi estómago. Ella agarra otra cosa y la pone en el gel—. Está bien, este es el latido del corazón de tu bebé —dice y el sonido del galope llena el aire. No puedo detener las lágrimas que vienen a mí, incluso si trato de luchar contra ellas. Miro a Bennett, que solo mira la pantalla, sus propias lágrimas corren por su rostro—. Tomaré un par de fotos —afirma, mientras chasquea y presiona algunos botones. Me limpia el estómago y luego la máquina, yendo a encender las luces—. Está bien, bueno, todo se ve bien —confirma y luego mira hacia abajo, y puedo sentir que ella está ocultando algo—. Pero según mis cálculos, recién estás comenzando tu undécima semana.

Abro la boca y miro a Bennett, quien solo la mira con la boca abierta.

—No, creo que hay un error. Tuve mi período.

—Eso es normal —me dice—. No es anormal tener tu período los primeros dos meses. ¿Fueron abundantes?

—Um, sé que un mes fue más manchado que un período completo y duró un par de días. —La miro y ella sonríe.

—Bueno, eso podría haber sido una pista —dice y puedo sentir que me arde la nuca.

—Pero acabo de tener náuseas matutinas —le informo, sabiendo que debe estar equivocada.

Ella se encoge de hombros.

—El cuerpo humano es nuestro mayor misterio. —Ella ríe—. A pesar de todo, casi has terminado con tu primer trimestre. —Ella se levanta ahora—. Felicidades. —Le entrega a Bennett las fotos que tomó—. Los veré en un mes. —Ella sale de la habitación y lo único que pasa por mi cabeza es el hecho de que tengo casi tres meses.

—Vamos a necesitar una segunda opinión —susurro, levantándome—. Obviamente no tiene idea de lo que está haciendo. —Dejo la bata azul en el cambiador mientras me pongo la tanga y la falda—. Casi once semanas —murmuro para mí misma, sorprendida, y miro hacia arriba para ver a Bennett todavía mirando las fotos en su mano.

Todo lo que hace es mirarme mientras sonríe de oreja a oreja.

—Necesito conseguir un marco.

Capítulo Catorce

PRESLEY

—Mira los pies. —Bennett gira la imagen para que yo la vea, pero mi cabeza sigue dando vueltas—. No lo sé. —Vuelve a mirar la foto—. Podría ser una niña.

—Bennett —digo entre dientes—. Esto no puede ser. —Trato de susurrar fuerte—. Está equivocada. Necesitamos una segunda opinión.

—¿Qué? —dice, sorprendido, y sostiene las fotos contra su pecho—. Estábamos justo ahí, vimos la pantalla.

—Bueno, su pantalla está rota. —Me pongo los zapatos, resoplando—. Ella dijo que tenía once semanas, y eso es imposible.

—No, no lo es. —Él niega con la cabeza—. Ella dijo que es normal.

Pongo mis manos en mi cabeza.

—Sabes lo que no es normal —le digo—. Yo teniendo casi doce semanas y ni siquiera se muestra. —Todo lo que puedo pensar es, ¿cómo sucedió esto? Todavía me da vueltas la cabeza con esta noticia.

—Tus senos son más grandes —afirma y lo miro—. ¿Qué? ¿No crees que tus senos son más grandes?

—No lo son —le digo, pero justo esta mañana me di cuenta de que están más llenos—. Más sensibles, sí.

Él niega con la cabeza.

—No, ahora están más llenos. —Levanta las manos como garras. Lamo mis labios, a punto de decirle que se vaya a la mierda cuando llaman a la puerta.

—Sí —digo en voz alta, la puerta se abre y la enfermera asoma la cabeza.

—¿Está todo bien aquí? —ella pregunta.

Le sonrío y digo:

—Sí. —Al mismo tiempo que Bennett responde—: No.

—Estamos bien —le digo con una sonrisa falsa y luego me giro hacia Bennett—. ¿No es así?

—No —dice, sacudiendo la cabeza—. Mi novia...

—Novia no —lo corrijo y ahora es su turno de mirarme.

—La mujer con el niño dentro de ella. —Me señala—. Que es mío. —Se señala a sí mismo y todo en mí quiere apuñalarlo ahora mismo—. No se siente cómoda con algunos de los detalles que le dio la doctora. ¿Habría alguna forma de obtener una segunda opinión?

La enfermera lo mira y luego me mira a mí.

—Por supuesto —dice ella—. ¿Qué es lo que te hace sentir incómoda?

—No es que me sienta incómoda. —Empiezo a decir, poniéndome nerviosa—. Es que ella dijo que estaba cerca de las once semanas. Y bueno, he tenido mi período.

—Puedo hacer que el técnico de ultrasonido venga y te dé otra opinión —dice, sonriéndome—. Déjame ver si puedo conseguirla.

Todo lo que puedo hacer es sonreírle hasta que la puerta se cierra y luego girarme para mirar a Bennett.

—¿Qué te pasa? —le pregunto y me mira con una mirada confundida en su rostro—. ¿Por qué le dirías que me siento incómoda?

—Porque lo estás. —Su voz es muy tranquila mientras camina hacia mí dejando las fotos sobre la mesa. Levanta sus manos para ahuecar mi rostro—. Oye —susurra y mis manos tiemblan cuando lo miro—. Esto va a tranquilizarte, así que ¿por qué no preguntar? —Besa mis labios suavemente—. Está bien hacer preguntas. —No tengo mucho tiempo para pensar en nada ni decirle nada porque llaman a la puerta—. Confía en mí —dice y solo pongo los ojos en blanco.

—Confiaba en ti para ponerte el condón correctamente y mira lo que pasó allí —murmuro mientras se abre la puerta y entra una mujer.

—Hola —dice, sonriéndonos—. Me dijeron que mami tiene preguntas para mí.

Las manos de Bennett caen de mi cara y pone una alrededor de mi hombro.

—Sí —digo finalmente—. La doctora me confundió con las fechas y dijo que tenía once semanas. Y, bueno, solo me faltó un período.

—Puedo entender cómo eso sería confuso —dice, poniendo su mano en su bata de laboratorio—. Si quieres, puedo comprobarlo de nuevo para tranquilizarte. —Asiento con la cabeza hacia ella—. Pero tener un período durante el embarazo en el primer trimestre no es tan irregular. Le sucede al treinta por ciento de las mujeres. —Se acerca a la computadora y abre el informe de la ecografía—. Esta es una ecografía de una exploración de seis semanas. —La imagen se ve como una gota si soy honesta—. Y está es la tuya.

—Oh, bueno —le digo, viendo que en realidad parece un bebé.

—Si quieres, puedo tomar medidas solo para confirmarlo, pero estas me dicen que lo que tu doctora dijo era correcto.

—¿Pero el sangrado dañará al bebé? —Bennett le pregunta por mí.

—Si comienzas a sangrar ahora en esta etapa. —Me mira—. Es más preocupante que el mes pasado. Este período que tuviste, ¿fue abundante o solo manchado?

—Realmente no puedo recordar, pero sé que el último fue como un manchado durante dos días. —Vuelvo a pensar—. Ese mes estuvo muy ocupado, así que lo atribuí al estrés.

Ella sonríe.

—Bueno, la buena noticia es que tu primer trimestre casi ha terminado.

—Gracias —le digo—. Por responder a mis preguntas.

—No seas tímida —me dice—. Tu cuerpo cambiará en los próximos seis meses y estamos aquí para ayudarte en todo lo que podamos. Créeme, no hay duda que sea estúpida o que no hayamos escuchado antes. —Yo no

le digo nada a ella; en lugar de eso, solo asiento con la cabeza y ella se gira para salir de la habitación.

—Bien, ¿estás feliz ahora? —Bennett dice, agarrando las fotos que dejó.

—No —le miento—. Pero ahora tengo que ir a decírselo a mi madre.

—¿Quieres que vaya contigo? —me pregunta y yo solo niego con la cabeza.

—No, creo que debería hacer esto sola —le respondo y él asiente y me sigue fuera de la habitación.

Hago una cita para el próximo mes y él la pone en su teléfono.

—¿Hay alguna manera de cortar esto? —le pregunta a la recepcionista, entregándole la foto de los dos sonogramas. Ella coge unas tijeras y nos devuelve las dos fotografías—. Toma, para que puedas mostrársela a tu mamá.

—Gracias —digo en voz baja y miro la foto, mi corazón se acelera por un segundo, antes de guardarla en mi bolso. El camino a casa de mi madre es silencioso, y cuando nos detenemos, él solo me mira.

—¿Estás segura de que no quieres que entre y te quite el protagonismo?

—Voy a tener a su nieto. —Me río—. No hay nada, y quiero decir nada, que me quite el protagonismo.

—Eso es cierto —dice—. ¿Me llamarás más tarde?

—No —digo, saliendo del auto—. Podría ser una rehén. —Después de que cierro la puerta, baja la ventanilla y lo oigo reír.

—Buena suerte, preciosa —me anima y yo solo niego con la cabeza caminando por el camino de entrada. Lo escucho alejarse y mi estómago se hunde.

Saco mi teléfono y llamo a Clarabella, que responde de inmediato.

—Oye.

—Estoy en casa de mamá —le digo y luego escucho que la puerta principal se abre y ella sale con el teléfono en la oreja.

—No lo digas —dice ella con Shelby justo detrás—. Crees que no sabíamos que vendrías aquí mismo.

—No me perdería esto por nada del mundo —declara Shelby—. Si tuviera que acampar aquí durante la semana, estaría dispuesta a hacerlo.

—Será mejor que terminemos con esto —les digo, subiendo los escalones y guardando mi teléfono—. Voy a necesitar que ustedes dos tomen un trago de whiskey por mí, ya que no puedo.

—¿Así que estamos embarazadas? —Clarabella me pregunta y la miro—. Puedo ver que este niño te está quitando toda la diversión. —Ella gira sobre sus talones—. Mamá, tu bebé está en casa.

Miro a Shelby.

—Va a estar bien.

—Mentiras —murmuro, entrando en la casa y encontrando a mi madre de pie en la sala de estar con lágrimas corriendo por su rostro—. ¿Por qué ella está llorando?

—Ella piensa que te estás muriendo —afirma Clarabella.

—Ojalá —digo en voz baja, mirando a Shelby, que está sirviendo dos tragos de whiskey escocés. Clarabella se une a ella y hacen clic en los vasos antes de tomar los tragos.

—¿Qué les pasa a ustedes dos? —grita mi madre, lanzando sus manos al aire—. Tu hermana. —Me mira—. Tiene noticias.

—Tengo noticias —confirmo, entrando en la sala de estar y decidiendo que tal vez debería sentarme para esto. Dejo escapar un profundo suspiro—. No creo que haya una buena manera de decir lo que voy a decir.

—Como una tirita —dice Shelby, viniendo a sentarse a mi lado.

—Oh, Dios —pronuncia mi madre, sentándose en la silla solitaria mirándome—. ¿Qué tan malo es?

—Estoy embarazada —digo las dos palabras, sin apartar los ojos de mi madre. Realmente no hay otra manera de salir y decirlo. En el momento en que digo las palabras, mi mano va directamente a mi estómago sosteniéndolo, casi como si estuviera protegiendo al bebé de algo.

—¿Qué? —dice Clarabella, sorprendida—. Esta es información completamente nueva. —Ella se acerca y se sienta a mi otro lado.

—Cállate. —Mi madre la mira y luego vuelve su mirada hacia mí—. ¿Qué quieres decir con que estás embarazada?

—Quiero decir, creo que se explica por sí mismo —dice Shelby, tratando de no reírse.

—Tengo once semanas de embarazo —aclaro, y ahora incluso mis hermanas se quedan sin aliento.

—Eso es como tres meses —dice Clarabella.

—Lo sé —le digo, abriendo mi bolso y sacando la foto, mi bebé. Miro la foto de mi hijo y no puedo ver a través de mi visión borrosa debido a las lágrimas que llenan mis ojos. Mi bebé es lo único que me viene a la mente, la opresión en mi pecho hace que se sienta como si mi corazón subiera a mi garganta—. Estaba tan conmocionada. Incluso necesitaba una segunda opinión, así de conmocionada estaba.

Shelby me quita la foto y sonríe.

—Aww —susurra, entregándosela a Clarabella.

—Presley Marie Baker —dice mi madre con los dientes apretados mientras se levanta—. Será mejor que me digas jodidamente qué está pasando.

—Ella maldijo —susurra Clarabella—. Esto no es un buen augurio, no la mires. Mira hacia otro lado. —Ella se mira las manos.

—No creo que ella necesite hacerte un dibujo, mamá —Shelby se ríe, recostándose en el sofá.

—Tú. —Mi madre la señala—. Ocúpate de tus asuntos. Tú. —Señala a Clarabella—. Ni una palabra. —Clarabella finge cerrar la boca y tirar la llave—. Tú. —Me señala—. Habla.

—Bueno, como dijo Shelby, no creo que haya mucho que decir. —Mi boca se seca de repente—. Según la doctora, todo está bien.

—¿Quién te dejó embarazada? —me pregunta, sentándose de nuevo.

—Di que Jesús —dice Clarabella en voz baja, fingiendo mirar a su alrededor.

—No sé si eso importa. —Evito la pregunta, levantándome con ganas de caminar hacia la barra y tomar un trago, pero en cambio camino hacia la cocina.

Todo el tiempo todo lo que puedo escuchar es el latido de mi corazón resonando en mis oídos. Los nervios toman el control, llenan mi cuerpo y mi mano tiembla cuando abro la nevera. La parte de atrás de mi cuello se calienta e incluso mis axilas empiezan a sudar un poco. Estoy a punto de agarrar una botella de agua, pero luego veo un té dulce al lado y elijo eso en su lugar.

—¿A qué te refieres con, no importa? —Mi madre se levanta y se gira para mirarme.

—Quiero decir, no importa —repito, sirviéndome un poco de té dulce y bebiéndolo—. Esto sería mucho mejor si tuviera sabor a durazno.

—Está preocupada por el té de durazno cuando debería estar preocupada por quién es el padre. —Mi madre levanta las manos.

—Relájate ahí, mamá. —Clarabella se levanta—. Ella sabe exactamente quién es el padre. —Miro a Clarabella—. ¿Qué? ¿No crees que ella se va a enterar cuando él esté, no sé, en la sala de partos contigo?

—Uf, está bien. —Estoy de acuerdo, pero luego miro a mi madre—. No puedes enloquecer —le digo, sabiendo que ella enloquecerá y sabiendo que enloquecer no va a ayudar al hecho de que por dentro estoy enloqueciendo tanto.

—¿Por qué enloquecería? —Mi madre se pone las manos en las caderas—. ¿Cuándo me he asustado?

Shelby levanta la mano para decir algo y una mirada de mi madre la detiene.

—Nunca. —Ella niega con la cabeza—. Siempre has sido tranquila, fresca y serena. —Shelby luego me mira—. Adelante.

Pienso en no decir su nombre, pero sé que ya le dijo a Travis, y sé que eventualmente saldrá a la luz.

—Bien. —Me preparo—. El padre es Bennett.

Mi madre me mira en estado de shock, con la boca abierta.

—Esta es información completamente nueva —dice Shelby y Clarabella solo se ríe de ella.

—Bennett —dice mi madre—. ¿Bennett, Bennett?

—Quiero decir, no sé cuántos Bennett conoces —le digo—. Pero sí. —La sonrisa llena mi rostro cuando digo su nombre y pienso en lo feliz que estaba de tener la foto del bebé.

Ella jadea de risa, aplaudiendo.

—Estas son noticias maravillosas. Quiero decir, entonces… —Ella me mira y todas estamos sorprendidas de que no se haya enloquecido. Y solo cuando dice la última frase sé por qué—. ¿Cuándo es la boda?

Capítulo Quince

BENNETT

Al entrar en el estacionamiento, me pregunto si tal vez debería haber llamado antes de venir. Pero cuando miro a mi alrededor, no veo tantos autos. Salgo del auto y subo los escalones del edificio, agarro la manija y abro la puerta.

El timbre suena sobre la puerta al mismo tiempo que escucho lo que suena como cincuenta perros comenzando a ladrar.

—Oh, vaya —digo, mirando a mi alrededor para ver si alguno de ellos viene hacia mí.

Una de las puertas traseras se abre y miro cuando escucho pasos. A la vuelta de la esquina viene la recepcionista.

—Oh, hola, Bennett. —Petra me sonríe—. ¿Qué te trae por aquí? —Ella ha sido la recepcionista aquí por un par de años.

—Me preguntaba si Travis está libre. —Meto las manos en los bolsillos.

—Déjame ver. —Ella se da la vuelta, yendo al fondo, mientras yo me doy la vuelta y miro las fotos que hay en la pared. Todas son de diferentes familias con sus mascotas, una familia con un cerdo como mascota. Me

río pensando que debería hablarle de esto a Presley y ver si ella quiere tener una mascota juntos.

—Puedes ir atrás —me dice Petra, y yo asiento caminando por el pasillo del que acaba de salir—. Es la última puerta a la derecha. —Ella camina hacia su escritorio para tomar el teléfono que comenzó a sonar.

—Gracias —respondo, dirigiéndome a la puerta y girando la manija, entrando en la habitación. En el momento en que entro, sé que debería haber llamado antes de venir—. ¿Qué diablos estás haciendo? —Lo miro mientras él mira al perro frente a él en la gran mesa plateada. Está acostado de lado con un tubo en la boca. Travis está vestido con una bata con anteojos de plástico en la cara y una gorra de cirujano en la cabeza.

—Estoy castrando al perro —dice, como si nada y mi mano va directamente a mi polla como si estuviera protegiendo mis propias bolas.

Se ríe mientras tira de, ni siquiera sé qué.

—¿Qué diablos? —siseo—. ¿Por qué me dirías que viniera aquí si estás haciendo esto? —Miro al perro—. ¿Debería ser un momento privado?

—Viniste a verme —dice, sin prestarme atención—. No es gran cosa. Voy a verte al trabajo todo el tiempo —razona mientras deja caer lo que puedo ver que parece un testículo. Me tapo la boca con la mano pensando que voy a vomitar.

—¡Soy un abogado! —grito—. ¿Qué ves cuando entras en mi oficina? Carpetas de Manila.

—Oh, vamos —dice, tirando de algo—. No es tan malo. —Niego con la cabeza—. De todos modos, ¿a qué le debo el placer de tu compañía esta hermosa tarde?

—Bueno, es oficial —le digo, sonriéndole y sacando la foto de mi bolsillo—. Vamos a tener un bebé.

—Aww —dice Travis, sonriéndome—. Iría y te daría un abrazo. —Levanta los brazos y sus guantes están cubiertos de un poco de sangre.

—Estoy bien, gracias. —Levanto la mano, miro hacia abajo y veo la imagen de nuevo—. Tiene once semanas.

Travis silba y me mira con ojos grandes.

—Eso es casi pasando la etapa de peligro.

—¿Etapa de peligro? —le pregunto, mi corazón se acelera con la palabra peligro. Quiero decir, no puede ser bueno con esa palabra.

—Es pasando la marca de las doce semanas —me explica—. Las posibilidades de aborto espontáneo ocurren antes de la marca de las doce semanas.

Abro la boca.

—¿Por qué no te dicen eso? —le pregunto, pensando si tal vez Presley debería quedarse en la cama durante la próxima semana, solo para mantener las cosas adentro.

—Tratan de no asustarte. —Travis se encoge de hombros—. Está bien; deberías comprar uno de esos libros para bebés.

—¿Qué libro de bebé? —Inclino la cabeza hacia un lado y casi me pateo. ¿Por qué no busqué esto en línea?

—Tengo uno en mi oficina que te daré —dice Travis y me sonríe—. ¿Cómo se está tomando todo esto Presley?

—Um. —Dudo, tratando de pensar en las palabras—. Bueno, ella quería una segunda opinión.

Travis echa la cabeza hacia atrás y deja escapar la risa más grande que jamás haya escuchado.

—Por supuesto que lo hizo.

—Creo que estaba en estado de shock al descubrir que estaba más avanzada de lo que pensaba. —Sonrío—. Esto lo cambia todo. —Sostengo el papel.

—Claro que sí. —Travis me mira.

—Pensé que también deberías saber que ella está en medio de contárselo a tu madre en este momento. —Sus ojos casi se salen de su cabeza.

—Demonios, quería estar allí para eso —sisea—. Mi madre va a perder la cabeza.

—Ella va a estar bien.

—Realmente espero que Clarabella lo grabe —dice Travis—. Tal vez podamos captar algunos de los gritos en la cámara Ring que instalé.

—No habrá gritos. —Trato de convencerme de eso, pero conociendo a la Sra. Baker, habrá gritos, habrá llanto, y espero que no venga a mi casa con la sartén con la que solía amenazarnos cuando éramos más jóvenes—. Ella va a estar bien. —Le sonrío—. Además, después de lo que ustedes tres le hicieron con sus bodas, esto va a ser pan comido.

—Oh, pobre hijo de puta. —Travis niega con la cabeza y mira al perro, haciendo no sé qué ahora—. Crees que va a ser fácil. —Él se ríe—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a pedirle que se mude conmigo —le informo, y los ojos de Travis se agrandan—. Oficialmente.

—¿Hay alguna forma no oficial de pedirle a alguien que se mude contigo? —bromea contigo.

—Ella se escapa de mi casa cada vez que está allí. —Por primera vez, lo digo en voz alta—. Y estoy cansado de eso. —Mi voz se apaga y miro la foto del bebé, nuestro bebé—. Quiero que ella y el bebé estén conmigo siempre.

—Quiero decir, ella no puede escabullirse de tu casa con un bebé. —Travis me señala—. No sé lo que ella va a decir, para ser honesto. —Él niega con la cabeza—. ¿Qué pasa si ella dice que no?

Es mi turno de reír.

—Puedo ser persuasivo. —Él solo me mira y se me hace un nudo en el estómago—. Deja de mirarme así y presta atención al perro que acaba de perder las joyas de su familia.

—Bueno, lo que necesites de mí. —Agarra la aguja a su lado—. Solo házmelo saber. —Comienza a coser al perro.

—Voy a ir a casa y cocinar su comida favorita —le digo, comenzando a formular un plan.

—¿No cocinaste para ella hace un par de días y ella vomitó? —Mi boca se abre cuando lo miro—. Nada es sagrado.

—Aparentemente no —me quejo—. Está bien, tengo que irme y tal vez recoger algunas flores y cortejarla. —Solo diciendo las palabras en voz alta siento que voy a vomitar—. Voy a salir de aquí. —Señalo la puerta—. Y te dejo con… —Señalo al perro.

—Buster —Travis me dice el nombre del perro.

—Buster. —Me inclino hacia abajo—. Todo va a estar bien. —Travis solo se ríe.

—Llámame más tarde y cuéntame cómo te fue —me dice Travis cuando me giro y agarro la manija de la puerta—. Diré una oración por ti.

—Sé que a tu hermana le gusto, al menos. —Lo miro por encima del hombro y él solo sonríe—. Un poco.

—Me refiero a mi madre —responde, y le saco el dedo medio antes de salir de la habitación. Cuando camino por el pasillo, Petra está hablando por teléfono, así que levanto la mano y salgo.

Al subir al auto, me detengo primero en la tienda de comestibles, donde recojo todos los ingredientes para el filete de pollo frito, mirando mi teléfono cada dos segundos para asegurarme de que tomo las cosas correctas.

—Debería llamar a Luke —murmuro mientras avanzo por los pasillos, y cuando salgo de la tienda, tengo siete bolsas llenas de cosas—. Es mejor que funcione —me digo a mí mismo después de cerrar el maletero y volver al auto, yendo directamente a la floristería.

En el momento en que entro, el aroma de las flores llega a mi nariz. Cada vez que giro, hay flores diferentes.

—¿Cómo puedo ayudarte? —pregunta la dama, saliendo de la trastienda.

—Estoy pensando que necesito algunas rosas, ¿tal vez? —Me rasco el cuello—. Las peonías son sus flores favoritas —le informo a la señora, que no necesita saber nada de esto.

—Acabamos de recibir algunas peonías frescas. —Señala a la derecha—. En una variedad de colores. —Se acerca a los cinco grandes contenedores de plástico.

—¿Las peonías gritan *múdate conmigo*? —pregunto, mirándola y ella solo se ríe de mí—. Estaba pensando más como rosas —le digo—. Rosas por todas partes y luego algunos pétalos de rosa esparcidos por el suelo.

—Eso también podría funcionar. —Ella camina hacia lo que parece un campo de rosas. Filas y filas de rosas en todos los colores diferentes.

—¿Hay algún color en particular que vaya con *múdate conmigo*? —le pregunto, sacando mi teléfono y preparándome para buscarlo en Google.

—Oh, cariño, si estás tan nervioso por pedirle que se mude contigo. —Se ríe de mí—. ¿Te imaginas cuándo sea el momento de arrodillarse?

—Oh, yo también haré eso —le digo—. Pero supuse que esto lo haría más fácil.

—Suena como una gran idea. —Ella me sonríe—. ¿Qué tal si consigues algunas peonías ya que es su favorita? —Señala de nuevo las peonías—. Y luego algunas rosas para esparcir por toda la casa.

—Eso suena incluso mejor que mi plan. —Chasqueo los dedos—. Así que me llevaré todas las peonías. —Me giro hacia la dama cuya boca ahora está abierta—. Y luego vamos por, ¿qué te parece, cien rosas?

La señora se ríe de mí.

—Si ella no se muda contigo. —Ella me guiña un ojo—. Yo podría.

No puedo evitar reírme porque la dama debe tener poco más de sesenta años.

—Bueno, guardaré tu número por si acaso —bromeo con ella.

Ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe aún más ahora.

—Me tomará un par de minutos juntar todo —explica y yo solo confirmo con la cabeza.

Saco mi teléfono y busco el nombre de Presley.

Yo: ¿Cómo te fue?

Presiono enviar y espero a ver si aparecen los tres puntitos. Cuando no lo hacen, le envío otro mensaje de texto.

Yo: Acabo de salir de la oficina de Travis y me voy a casa. Tengo una sorpresa para ti.

Presiono enviar y desplazo mis correos electrónicos mientras espero que responda. La dama vuelve a salir con un ramo envuelto en papel marrón.

—Ahora vas a tener que hacer varios viajes —dice, y me toma unos treinta minutos poner todas las flores en el auto.

Los nervios se instalan tan pronto como llego a casa, y en lugar de enviarle un mensaje de texto, la llamo y va directamente al correo de voz.

—Preciosa —le digo después del pitido—. Me estoy preocupando, llámame. —Presiono finalizar, haciendo mi camino hacia la casa.

Mis manos están literalmente temblando de nervios y mi estómago se revuelve cada vez que pienso en ella. Levanto mi teléfono de nuevo cuando estoy a punto de empezar a cocinar y le envió un mensaje de texto.

Yo: ¿Dónde estás?

Cuelgo el teléfono, pensando que podría estar en casa y enferma, la idea me hace salir corriendo por la puerta principal y correr hacia su casa. El sol ya se ha puesto, y cuando llego a su casa no hay luces encendidas y su auto no está en el camino de entrada. *¿Qué diablos?* Pienso para mí. Levantando el teléfono y llamándola de nuevo, escucho que su correo de voz hace clic.

—Preciosa —le digo en voz baja—. Tienes que llamarme.

Capítulo Dieciséis

PRESLEY

—Llámame mañana —dice mi madre cuando me abraza para despedirse—. Y podemos hablar las cosas. —Ella pone sus manos en mis brazos, sonriéndome.

Miro a Clarabella, que literalmente rueda los ojos.

—Mamá, no hay nada de qué hablar. No me voy a casar. —Es lo mismo que le he estado diciendo durante las últimas tres malditas horas. En el momento en que le dije que no me iba a casar, levantó las manos en el aire y fingió desmayarse en la silla. Pero luego se levantó de golpe y comenzó a caminar de un lado a otro, teniendo una conversación consigo misma. Mis hermanas y yo tratamos de interrumpirla, pero todo lo que escuchamos fue—. ¿Por qué yo? ¿Por qué no puede ser fácil para uno? —Si tratábamos de hablar con ella, nos miraba.

—Presley, cariño. —Ella trata de usar su voz suave, pero puedo decir que está a un segundo de gritar—. Piensa en el bebé. —Sus ojos recorren mi estómago.

Me río.

—Estoy pensando en el bebé. —Me llevo la mano al estómago—. Él o ella serán criados por dos padres que lo aman. Y luego te tendrán a ti.

—Pero… —dice, y rápidamente deja de hablar.

—Mamá —dice Clarabella—. ¿Por qué no asumimos que ella te está dando un nieto simplemente como una victoria? —Levanto una mano hacia Clarabella, diciéndole a mi madre que la escuche—. Quiero decir, el mes pasado era un lobo solitario con una casa llena de gatos.

Pongo los ojos en blanco.

—Yo no estaba pensando en una casa llena de gatos —me defiendo, molesta—. Era una pareja. —Dejo de hablar cuando siento que el teléfono vibra en mi bolsillo, pero si lo saco, mi madre querrá saber si es Bennett, y probablemente lo sea. Entonces ella va a querer que él venga, y bueno, hoy ya ha sido bastante loco—. Ahora, seré un lobo solitario con un cachorro.

—¿Por qué no puede uno de ustedes simplemente... —Mi madre levanta las manos y ahí está la mujer que todos conocemos y amamos—. ¿Hacer las cosas de la manera más fácil?

—Ella va a tener un hijo fuera del matrimonio. —Shelby pone su granito de arena en la conversación cuando sale por la puerta principal—. Si eso no grita fácil, no sé qué lo hará.

No puedo evitar reírme de eso. Si supieran que es el único hombre con el que me he acostado.

—Caminaré por Main Street con una A en el pecho —digo inexpresiva por encima del hombro, bajando los escalones de la entrada. Mi madre se queda sin aliento ante la sola idea.

—Idiota —dice Clarabella—. La A significa adulterio. —Ella ríe—. Podemos tachar eso de tu currículum.

—Todavía es pronto —responde Shelby, besando a mi madre y siguiéndonos escaleras abajo.

—¿Quién de ustedes está llevando a la mujer embarazada a casa? —pregunto a mis hermanas.

—Yo lo haré. —Se ofrece Clarabella—. Voy de camino a recoger a Luke.

—Perfecto —digo, caminando hacia el auto de Clarabella. Ella abre la puerta y yo entro, agarrando mi teléfono de inmediato. Mirando hacia abajo, veo que tengo un par de llamadas perdidas de Bennett y un par de mensajes. Sonrío cuando veo que tiene una sorpresa para mí, y cuando Clarabella sube al auto, casi le digo que me deje en la casa de Bennett.

—¿Estás bien? —Clarabella pregunta cuando se aleja de la casa de mi madre.

—Quiero decir, nadie murió. —Trato de hacer una broma de eso—. Y no vomité.

—Por un momento. —Clarabella se ríe—, pensé que la cabeza de mamá iba a explotar.

—Eso habría sido demasiado fácil para cualquiera. —Miro por la ventana—. ¿Cuánto tiempo crees que le tomará antes de acorralar a Bennett y decirle que me ponga un anillo?

Clarabella se ríe.

—Dos días como máximo. —No puedo evitar pensar que tiene razón—. Y ella va a usar el *quieres comprar la vaca si vas a beber la leche*.

No puedo evitar echar la cabeza hacia atrás y reírme.

—Oh, definitivamente va a usar eso. —Dejo de hablar cuando un dolor agudo me recorre el estómago y grito.

—¿Qué diablos? —pregunta Clarabella, y yo la miro.

—Acabo de tener. —Empiezo a decir cuando otro dolor golpea mi estómago—. Dolor agudo —digo, jadeando ahora.

—Tal vez tengas que hacer caca —dice cuando se detiene en mi camino de entrada. Salgo del auto y subo corriendo las escaleras cuando lo siento.

—No —le digo, sacudiendo la cabeza—. No. —Tiro todo al suelo y me dirijo directamente al baño. Sin siquiera molestarme en cerrar la puerta, miro hacia abajo y veo sangre en mi ropa interior—. Oh, Dios mío —digo, sentándome—. No entres en pánico —me digo, mirando hacia arriba y viendo a Clarabella parada allí ahora. Su cara es blanca como un fantasma—. Manchar es normal. —No sé si le estoy diciendo o convenciéndome a mí misma. Me limpio y no es manchado. Es sangre roja brillante—. Eso no es manchado.

Todo mi cuerpo simplemente se apaga, y siento que toda esta sensación de pavor se apodera de mí.

—Deberíamos ir al hospital. —Todo lo que puedo hacer es mirar a Clarabella, sin saber qué decir o hacer—. Vamos —me insiste suavemente, levantándome de la taza del baño y me sube las bragas, mi falda cae sobre mis piernas—. Vamos. —Pone su brazo en el mío mientras me acompaña por el pasillo, deteniéndose solo para recoger mi bolso y mi teléfono en la puerta principal.

Ni siquiera sé cómo llegué al auto. Todo dentro de mí se detiene. Mi cuerpo se siente como si estuviera afuera mirando hacia adentro. Ella se sube al auto y la miro.

—No se lo digas a nadie —digo en voz baja mientras ella asiente con la cabeza y da marcha atrás en mi camino de entrada. Se me sube el corazón a la garganta.

Cierro los ojos, no estoy segura de sí puedo soportar mirarla mientras conduce. Mi mano descansa sobre mi estómago todo el tiempo mientras sostengo al bebé en las palmas de mis manos. *Esto no está pasando* es lo único que puedo repetirme una y otra vez. Cuando el auto se detiene, abro los ojos y veo que estamos en el estacionamiento de la sala de emergencias del hospital.

—Tengo tu bolso —dice Clarabella, y todo lo que puedo hacer es asentir con la cabeza. El nudo en mi garganta es tan grande que, si digo una palabra, todo lo que va a salir es un sollozo.

Las puertas se abren tan pronto como nos acercamos a ellas, entrando en la estancia blanca. Hay sillas marrones por todas partes y la mayoría están vacías.

—Hola —saluda Clarabella cuando se detiene, y la miro hablando con una señora sentada detrás de una mampara de vidrio—. Mi hermana tiene once semanas de embarazo, le dolía mucho el estómago y ahora está sangrando.

La señora detrás del cristal la mira a ella y luego a mí.

—Necesito los documentos de su seguro, por favor. —Aparto los ojos de ella. Hace preguntas y Clarabella las responde todas—. Alguien te llamará en breve.

—Pero estoy sangrando —le digo con voz temblorosa, mirándola, y ella me da una mirada triste.

—Veré lo que puedo hacer. —Se levanta y miro a Clarabella, que trata de no mostrarme que está preocupada, pero se nota que tiene ese miedo en los ojos.

—Todo va a estar bien —me consuela, sonriendo y tratando de calmarme. Me giro para caminar hacia la silla marrón, pero no tenemos tiempo para sentarnos antes de que digan mi nombre.

Siento que estoy en trance, mis pies se mueven porque necesitan hacerlo. Pasamos por otra puerta marrón y, esta vez, hay una enfermera esperando.

—¿Presley Baker? —No sé si está preguntando o diciendo, y lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza—. Por aquí. —Estoy sosteniendo mi estómago—. Enseguida llegará el médico —afirma cuando nos coloca en una habitación—. Solo siéntate en la mesa. —Señala la misma mesa en la que yo estaba esta tarde. Pero es diferente. Todo acerca de esto es diferente. Tan jodidamente diferente.

—¿Quieres que llame a Bennett? —pregunta Clarabella, y mi cabeza se levanta bruscamente cuando la miro.

—No —digo. Mi corazón late tan rápido en mi pecho mientras me siento en la mesa. La parte de atrás de mi cuello arde de nervios. Cuando se abre la puerta, entra un hombre vestido con una bata blanca.

—Presley Baker —dice mi nombre, mirando el papel blanco frente a él.

—Sí —le digo, mi voz temblando—. Esa soy yo.

—Está bien, aquí dice que tienes once semanas y comenzaste a sangrar —dice, leyendo lo que sea que esté en el papel.

—Sí —confirmo, y Clarabella se acerca para pararse a mi lado. Ni siquiera siento las lágrimas corriendo por mi rostro hasta que caen sobre mis manos que sostienen mi estómago.

—¿Y tú tienes once semanas? —pregunta, y yo simplemente asiento con la cabeza—. No hay mucho que podamos hacer. —Me mira—. Si estás abortando al bebé, no hay nada que podamos hacer para detenerlo.

Aborto espontáneo. Las palabras me hacen cerrar los ojos.

—¿Cómo? —Clarabella pregunta por mí—. Estaba bien esta mañana. —Es casi como si pudiera leer mi mente, y ella es mi voz. En este momento, todo lo que quiero hacer es cerrar los ojos y despertar de esta pesadilla.

El doctor dice algo, pero en vez de escucharlo, solo cierro los ojos. Todo lo que puedo hacer es imaginar a Bennett en mi cabeza sosteniendo la foto del bebé en su mano, luciendo la sonrisa más grande que jamás haya visto. Me va a odiar.

El pensamiento corre directo a mi cabeza.

Me va a odiar por no cuidar al bebé. Si algo le pasa al bebé, es mi culpa. Levanto la mano para secarme las lágrimas.

—Tuve un ultrasonido esta tarde —interrumpo lo que sea que estén diciendo—. Y fue perfecto.

—Podemos comprobarlo ahora de nuevo —dice el médico—. Al menos podemos ver si tu bebé todavía tiene latidos. —Miro a Clarabella,

quien se lleva la mano a la boca al mismo tiempo que suena el teléfono de mi bolso.

—Apágalo —le digo, y sus ojos vuelan hacia los míos. La idea de enfrentarlo es demasiado para mí en este momento. Hoy, cuando miró la foto de nuestro bebé, nunca lo había visto sonreír tanto como lo hizo, y ahora podría haber terminado—. Apágalo.

Capítulo Diecisiete

BENNETT

—¿Qué diablos está pasando? —siseo hacia la habitación vacía y lanzo mi teléfono en el sofá a mi lado.

Estoy sentado en el sofá de mi sala de estar en la oscuridad. Después de conducir desde la casa de la madre de Presley, regresé a la casa de Presley, pensando que tal vez la había perdido en su camino a casa. Pero cuando me detuve y subí los escalones para tocar el timbre, encontré todas las luces apagadas. Marqué el código de la puerta y entré mientras decía su nombre. Subí los escalones de dos en dos y encontré su dormitorio en la oscuridad.

No había ni rastro de ella en la casa.

Cerré la puerta principal detrás de mí cuando volví al auto y fui a su oficina. *Tal vez ella fue allí para tomar su auto,* me digo a mí mismo, tratando de mantener a raya los malos pensamientos.

—Contesta, contesta, contesta. —Deseé cada vez que la llamé, pero todo lo que obtuve fue su correo de voz.

Mi corazón se calmó cuando me detuve en el estacionamiento y vi su auto todavía allí. Probablemente estaba trabajando ya que se tomó un tiempo libre esta tarde. Pero fue solo por un momento. Cuando subí

corriendo los escalones hasta la puerta principal, estaba cerrada. Caminé hacia la parte de atrás como un mirón furtivo, solo para encontrar que todo adentro estaba cerrado y oscuro. Regresé a mi casa, confiando en que tal vez ella estuviera allí esperándome, pero todo lo que obtuve cuando llegué fue una casa que olía como un campo de flores.

Echo la cabeza hacia atrás, frotándome la cara con ambas manos, los nudos en mi estómago se hacen más y más grandes a medida que los segundos se sienten como horas.

—¿Dónde estás, Presley? —le pregunto a la habitación vacía, con la esperanza de que tal vez al decir su nombre, aparecerá mágicamente. No contestó mis llamadas cuando estaba con su madre, pero sé que ella no lo está ahora, y algo dentro de mí me dice que algo anda mal. O puede ser que mi cabeza me esté jugando una mala pasada.

De cualquier manera, estoy a punto de desesperarme lo suficiente como para llamar a su madre, y eso no será bueno para nadie. Pienso en llamar a Travis, pero ¿Qué voy a decir? *Tu hermana no contesta mis llamadas telefónicas*, suena tan juvenil.

Agarro el teléfono de nuevo a mi lado, llamándola otra vez, esperando que suene cuatro veces antes de ir al correo de voz, pero esta vez, no lo hace. En el momento en que escucho a alguien decir:

—Hola. —Me siento y mi corazón se acelera de nuevo.

—¿Presley? —digo su nombre, aunque sé que no es ella. Probablemente perdió su teléfono, por eso no me ha llamado.

—No, es Clarabella. —Todo en mí se vuelve frío, pero no tengo por qué. La forma en que habla es muy suave y se siente como si estuviera tratando de no ser escuchada.

—Hola. —Intento no sonar tan ansioso—. Lo siento, no reconocí tu voz. Estaba buscando a Presley. —Trago el bulto que ahora se ha movido de mi estómago a la mitad de mi pecho, y ahora está atorado en mi garganta—. ¿Está ella ahí?

—Sí —dice ella, y escucho crujidos en su extremo—. Pero ella no puede atender el teléfono en este momento.

Estoy a punto de decir en voz alta *Qué mierda*, pero en vez de eso, trato de contenerlo, pero no tan bien como lo había planeado en mi cabeza.

—Está bien —digo—. ¿Qué diablos está pasando? —Cierro los ojos, listo para patearme por cómo salió eso.

—Ella está —susurra en voz baja y luego escucho el sonido de sus tacones haciendo clic en el suelo—. Ella está con el médico. —Los pelos de mi cuello se erizan cuando dice esas palabras.

Si pensaba que estaba preparado para lo que fuera que me iba a decir, estaba equivocado. Mis pies se mueven incluso antes de darme cuenta de lo que está pasando. Estoy fuera de la puerta y en el auto.

—¿Dónde están? —Tantas cosas pasan por mi cabeza, pero ninguna buena. Todas malas y todas me llevan a estar sin uno de ellos, y ni siquiera puedo entender ese pensamiento. El pensamiento solo se siente como cuchillas de afeitar cortando mi carne.

—Ella me va a matar —se queja Clarabella, y puedo escuchar su voz temblar, y mi corazón se rompe—. No…

—Clarabella. —La corté—. Puedes decirme dónde están —digo entre dientes mientras salgo del camino de entrada—. O llamo a tu madre. —Sé que es un golpe bajo, pero no tengo elección—. Y luego pasaré el resto del tiempo llamando a todos los hospitales hasta que la encuentre.

—¡Vaya! —dice Clarabella—. Estamos en el Memorial. —Ella nombra el hospital, y ni siquiera sé si me despido. Todo lo que sé es que cuelgo. Corro hacia allí, y todo el tiempo mi cabeza grita que ella no me llamó. ¿Por qué no me llamó?

Niego con la cabeza, y el miedo que tenía antes ahora se convierte en nervios. Me detengo en el estacionamiento de emergencias y dejo el auto en el primer lugar libre que encuentro. Agarrando las llaves y mi teléfono, ni siquiera sé si cierro la puerta antes de correr hacia la entrada.

Corro todo el camino hacia la puerta, caminando hacia los lados cuando la puerta se abre a paso de tortuga. Miro alrededor de la habitación con sillas marrones por todos lados, sin ver a Clarabella. Mis ojos miran a todas partes para ver si hay señales que me dirijan a una sala de maternidad. Miro mi teléfono, llamando a Presley, pero va directo al buzón de voz. Doy un par de pasos más en la habitación, y cuando veo a una mujer sentada detrás de una ventana de vidrio, me acerco.

—Disculpe —le digo, y ella levanta la vista de su computadora—. Estoy buscando a Presley Baker.

—¿Eres familia? —pregunta mientras se gira hacia la computadora.

Trago saliva antes de responderle.

—No lo soy.

—No podemos dar información personal y confidencial a personas que no sean de la familia —me dice, y sé que se está apegando al protocolo, pero en este momento, todo en lo que puedo pensar es en llegar a Presley.

—Me acaban de llamar desde aquí —miento un poco—. Soy el padre.

Me mira de arriba abajo, y se siente como si me estuviera juzgando por no haber estado aquí antes, y si yo estuviera aquí, probablemente estaría haciendo lo mismo.

—Espera aquí. —Se aparta del escritorio y se levanta, yendo no sé a dónde. Me paso las manos por el pelo. Saco mi teléfono de mi bolsillo, llamo a Presley, y nuevamente va directamente al buzón de voz, estoy a punto de tirar el maldito aparato contra la pared cuando escucho que me llaman por mi nombre.

—Bennett. —Miro y veo a Clarabella saliendo de un pasillo. Su rostro está surcado de lágrimas mientras finge que está bien. Miro a mi alrededor para ver si Presley está con ella, pero está sola.

—¿Dónde está ella? —pregunto. Mi boca de repente se seca, tan seca que no puedo tragar.

—Ella está siendo monitoreada —responde, doy un paso hacia el pasillo, y me detengo.

—Clarabella —digo su nombre, casi silbando—. Puedes decirme dónde está, o iré a la cárcel averiguando dónde está. Estoy al final de mi maldita paciencia en este momento.

Ella levanta las manos.

—Lo sé —dice en voz baja—. Te llevaré con ella. —Ella se gira y yo la sigo, sin decir una palabra más.

Mientras camino por el corredor blanco, examino todas las habitaciones buscándola. Mi cabeza da vueltas y vueltas con todas estas preguntas, pero no tengo respuestas. Cuando Clarabella se detiene, me mira.

—Sé que te estás volviendo loco, pero ten cuidado.

Solo asiento hacia ella, no estoy seguro de cómo va a salir mi voz. Tampoco estoy preparado para lo sea en lo que me estoy metiendo. Entro en la habitación detrás de Clarabella y veo a Presley sentada en la cama del hospital.

—Hola —dice Presley cuando me mira. Puedo ver las lágrimas secas en su rostro. Se ve pálida, y su mano está sobre su estómago, y tengo que preguntarme si todo está bien.

Me detengo a medio paso mirándola. Incluso lleva una bata de hospital.

—Hubiera venido antes —le digo, todavía sin ir hacia ella. No estoy seguro de poder hacerlo.

—Les daré un minuto a los dos —dice Clarabella, mirando a Presley y luego dándome una sonrisa triste al salir.

—¿Por qué no me llamaste? —Es lo primero que sale de mi boca. La presión en mi pecho se siente como si un elefante estuviera sentado sobre él mientras un tigre se acerca y me arranca el corazón.

—No fue gran cosa. —Ella trata de sonreír, pero no sale nada—. Estaba manchando un poco, así que vine aquí para asegurarme de que estaba bien. —Mi estómago que estaba en mi garganta ahora se ha hundido a mis pies.

—Estabas manchando un poco. —No estoy seguro de entender lo que está pasando—. Estabas sangrando.

—Sí —responde ella y se limpia la lágrima de su mejilla—. Pero el bebé está bien. —Al fin da respuesta a la pregunta que me moría por

hacer—. El médico vino y me revisó antes y escuchamos los latidos del corazón del bebé. —Se lleva las manos al estómago—. Va a monitorear todo durante un par de horas. —Ella se encoge de hombros, tratando de fingir que no es nada—. Entonces, como dije, no fue gran cosa.

—No fue gran cosa —repito sus palabras, mi voz permaneciendo monótona.

La imagen de ella viniendo aquí muerta de miedo pasa ante mis ojos. La otra imagen que aparece ante mis ojos es que yo no estoy aquí con ella. La idea es casi demasiado para soportar. Debería salir de la habitación y calmarme antes de hablar de otra cosa.

—Sí, no había ninguna razón para que ambos nos asustáramos. —Evita mirarme y se mira el estómago.

—Pensé que estábamos haciendo esto juntos. —Cuando mi voz sale casi quebrada, sus ojos vuelan hacia los míos mientras me mira en estado de shock. Sus ojos miran los míos, y no creo que alguna vez ame a nadie tanto como la amo a ella. También sé que ella nunca me amará como yo quiero que lo haga.

—Estamos haciendo esto juntos —me dice para tranquilizarme, pero lo único en lo que puedo concentrarme es en que ella pasó por esto sin mí.

—Pero luego pasa esto, y ni siquiera me llamas. —Las lágrimas llenan mis ojos—. No me envías un mensaje. —Niego con la cabeza—. Conduje buscándote, preocupado. No tenía respuestas. No tenía ni idea de que todo este tiempo habías estado aquí pasando por todo esto y yo no me había enterado.

—No pensé… —dice, y levanto mi mano para que deje de hablar. Cuanto más habla y trata de hacer que esto no sea un gran problema, más me enojo.

—A menos que lo pensaras y no te importara. —Me río con amargura, sabiendo que este es el momento que he estado temiendo. El momento que sabía que de alguna manera llegaría, pero no lo quería. El momento que hace que mi corazón se rompa en mi pecho—. He sido un tonto todo este tiempo.

Capítulo Dieciocho

PRESLEY

—A menos que lo pensaras y no te importara. —Se ríe, y puedo decir que es una risa sarcástica. Mi corazón late en mi pecho tan fuerte y rápido que siento que voy a vomitar. Mi mano en mi estómago agarra la sábana con nerviosismo—. He sido un tonto todo este tiempo.

—Bennett —digo su nombre mientras el escozor de las lágrimas se precipita hacia mis ojos. Parpadeo para alejarlas lo más rápido que puedo, pero nada puede prepararme para lo que viene después. Mi boca se seca tanto que me duele tragar, y todas las palabras se atascan en la parte posterior de mi garganta sin poder pasar el nudo que hay allí—. Todo sucedió tan rápido. —Finalmente puedo decir con voz ronca—. Entró el médico. —No le digo la verdad. No le digo que no quería llamarlo porque no podía enfrentarlo si algo hubiera pasado. No le digo eso. No le digo que lo único que quería era tenerlo aquí conmigo; no le digo que, aunque Clarabella estaba aquí conmigo, lo único que quería era mirarlo a los ojos.

Sacude la cabeza, la derrota escrita en todo su rostro.

—Te he amado durante los últimos doce años. —Las palabras salen como si estuviera sufriendo—. Con cada fibra de mi ser, te amo. —Mi labio inferior tiembla, y las lágrimas ahora vienen sin previo aviso. La mirada de angustia está en todo su rostro, y me duele hasta la médula—.

Te amo, Presley. —Una lágrima solitaria corre por su rostro—. No sé por qué pensé que tal vez, solo tal vez, tú sentías lo mismo. —Su mano se mueve hacia la parte posterior de su cuello mientras lo sostiene.

—Pero tú lo sabías. —Las palabras salen sin que yo piense—. Sabías que nunca me iba a casar. —Me mira a los ojos y parece que va a decir algo—. Nunca cambié de opinión sobre eso.

—No me importaba si nos casábamos. No tenía que estar casado —dice—. Todo lo que quería era a ti. Te habría tomado de cualquier forma en que pudiera tenerte. Te habría dado lo que sea que quisieras. —Su mano cae de su cuello—. Solo te quería a ti. —*Me tienes,* quiero gritar a todo pulmón. *Soy tuya.* Pero ni siquiera tengo un segundo para responder antes de que él continúe—. No te agobiaré más con mis sentimientos. —Justo cuando pensé que no podía empeorar, lo hace—. No te agobiaré más con estar atrapada conmigo, al menos no románticamente. —La necesidad de sollozar se apodera de todo mi cuerpo y lucho contra ella. *Esto es lo que querías*, me recuerdo—. Vamos a tener un bebé juntos, y ese será mi enfoque principal. —Me siento ahora cuando deja de hablar, y estoy a punto de decirle que lo amo, pero la puerta se abre.

—Vengo con bocadillos —dice Clarabella con una sonrisa en su rostro, y se detiene a medio paso cuando se da cuenta del enfrentamiento que está sucediendo. La sonrisa se desvanece de su rostro—. También tengo jugo. —Mira a Bennett y luego me mira a mí—. ¿Está todo bien?

—Muy bien —dice Bennett—. Estaré en la sala de espera. —Ni siquiera mira en mi dirección antes de darse la vuelta y salir. Observo cómo la puerta se cierra suavemente detrás de él, mi visión se nubla por las lágrimas que se han acumulado y ahora caen sobre mis párpados y por mi cara.

—¿Qué acaba de suceder? —Clarabella se acerca a un lado de mi cama, dejando los bocadillos y el jugo que tiene en la mesita de noche.

—Nada —respondo, usando el dorso de mi mano para secarme las lágrimas de las mejillas—. Solo estoy preocupada por el bebé —digo, volviendo a poner mi mano sobre mi estómago, pensando en el momento en que descubrí que el bebé estaba bien.

Cuando el médico entró en la habitación y me dijo que no podía hacer nada, fue como si no hubiera oído las palabras. Clarabella fue mi voz en ese momento.

—Si no quieres hacer tu trabajo como médico, entonces puedes enviar a alguien más que lo haga. —Su tono lo tomó por sorpresa—. Y si ese es el caso, podemos ir a otro hospital. —No quería decirle que no me iría de aquí.

El médico asintió con la cabeza y volvió a mirarme.

—Lo primero que vamos a hacer es revisar y ver si hay latidos. —Caminó hacia el lavamanos para lavarse las manos. —Recuéstate y, si puedes, baja la falda hasta las caderas. —Hice lo que me pidió que hiciera—. Te diré que, si estás en proceso de un aborto espontáneo, no hay nada que podamos hacer al respecto.

—¿Podemos dejar de decir esa maldita palabra? —siseó Clarabella—. Y ver lo que está pasando ahí dentro. —Señaló mi estómago, y el doctor se sentó en el taburete, se acercó a la luz y la apagó antes de volver a mí.

No tenía ni idea de qué esperar. No tenía idea de lo que estaba mirando, pero cuando puso el gel azul en mi estómago, lo presionó y miré el monitor, dejé escapar un sollozo cuando vi que mi bebé todavía estaba

allí. Todavía en la misma posición que esta tarde. Se movió de derecha a izquierda, y luego presionó un botón, y se podía escuchar lo que sonaba como caballos al galope.

—Ese es el latido del corazón —dijo, y simplemente puse mis manos frente a mi cara y sollocé.

—¿Por qué Bennett está en la sala de espera y no a tu lado? —pregunta Clarabella, y agarro la botella de jugo de manzana. Giro la tapa y tomo un sorbo. La dulzura fría golpea mi lengua de inmediato—. Está bien decirle que lo necesitas.

—No, no lo está —digo—. No está bien. —Niego con la cabeza, las lágrimas vienen de nuevo.

—Presley —dice en voz baja—. Vas a tener un bebé con él. —Ella pone su mano sobre la mía.

—Y puede estar tan involucrado como quiera con el niño. —Las palabras saben agrias en mi boca—. Él sabe eso.

—¿Que te dijo el? —pregunta, y cuando la miro, sé que tiene una idea.

—Que me ama. —Finalmente digo las palabras, y no agrego que lo amo también, porque ¿Qué más da?

—Quiero decir, eso es algo bueno, ¿verdad? —Ella sonríe, tratando de ser la voz de la razón—. No hay nada de malo en admitir que lo quieres —dice en voz baja—. No te hará menos mujer si admites que lo amas y lo necesitas. Está bien.

—No, no lo está —le digo enojada—. No está bien. —Me limpio la mejilla con más fuerza de la que quería. Me tiemblan las manos—. Es lo opuesto a estar bien. Nunca podre darle lo que quiere.

—¿Por qué no? —Se sienta y cruza los brazos sobre el pecho.

—Porque. —Suspiro—. Así no es como funciona.

Ella pone los ojos en blanco y se ríe de mí.

—¿Y cómo funciona?

—Mira a Travis. —Empiezo—. Se suponía que se casaría con Jennifer, ¿y luego qué?

—Entonces no lo hizo. —Ella se encoge de hombros—. Luego se sacó la cabeza del culo y se casó con Harlow, como siempre se suponía que debía hacerlo.

—Mira a Shelby —continúo y ni siquiera le doy la oportunidad de responder—. Estaba locamente enamorada de Joseph, y él se folló a su amiga.

—Uno, es un idiota, así que eso es todo. —Clarabella levanta su dedo—. Y dos, siempre se suponía que ella se casaría con Ace.

—¿Qué pasa contigo? —La miro—. ¿Siempre se suponía que te casarías con Luke? —Ella me mira ahora—. ¿Siempre se suponía que te ibas a casar con Luke?

—Sí —dice sin siquiera pensar en ello—. Ahora que puedo mirar hacia atrás. Sabiendo al mil por ciento que siempre se suponía que me casaría con Luke. Mira a Bennett. —Con solo escuchar su nombre me duele el corazón—. Ha estado en casa durante los últimos seis meses, y ha estado a tu entera disposición todo este tiempo.

Estoy a punto de decir que no lo ha hecho cuando vuelve a entrar el médico.

—Está bien, Señorita. Baker —dice—. Veamos cómo nos va.

—¿Quieres que llame a Bennett? —pregunta Clarabella, y yo solo asiento. Pase lo que pase, le dije que nunca le quitaría el bebé. Ella se levanta y sale de la habitación.

—El padre está en la sala de espera. —Ni siquiera sé por qué le digo esto.

—¿Has ido al baño? —pregunta, y niego con la cabeza. Tenía demasiado miedo de ir al baño—. Si puedes, ve y mira cómo está el sangrado. —Asiento hacia él, girando y saliendo de la cama.

Camino hacia el baño en la esquina, y cuando me bajo las bragas, veo sangre seca. Mi corazón comienza a acelerarse cuando me siento y orino. Cierro los ojos por un segundo después de orinar, tratando de reunir el coraje para limpiarme. Agarro el papel higiénico.

—Será mejor que estés limpio —digo en voz baja—. Además, estarás muy castigado cuando salgas por asustarme así. Pero te amo. —Eso es lo último que digo antes de mirar hacia abajo y ver un trozo de papel higiénico limpio. Sin ni siquiera un tinte rosa.

Salgo del baño con la sonrisa más grande en mi rostro.

—No hay sangre —le digo al médico cuando se abre la puerta y Clarabella regresa con Bennett detrás de ella.

—¿Qué pasó? —pregunta Clarabella, y mis ojos van a Bennett, esperando que él me mire, y lo hace por un segundo. El daño y el dolor son tan evidentes que me duele todo el cuerpo.

—Sin sangre —le digo, caminando hacia la cama, temerosa de que, en cualquier momento, mis rodillas flaqueen y me quede tirada en el medio del piso.

—Esas son buenas noticias —dice el médico cuando vuelvo a la cama. Me levanto la cobija hasta la cintura mientras el médico baja un poco la cabecera de la cama. Levanto la bata del hospital, pero mantengo mi área privada cubierta con la manta—. Veamos cómo está el pequeño. —Miro a Clarabella, que está junto a Bennett a los pies de la cama.

Mis ojos no se mueven de Bennett mientras se mete las manos en los bolsillos y mira el monitor y luego al doctor. Todo mi cuerpo clama por él. Mis manos tiemblan mientras agarro las sábanas a mi lado. Ruego al universo que lo deje mirarme, pero nadie está escuchando esta noche.

El sonido del latido del corazón llena la habitación, y mis ojos van de Bennett a la pantalla. Me quitan el peso de casi perder al bebé. Me pongo la mano en frente de la boca mientras lloro, pero esta vez, son lágrimas de felicidad. Mi bebé va a estar bien, al menos por hoy, y tengo esta repentina necesidad de poner mi mano sobre mi estómago para protegerlo de cualquier cosa.

Las lágrimas rápidamente se convierten en una sonrisa que es tan grande en mi rostro que me duelen las mejillas. El bebé parece que está dando saltos mortales allí. Miro mi estómago con asombro de que no siento nada, ni siquiera un pequeño cosquilleo. Vuelvo a mirar a Bennett, y sus ojos están solo en la pantalla.

—Tienes un bebé muy activo. —Espero que Bennett diga *Tenemos un bebé muy activo,* pero no lo hace. El médico apaga la máquina y me limpia el estómago—. Voy a sugerir que no se ponga de pie durante un par de días y descanse. —Enciende las luces. No le digo que la idea de sentarse

en la cama y no hacer nada durante las próximas dos semanas ha pasado una y otra vez en mi mente—. Le enviaré un informe a su médico y podrá hacer un seguimiento con ella.

—Gracias —le digo—. Por todo.

—Voy a esperar afuera —dice Bennett, dándose la vuelta para salir de la habitación, y quiero gritarle que se quede, pero en lugar de eso, lo veo irse mientras mi corazón se rompe en mi pecho.

Capítulo Diecinueve

BENNETT

—Voy a esperar afuera —digo antes de darme la vuelta y salir de la habitación. Todo el tiempo, mi cuerpo y mi cabeza me decían que fuera con ella. Todo el tiempo, tuve que luchar con mis ojos para no mirarla.

Cuando salí de la habitación por primera vez, di dos pasos por el pasillo y tuve que detenerme y poner mi mano contra la pared para ayudarme a sostenerme.

Alejarme de ella tiene que ser lo más difícil que he hecho en toda mi vida. Decirle que la amo, sabiendo que podría ser el final de nosotros. Estar de pie en esa habitación después de volverme loco buscándola y descubrir que nuestro bebé podría haberse perdido y que ella ni siquiera se molestó en llamarme, fue demasiado.

Debería haberme tomado un segundo para pensarlo. Debería haberme marchado y ordenado mis pensamientos. Me senté en esa sala de espera con el corazón roto por alejarme de ella, pero lleno por saber que el bebé estaba bien.

Ni siquiera sé cuánto tiempo estuve allí. Era como si estuviera aturdido. Como si el mundo a mi alrededor estuviera girando con toda su fuerza en un círculo como un tornado, pero yo estaba en el medio solo mirando la destrucción y la devastación a mi alrededor. Cuando Clarabella

salió a buscarme, pensé que me iba a decir que Presley me quería. Tenía un pequeño rayo de esperanza de que ella me amaba, pero una vez que entré, me dijo que el médico estaba allí. La luz de la vela de la esperanza que tenía encendida se apagó.

Ahora estoy sentado en esta silla de nuevo, todo mi cuerpo se siente como si hubiera sido atropellado por un camión Mack. Por el frente y detrás. Me inclino hacia delante, pongo los codos en las rodillas y simplemente cuelgo la cabeza. ¿Cómo pasó este día de uno de los mejores días de mi vida al peor día de mi vida en un abrir y cerrar de ojos?

Oigo pasos y giro la cabeza para mirar hacia arriba y verlas caminar hacia mí. Presley tiene la cabeza mirando hacia abajo mientras Clarabella le dice algo. Cuando levanta la vista, cometo el error de mirarla a los ojos, y eso me destroza de nuevo.

Ella no te quiere, mi cabeza grita, y exhalo una respiración profunda antes de levantarme.

—Oye —digo, mirando a Clarabella, con miedo de mirar a Presley—. ¿Todo bien?

—Genial —responde Clarabella.

—Está bien, me voy. —Señalo con el pulgar hacia la puerta—. Avísame si... —Dejo de hablar—. Solo, mantenme informado, supongo.

—Por supuesto. —La voz de Presley sale tan suave que, si no estuviera prestando atención, pensaría que me lo inventé. Todo en mí quiere llevarla a casa y asegurarse de que esté bien cuidada. Quiero llevarla a casa y acostarla. Quiero llevarla a casa solo para llevarla a casa, pero en lugar de eso, asiento con la cabeza y me doy la vuelta para salir del hospital.

Me siento en mi auto y las veo salir, ninguna de las dos habla. Pienso en seguirlas para asegurarme de que llega bien a casa, pero no lo hago. En cambio, me dirijo de regreso a mi casa, entro y el olor a flores me golpea de inmediato.

—Mierda. —Entro en la cocina y cojo una enorme bolsa de basura negra. Camino por la habitación, tomando las flores y tirándolas. Después de limpiar, apago las luces y subo las escaleras. El teléfono en mi mano es casi como si fuera un ladrillo de cemento, y se vuelve más y más pesado a medida que pasan los minutos.

No importa lo que haga, no puedo apagar mi mente. Al entrar en la ducha, todo lo que puedo ver es a ella sentada en la cama del hospital mirándome. Acostado en la cama sobre mi almohada, lo único que puedo oler es a ella a mi lado. Observo las horas pasar como años, y finalmente, cuando sale el sol, me levanto y bajo las escaleras para hacer café. Cojo el teléfono por millonésima vez desde que llegué a casa para ver si me ha enviado un mensaje, pero no lo ha hecho.

—Supongo que ninguna noticia es una buena noticia.

Cuando entro a la oficina, dejo mis cosas en mi escritorio y camino por el pasillo para ver a uno de los socios. Llamo a la puerta abierta y asomo la cabeza para ver a Damian.

—Hola —digo, y él mira hacia arriba—. ¿Te importa si entro?

—Por favor —dice, quitándose las gafas y colocándolas sobre los papeles que tiene delante—. Adelante.

—Gracias. Si tienes un segundo, me encantaría un consejo —le digo, y sus cejas se juntan.

—Cierra la puerta —dice, y yo asiento, cierro la puerta y luego me acerco para sentarme en una de las sillas frente a él.

—Esto es jodidamente raro. —Me río nerviosamente cuando Damian se recuesta en su silla. Puedo decir por la mirada de confusión en el rostro de Damian que su cabeza da vueltas—. Necesito un abogado —declaro y luego dejo escapar un gran suspiro que he estado conteniendo—. Maldita sea, esto es más difícil de lo que pensaba —le digo, el dolor me golpea en el pecho.

—Da un paso a la vez —dice y se levanta de su silla, caminando alrededor del escritorio. Viene a sentarse en la silla a mi lado—. ¿Necesito traer a los otros socios aquí?

—No. —Niego con la cabeza—. Necesito un abogado de familia. —Solo me mira—. Voy a ser padre.

—Mierda —dice Damian con una sonrisa en su rostro—. Felicidades.

—Gracias —digo, sonriendo—. Es una gran sorpresa.

—¿Tú y la madre...? —comienza a preguntar, y niego con la cabeza.

—No estamos juntos. —Esas tres palabras salen de mi boca, y luego se forma el bulto. Tan grande que se siente como esas rocas que colocas para evitar que las cosas salgan—. Quiero saber mis derechos.

—¿Qué es lo que quieres de manera realista? —él pregunta.

—Quiero poder criar a mi hijo al cincuenta por ciento. —Mis ojos pican con las lágrimas que vienen—. Eso es todo lo que quiero. —Mi voz se apaga porque lo único que quiero es poder criar al bebé con Presley a mi lado. Pero eso no está en las cartas para mí—. No sé qué más que pedir.

—¿Qué tal si redacto un contrato? —me sugiere—. Y podemos repasar las cosas.

—Sí —le digo—. Y si no te importa, me gustaría mantenerlo confidencial por ahora. —Él asiente y me levanto—. Estaré cerca si tienes preguntas.

—Trabajaré en esto yo mismo —dice cuando llego a la puerta, y todo lo que puedo hacer es asentir hacia él. Trato de perderme en mi trabajo, y solo funciona la mitad del tiempo. La otra mitad, estoy sentado en la silla de mi escritorio mirando por la ventana, preguntándome qué está haciendo.

Estoy sentado en el sofá bebiendo una cerveza mientras intento concentrarme en un partido de béisbol cuando suena el timbre. Mis pies se mueven antes de que pueda pensar en ello, y en el momento en que abro la puerta, toda la esperanza que tenía de que sería ella se esfuma.

—Hola. —Travis está allí con una botella de whiskey en la mano—. Clarabella llamó y dijo que tal vez necesites un trago —resoplo y me giro para caminar hacia la cocina. Cojo dos vasos de chupitos y me doy la vuelta, mirando a Travis sentarse en uno de los taburetes—. Supongo que ella dijo que no.

—Ni siquiera llegué allí —le digo, tendiéndole la mano para que me dé la botella—. Empezó a sangrar. —Travis jadea cuando digo esas palabras—. Ella está bien. El bebé está bien. —Levanto la mano antes de que se asuste—. Pero digamos que no fui su primera llamada. —Me mira, con la boca aún abierta—. Es lo que es —le digo, encogiéndome de hombros y sin molestarme en hacer contacto visual con él. Sirvo dos tragos de whiskey y le entrego uno.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta mientras tomo un trago y luego rápidamente me sirvo otro. El ardor del segundo trago es aún peor que el primero.

—No tengo nada que hacer —respondo—. Si ella necesita ayuda, siempre estaré ahí. Pero mi enfoque principal ahora está en el bebé y en la crianza compartida de la manera más civilizada posible —digo, tomando otro trago.

—Ojalá supiera qué decir —me dice Travis mientras toma su primer trago.

—Nada que puedas decir —le digo—. Tengo que aceptar que así es como va a ser, y seguir adelante. —Tomo otro trago, y esta vez, siseo.

Travis se sienta conmigo, ninguno de los dos dice nada.

—Llámame si me necesitas —dice cuando se levanta—. Aunque es mi hermana. —Me mira—. Eres como un hermano para mí. —Inclino la cabeza hacia un lado—. Mierda, eso fue asqueroso.

No puedo evitar reírme un poco cuando se da la vuelta y sale, cerrando la puerta detrás de él. Levanto mi teléfono y presiono el botón para ver la imagen del protector de pantalla de Presley y yo. Froto mi dedo sobre su rostro lentamente, y apago todo, luego subo las escaleras hacia la cama.

Ni siquiera sé cómo va la semana. Ni siquiera puedo decir qué día es. Pero cuando recibo los papeles de Damian, sé que tengo que hacer la llamada telefónica. Agarro mi teléfono y todo el tiempo, mis manos tiemblan mientras presiono el ícono del teléfono. Dejo el celular en medio de mi escritorio antes de presionar el botón verde al lado de su nombre. Ni siquiera sé si ella va a responder. Todo lo que puedo escuchar en este

momento es el latido de mi propio corazón. Y luego todo se detiene cuando escucho su voz.

—Hola. —Demonios, esto es más difícil de lo que pensé que sería.

—Hola —saludo nerviosamente, casi tartamudeando—. Soy yo.

—Hola —dice suavemente.

—Perdón por molestarte en un día de trabajo. —Mis manos descansan en mi escritorio alrededor del teléfono.

—Puedes llamarme en cualquier momento —afirma, y todo lo que puedo hacer es bajar la cabeza.

Bloquéalo, me digo. Solo di lo que necesitas decir y luego sigue adelante.

—Tenía la esperanza de que podamos fijar un momento para hablar. —Mi dedo golpea el escritorio al mismo tiempo que mi pierna comienza a moverse hacia arriba y hacia abajo.

—Eso suena como una buena idea —dice ella—. ¿Debería pasar por tu casa esta noche? —*No,* el lado derecho de mi cabeza grita—. ¿O quieres venir a la mía? —*Sí,* dice el lado izquierdo de mi cerebro.

—Estaba pensando que podrías pasar por la oficina —le digo—. No hay prisa, cuando tengas tiempo.

—Puedo estar allí en treinta minutos —responde ella—. ¿Es demasiado pronto?

—No, eso suena genial —le digo—. Hasta luego. —No espero a que ella diga nada antes de presionar el botón rojo. Me recuesto en mi silla y

siento que mi camisa se me está encogiendo. Me preparo mentalmente para su llegada, no hay nada que me prepare para Presley.

Levanto la vista cuando escucho un golpe en la puerta, y allí está ella. Lleva un pantalón azul oscuro que le llega alto a la cintura con un cinturón del mismo color y una camisa de seda blanca metida por dentro.

—Hola. —Ella sonríe cuando entra, y aunque está sonriendo, parece que está cansada. Todo en mí quiere preguntarle si está durmiendo. Pero sé que no puedo preguntarle eso. Ella tomó su decisión y tengo que respetarla.

—Hola. —Me levanto de mi silla y camino alrededor de mi escritorio—. Gracias por venir tan rápido. —Trato de mantener la calma, pero mis manos están empapadas de sudor.

—Por supuesto —dice ella—. ¿Debería cerrar la puerta?

Niego con la cabeza.

—No. —Tomo la carpeta de encima—. ¿Por qué no nos sentamos en la sala de conferencias? —le digo mientras camino hacia ella—. ¿Quieres agua o algo?

—Estoy bien —dice, y todo lo que puedo hacer es asentir con la cabeza, haciéndole un gesto para que me siga. Caminamos uno al lado del otro hacia la sala de conferencias, ninguno de los dos dice nada. Abriendo la puerta de vidrio, espero a que ella entre.

—Esto es agradable —dice, mirando a su alrededor en la gran mesa de conferencias con capacidad para veinte. Me acerco y extiendo mi mano hacia ella para que tome asiento. Camino alrededor de la mesa y me siento frente a ella—. Tan oficial. —Ella se ríe. Pongo la carpeta manila sobre la mesa y la abro, le entrego una copia al otro lado de la mesa—. ¿Qué es

esto? —me pregunta incluso antes de leer. Sus ojos bajan, y luego me mira—. Acuerdo de custodia.

Capítulo Veinte

PRESLEY

—Esto es agradable. —Miro alrededor de la sala de conferencias, sosteniendo mi bolso frente a mí, sintiendo todo mi cuerpo temblando lentamente por los nervios. Extiende su mano para que tome asiento, y no puedo evitar reír nerviosamente mientras saco una de las sillas—. Tan oficial. —Miro hacia el otro lado de la mesa, observándolo sacar su propia silla.

Cuando vi su nombre en el identificador de llamadas, dejé caer el plato de fruta que estaba comiendo en mi regazo. Los días son más largos sin él en ellos. Luego, al verlo, finalmente me tranquilicé con solo mirarlo.

Abre la carpeta manila frente a él y me entrega los papeles blancos con letras negras.

—¿Qué es esto? —le pregunto, y mis ojos bajan al papel frente a mí. Mis ojos van directamente a dos palabras—. Acuerdo de custodia. —Mis ojos vuelan hasta los suyos, el shock corriendo a través de mí en este momento. Esto era lo último de lo que pensé que quería hablarme.

Pensé que nos sentaríamos y discutiríamos lo que pasó. Pensé que sería capaz de disculparme por no llamarlo. Pensé que me tomaría en sus brazos y me abrazaría, pero en cambio, es mi peor pesadilla.

—No es un acuerdo de custodia. —Levanta la mano para que deje de hablar.

—¿Esto no dice acuerdo de custodia? —Señalo las palabras. Se me sube el estómago a la garganta y siento que voy a vomitar. Me hormiguea la nuca y de repente siento calor. Pasé de sentirme triste a enojada y no sé ni cómo explicarlo. Fuera de control.

—Lo que quería hacer es poner todo por escrito para que podamos decidir qué haremos —dice, y puedo ver que le tiembla la mano—. Solo para que ambos estemos cubiertos, y ninguno de nosotros se sorprenda por nada.

—Quiero decir… —Dejo el papel frente a mí—. Somos nosotros, así que estaba asumiendo que hablaríamos las cosas.

—Y esto es lo que estamos haciendo —confirma, y mira el papel—. Solo quiero asegurarme de que tengo...

—Nunca, nunca te quitaré el bebé —le aseguro, y cuando me mira, veo la preocupación en sus ojos—. Bennett, tú eres el padre del bebé. —Se me seca la boca y me empieza a picar la nariz—. Vamos a dividir la custodia al cincuenta por ciento. —Me trago el nudo en la garganta, diciendo las palabras. Sabía que esto iba a suceder. Quiero decir, incluso me dije a mí misma que así es como tenía que ser. Pero decirlas en voz alta es otra cosa.

Ya estaba tan enamorada de nuestro hijo que no podía explicarlo, así que la idea de no estar allí todos los días con él o ella es mucho más difícil de lo que esperaba.

—Por eso creo que deberíamos poner las cosas por escrito para que todo esté cubierto. —Su dedo comienza a dar golpecitos en la mesa y sé que está nervioso.

—Claro —le digo, mirando hacia abajo a los papeles en mi mano.

—Podemos revisar los puntos que tengo —dice, y mis ojos vuelan hacia arriba para verlo mirando sus propios papeles. Cuando salí de la habitación del hospital, esperaba que me llevara a casa, pero me dejó con Clarabella. Tuve que morderme la lengua en mi camino para no llamarlo—. Me gustaría estar allí para cada cita con el médico.

—Por supuesto. —Sale más duro de lo que quiero que sea—. Supongo que habrías estado allí de todos modos. —Mi voz se vuelve suave.

—Me haré cargo de todas las facturas médicas que tengan que ver con el bebé —afirma, y niego con la cabeza.

—No —digo—. Si hay facturas médicas, se divide al cincuenta por ciento.

Se inclina y saca un bolígrafo de la canasta en el medio de la mesa para tomar notas en su papel.

—Está bien, cambiaré eso. —Puedo verlo mirarme, e ignoro la necesidad de mirarlo—. ¿Ya decidiste si vas a dar el pecho o el biberón?

—No lo he pensado, para ser honesta. —Lo miro, y estar aquí con él en esta habitación es casi demasiado para mí—. Supongo que voy a amamantar. —Quiero preguntarle si también va a tomar mi pecho, pero no lo hago.

—Si decides amamantar, ¿estarías dispuesta a extraerte la leche para que yo pueda tener un poco en mi casa? —Me mira, y en este punto, solo asiento con la cabeza—. Genial —dice, sonriéndome, pero solo miro hacia abajo.

Ni siquiera sé de qué más se habla porque, a estas alturas, mi cabeza se ha cerrado. Me alejo de la mesa al final.

—Haz un borrador. —Agarro mi bolso y pongo el papel dentro—. Y luego haré que mi abogado lo mire. —Asiento, sin decir una palabra más porque tengo la sensación de que las próximas palabras que salgan de mi boca no van a ser nada buenas.

—Te acompaño hasta la salida —dice, y yo solo niego con la cabeza.

—Estoy bien. —Me giro para salir de la habitación antes de que tenga la oportunidad de decir algo más.

Camino por el pasillo con la cabeza en alto, aunque se siente como si tuviera miles de libras sobre mis hombros empujándome hacia abajo. Mantengo la compostura todo el tiempo, incluso cuando me subo al auto. No llamo a nadie. No digo nada. Estoy entumecida, y cuando llego a casa, estoy feliz de que no haya nadie conmigo.

Cuando llegué a casa del hospital, esperaba encontrar mi casa a oscuras, pero en lugar de eso, Shelby estaba sentada en los escalones del porche esperándonos. Realmente no dijo mucho, ninguna de ellas lo hizo. Solo se aseguraron de que estuviera bien. Ambas pasaron la noche, y al día siguiente, cuando me levanté, casi esperaba ver un mensaje de Bennett. Pero no había nada.

Tuvimos una reunión en mi sofá, y ni siquiera me peleé cuando me dijeron que debería tomar un par de días. Podía hacer todo el trabajo desde

casa. Lo único que no podría hacer era reunirme con clientes potenciales. Cada noche una de ellas vendría y se quedaría conmigo, pero las llamaría tan pronto como pudiera hablar sin desmoronarme para decirles que me gustaría estar sola.

Entro en la casa, tiro mi bolso sobre la mesa y me dirijo directamente a mi habitación. Me desvisto justo después de encender la ducha. Todo lo que puedo escuchar en mi cabeza es su voz. Todo lo que he estado escuchando en mi cabeza son las palabras te amo. Una y otra vez, día y noche, siempre están ahí.

Deteniéndome para mirarme en el espejo, veo el pequeño bulto que acaba de empezar a formarse. Si no supiera que estoy embarazada, pensaría que solo comí en exceso. Pongo mi mano sobre mi estómago, algo que ahora hago todo el tiempo. Entro en la ducha y giro la cara hacia atrás, caminando bajo el chorro de agua.

Solo cuando estoy bajo el agua dejo escapar el primer sollozo. Me atraviesa como un rayo. Retrocediendo, me tapo la cara con las manos mientras lloro. Esto de aquí es lo que temí todo este tiempo. Este dolor en mi pecho, y ha estado desde que me dijo que me amaba, es un dolor que ni siquiera puedo expresar con palabras. Quiero decir que es como un dolor punzante una y otra vez, pero no le hace justicia. Cada vez que mi corazón late, se siente como si se cortara otra pieza.

Saliendo de la ducha, me limpio la cara, pero las lágrimas no paran. Nada las detendrán, y me meto en la cama. Apoyando mi cabeza en la almohada y sosteniendo mi estómago mientras lloro, esto de aquí es lo que me temía.

Esto de aquí es lo que estaba evitando todo este jodido tiempo. El dolor que luché tanto para no sentir, pero aquí estoy, con el corazón roto. No tengo idea de qué hacer o cómo solucionar esto.

Todos los días me levanto y salgo de la cama, pero lo hago por el bebé. Como solo porque sé que el bebé lo necesita. Me conecto a Internet todos los días para leer todo lo que hay sobre el bebé en esta etapa. Todo mi mundo ahora gira en torno a este pequeño bebé que es toda mi vida. Un bebé que fue concebido con amor. Un bebé que siempre será parte de mí y de Bennett. Un bebé que ahora es la única razón por la que quiere hablar conmigo.

La habitación se oscurece lentamente, y aunque le envié un mensaje de texto a mis hermanas hace horas diciéndoles que no vinieran esta noche y que estaba bien, escuché que se abría la puerta principal.

—Mamá del bebé —grita Clarabella, y luego escucho sus pies acercándose más y más a mi habitación—. ¿Estás enferma? —pregunta desde la puerta—. ¿Es el bebé?

—Estoy bien. —No me molesto en levantar la cabeza, pero tampoco me molesto en esconder la cara.

Ella se sienta en la cama a mi lado.

—¿Qué pasa?

Todo, casi digo en voz alta. El hecho de que amo a un hombre y no puedo decírselo. El hecho de que estoy petrificada de decírselo con la idea de que me dejará. El hecho de que a pesar de que dije que tenía que dejarlo, en realidad hacerlo está matando mi alma. Pero en lugar de eso, miento y trato de decirme a mí misma que así es como se supone que debe ser.

—Nada —miento, y mientras lo digo, las lágrimas siguen saliendo— . Estaré bien. —susurro, esperando que mañana sea un día mejor.

Capítulo Veintiuno

BENNETT

—Volveré en una hora —le digo a Andrew mientras salgo de mi oficina. El teléfono comienza a sonar en mi mano mientras camino hacia la puerta—. Hola —digo después de cuatro timbres, sin siquiera comprobar quién es.

—Así que asumo que estás vivo —bromea Travis mientras me río entre dientes, empujando la puerta principal de la oficina y saliendo a la luz del sol. El calor me golpea de inmediato cuando el sol me quema, haciéndome quitarme la chaqueta del traje.

—Estoy vivo —le aseguro mientras abro la puerta del auto y entro, encendiéndolo de inmediato. Lanzo la chaqueta de mi traje en el asiento del pasajero, el Bluetooth se conecta de inmediato, así que pongo mi teléfono en el portavasos.

—Han pasado dos semanas —dice, y vuelvo a apoyar la cabeza en el asiento y cierro los ojos.

Han pasado dieciséis días, para ser exactos, pero ¿quién cuenta? casi digo.

—Lo sé. He estado abrumado con el trabajo —respondo.

La única gracia salvadora de todo esto es que estoy en medio de la fusión más grande de mi vida. Dos de las compañías tecnológicas más grandes se están fusionando, y ha sido todo manos a la obra desde que llegaron a nosotros. Es un trato único en la vida, y aunque pasaba más de ocho horas en la oficina y llegaba a casa completamente cansado, todavía odiaba entrar a mi casa. No iba a ningún lado excepto al dormitorio. Duermo un máximo de cinco horas, a veces menos, y cuando termino de dar vueltas, me levanto y me dirijo a la oficina.

—Me imaginé. —Suspira—. Sé que esto es extraño, pero estamos organizando una fiesta de cumpleaños para Charlotte, y Harlow dijo que si no vienes, enviará a su padre a buscarte con su arma.

No puedo evitar reírme con esa imagen.

—Yo no soy a quien él quiere dispararle. —Hago la broma, pero la idea de ir a la fiesta de cumpleaños me hace arder el estómago.

—Oye —dice—. Cada día le estoy empezando a gustar un poco más. —Se ríe.

—¿Es eso lo que sigues diciéndote a ti mismo? —Toco el volante con nerviosismo, tratando de pensar en una excusa.

—¿Es esta tu forma de decirme que estás tratando de cambiar de tema? —me pregunta de vuelta. Debería haber sabido que vería a través de la distracción.

—Y aquí estaba pensando que era tan inteligente. —Me río—. ¿Aceptarías un tal vez? —digo finalmente.

—¿Tengo una opción? —Él se ríe.

—¿Por qué no le preguntas primero a Presley y ves cómo se siente? Lo último que quiero es que se sienta incómoda. —Cierro los ojos solo diciendo su nombre.

El dolor en mi pecho es casi tan fuerte como cuando le dije que la amaba, lo cual, según Google y el artículo *Cómo sanar un corazón roto,* ya debería estar aprendiendo a vivir con eso. También debo señalar que todavía estoy en el primer paso, que es tomarme un tiempo para hacer el duelo.

—Eres un buen, buen hombre, Bennett —dice Travis.

—Me alegro de que al menos uno de nosotros piense eso —digo y salgo del estacionamiento. Mi estómago se llena de nudos, sabiendo que, en menos de treinta minutos, voy a verla—. Házmelo saber.

—Lo haré —dice—. Te llamo más tarde. —Él cuelga.

Me dirijo al consultorio del médico, preguntándome todo el tiempo si tal vez debería traerle algo de beber o algo de comer. Decido no hacerlo porque no quiero que sienta que me estoy excediendo. Cuando llego al estacionamiento, busco su auto, pero no lo veo. Pienso en esperarla en mi auto, pero luego creo que podría hacerme parecer como si la estuviera acosando. Al salir del auto, guardo el teléfono en mi bolsillo delantero mientras me subo las mangas de mi camisa blanca abotonada.

Me paso la mano por el pelo cuando entro en el consultorio del médico. Mis ojos recorren la habitación y veo que hay una persona sentada leyendo una revista. La recepcionista levanta la vista de su escritorio y me sonríe.

—¿Puedo ayudarlo?

—Me reuniré con Presley Baker aquí —explico, mirando mi reloj y viendo que llego diez minutos antes.

—Ella no ha llegado todavía. —Sonríe—. Si quieres, toma asiento y espérala.

—Gracias —le digo, asintiendo hacia ella. Me acerco a una de las sillas de la sala de espera, saco el teléfono de mi bolsillo y me siento. Pongo mi tobillo izquierdo en mi rodilla derecha, sacando su nombre en mi mensaje de texto.

La última vez que le envié un mensaje de texto fue el sábado, y fue solo para ver si estaba bien. Ella respondió un par de horas más tarde, diciéndome que estaba bien. Eso fue todo. Afortunadamente, estaba en la oficina y había gente alrededor, así que no podía pensar en eso, pero estaría mintiendo si dijera que no quería enviarle mensajes de texto todos los días para preguntarle si estaba bien. Lo peor de todo esto es que ella también era una de mis mejores amigas.

Le envió un mensaje de texto, mi mano se pone sudorosa mientras lo escribo.

Yo: Estoy aquí.

Exhalo una respiración profunda, y el teléfono vibra en mi mano, y veo que es ella.

Preciosa: ¡En camino!

Abro Instagram en mi teléfono, desplazándome mientras la comida en mi estómago comienza a moverse nerviosamente. Mi cuerpo está en alerta máxima por ella. La puerta se abre, miro hacia arriba, y todo en mí casi da un suspiro de alivio cuando la veo. Se quita las gafas de sol y mira

alrededor de la habitación buscándome. Le sonrío con fuerza, mi polla ya entra en acción como si fuera a reunirse con su mejor amiga.

Ella levanta su mano en un gesto hacia mí, caminando hacia la recepcionista. Su cabello negro está perfectamente peinado y suelto, su vestido rosa claro de una sola pieza, corto, con mangas con volantes, que lleva puesto, fluye a su alrededor y le llega casi hasta las rodillas. La faja en su cintura está atada a un lado, y lleva un reloj de oro en una muñeca y brazaletes de oro en la otra. Mis ojos recorren sus tacones que están altísimos, y todo lo que puedo pensar es hombre, ella es jodidamente preciosa.

Habla con la recepcionista y yo trato de calmar mi respiración y mi corazón. Me mentiría a mí mismo si dijera que no estuve esperando este momento durante los últimos dos días. Lo reproduje una y otra vez en mi cabeza. El plan era ser indiferente con ella. Jugar tranquilo y calmado. Mientras tanto, por dentro estaba frenético y nervioso. Se da la vuelta y viene en mi dirección, y veo que sus ojos azules son más oscuros de lo que suelen ser. Me levanto y me detengo antes de inclinarme y besar su mejilla.

—Hola —la saludo, esperando a que se siente antes de volver a sentarme.

—Hola —dice ella, poniendo su bolso en su regazo y cruzando las piernas—. ¿Llegaste aquí cuando enviaste un mensaje de texto o estuviste esperando mucho? —Se gira para mirarme y veo que sus manos tiemblan un poco. Me pregunto si está tan nerviosa como yo.

—No. —Niego con la cabeza—. Justo cuando te envié un mensaje de texto. —Ella asiente hacia mí, y es la conversación más incómoda que hemos tenido—. ¿Cómo estás? —Casi gimo interiormente por lo horrible que suena.

—Estoy bien —dice, y la enfermera nos salva llamándola por su nombre. Presley se levanta y la sigo al consultorio del médico.

—¿Cómo nos sentimos? —la enfermera le pregunta mientras espera que entremos a la habitación y nos sigue.

—Bien —confirma Presley—. Un poco cansada. —Mi cuello hormiguea cuando escucho esto. ¿No está durmiendo bien? ¿Sigue teniendo náuseas matutinas? ¿Está comiendo adecuadamente?—. Creo que es sobre todo porque estaba aburrida de quedarme en casa. —Esta es información nueva para mí, ya que pensé que estaba trabajando.

—Es totalmente normal. Su cuerpo está pasando por muchos cambios —dice la enfermera—. Puedes ponerte la bata. —Señala la bata de hospital sobre la mesa de exploración—. Regresaré para tomarte los signos vitales.

Miro alrededor de la habitación, viendo que no hay lugar para que ella se cambie. Hay un escritorio en la esquina con una computadora, una mesa de examen y una máquina de ultrasonido.

—Voy a esperar afuera mientras te cambias. —Mi boca se seca cuando la imagino desnuda.

—Te llamaré cuando termine —dice, sin mirarme, y la veo parpadear muy rápido. Abro la puerta y salgo al pasillo. Apoyo la cabeza en la puerta marrón, cierro los ojos y trato de decirme a mí mismo que es Presley y, sin importar lo que suceda, seguimos siendo solo nosotros—. Terminé —anuncia, y abro la puerta, volviendo a la habitación a tiempo para verla subirse a la mesa de examen.

Sus manos tiemblan, y cuando la miro, sus ojos se ven como si hubiera estado llorando. Estoy a punto de preguntarle si todo está bien, pero entra el médico.

Me muevo a un lado, sin saber dónde pararme. Odio esto. Odio que nos hayamos convertido en estas dos personas que solían hablar de todo y de nada, y ahora ni siquiera puedan decirse cinco palabras sin que sea incómodo.

—Buenas tardes —dice la doctora, caminando hacia la mesa en la esquina. Mueve el mouse mientras la computadora se enciende y comienza a leer las notas—. ¿Veo que fuiste a la sala de emergencias por una hemorragia? —pregunta, mirando a Presley, quien solo asiente con la cabeza. Levanta la mano hacia el rabillo del ojo mientras se limpia una lágrima. Pongo la mano en mi bolsillo, mi estómago llenándose de nudos—. ¿Cómo has estado desde entonces?

—He estado bien desde entonces. Sin sangre —le responde al médico.

—¿Hay alguna razón por la que estaba sangrando? —le pregunto a la doctora, y ella sonríe con tristeza y se encoge de hombros.

—Podría deberse a un montón de razones o ninguna razón en absoluto. —afirma, volteándose para mirar el gráfico—. La buena noticia es que se detuvo y veo que escucharon los latidos del corazón. —Presley sonríe ahora cuando la doctora menciona los latidos del corazón, y es una sonrisa que ilumina todo su rostro. Es una sonrisa que me hace sonreír—. Bien, vamos a ver lo que está pasando allí.

Presley se recuesta en la mesa, y me muevo a un lado de ella, pero me mantengo lo suficientemente lejos para no entrometerme en su espacio. Veo que la doctora le levanta la bata del hospital y me obligo a no mirarla.

—Esto estará frío —dice la doctora mientras toma la botella blanca y luego exprime el gel en el estómago de Presley.

Agarra la pieza de mano, la levanta y la mueve alrededor del estómago de Presley. Allí, en medio de la pantalla, veo al bebé.

—Ahí está el bebé —dice, y no puedo evitar sonreír mientras miro a Presley, que tiene una mano sobre su cabeza y la otra sostiene la bata de hospital en medio de su pecho. Ella no solo está sonriendo. Ella está radiante mientras ve a nuestro hijo flotar, yendo de lado a lado.

—Es tan extraño que no puedo sentir nada de ese movimiento —dice en voz baja.

—Por lo general, sucede alrededor de las dieciocho o veinte semanas, dependiendo —dice la doctora mientras hace clic en los botones de la máquina. La mueve hacia arriba y hacia abajo sobre su estómago, de lado a lado, y luego presiona un botón, y ahora se escucha un sonido sibilante—. Ese es un latido fuerte. Ciento cuarenta y dos latidos por minuto. —Presiona más botones y la máquina escupe algo.

—¿Es ese un latido normal? —pregunto—. ¿O es demasiado alto?

—Varía de ciento diez a ciento sesenta, según el niño —me responde.

Le quita la varita a Presley, le limpia el estómago y luego la máquina antes de volver a encender las luces. Presley se sienta ahora, dejando caer su vestido.

—Aquí hay algunas fotos más. —Se las entrega a Presley, quien solo las mira—. ¿Tienes alguna pregunta para mí? —dice la doctora, volviendo al escritorio y escribiendo cosas.

—Tengo una pregunta. —Levanto mi mano como si estuviera en la escuela y saco mi teléfono.

—Sí, todavía puedes tener sexo. —La doctora se ríe, y yo me río nerviosamente por ese comentario.

—Esa no era la pregunta, pero es bueno saberlo. —Asiento con la cabeza y miro a Presley, que solo pone los ojos en blanco—. Estaba leyendo en línea que, con el sangrado, ¿el embarazo podría ser de alto riesgo?

—Por lo que veo, no lo creo —dice la doctora—. Pero aún es demasiado pronto para saberlo. Mi consejo es que escuches a tu cuerpo. —Se gira para mirar a Presley—. Si tu cuerpo dice que estás cansada, siéntate y descansa. Si tienes toda la energía y quieres dar un paseo, entonces hazlo.

—Es bueno saberlo —dice Presley, poniendo su mano sobre su estómago—. Me he mantenido vigilante desde el hospital, solo voy a trabajar dos veces por semana, pero principalmente estoy sentada.

—Estás haciendo todo lo que tienes que hacer. —La doctora se levanta—. Te veré en un mes, y si tienes alguna pregunta, puedes llamarme. —Ella sale de la habitación y miro a Presley.

—¿Estás bien? —pregunto, y ella asiente con la cabeza.

—Todavía es una locura que el bebé se mueva tanto y yo ni siquiera sienta nada. —Ella ríe—. Incluso si me pongo la mano en el estómago, ni siquiera siento un aleteo. —Se baja de la mesa de examen—. Aquí tienes. —Me pasa las fotos. Nuestros dedos se rozan y siento un hormigueo en todo el brazo. La miro para ver si está tan afectada como yo. Pero ella se aleja con la misma rapidez—. Puedes mirarlas mientras me cambio.

Capítulo Veintidós

PRESLEY

—Aquí tienes —le digo, bajándome de la mesa de examen y entregándole las imágenes de la ecografía. Nuestros dedos se rozan, y casi se siente como si una descarga eléctrica recorriera mi cuerpo. Aparto rápidamente la mano y me giro para que no vea las lágrimas que se forman en mis ojos—. Puedes mirarlas mientras me cambio —le digo en voz baja, mirando mi vestido que colgué en el gancho.

—Te espero afuera —dice, y espero hasta que escucho el sonido de la puerta cerrándose detrás de él antes de acercarme a la silla y sentarme. Mi respiración se está entrecortando ahora.

—Mierda, mierda, mierda —digo una y otra vez mientras cuento hasta veinte, y cuando eso no funciona, cuento hasta cincuenta.

Desde que entré en esta oficina y lo vi, todo mi cuerpo ha estado en alerta máxima. Han pasado más de dos semanas desde que lo he visto, y estaba segura de que no me molestaría tanto como la última vez, pero estaba equivocada. El dolor era, de hecho, incluso peor que antes, lo cual no creía que fuera humanamente posible. ¿Cómo podía doler más de lo que lo hacía antes?

Había días en los que sentía que alguien me golpeaba hasta la mierda. Me dolía cada hueso del cuerpo. Cada paso que daba lo sentía más y más

pesado. Lo único que me mantenía en pie era el bebé. Era la única alegría en mi vida. Pasaba horas en línea buscando cosas que sucedían en este momento.

Me levanto, haciendo mi camino hacia mi vestido que usé solo para él. Mi mano tiembla cuando lo bajo y lo pongo sobre mi cabeza. Atando la cinta alrededor de mi cintura, el pequeño estómago que ha comenzado a salir hace que sea incómodo para mí abrocharme los pantalones, por lo que a menudo uso vestidos. Sonrío mientras pongo mi mano en mi estómago.

—Él te ama tanto. —No puedo evitar decir mientras limpio la lágrima solitaria que sale de mi ojo.

Cada vez que lo extraño, le digo al bebé cuánto lo ama. Lo que sucede unas diez veces por hora en este punto. Durante una noche de inquietud, me metí tanto en la cabeza que el dolor que sentía le rompería el corazón al bebé, así que pasé cinco horas buscando si esto pudiera suceder realmente.

Agarro mi bolso, sin siquiera molestarme en mirarme en el espejo. En todo caso, le echaré la culpa a las hormonas. He estado usando esta excusa durante las últimas dos semanas, y estoy segura de que mis hermanas están listas para intervenir. Cuando abro la puerta, me sorprende verlo apoyado contra la pared, esperándome mientras mira las fotos en su mano.

—Oh —digo—. No pensé que estarías aquí.

Sus cejas se juntan.

—¿Dónde más podría estar?

—No lo sé —respondo, saliendo—. Pensé que estarías en la sala de espera —murmuro. Me detengo y hago otra cita, y él saca su teléfono para

ponerla en su calendario. Toma prestadas unas tijeras de la recepcionista y recorta su foto, entregándome una.

—Creo que voy a conseguir un cuadro por cada mes —dice mientras salimos, y no puedo evitar sonreír y mirarlo—. Eso no es demasiado, ¿verdad?

—Ya comencé el montaje de los ultrasonidos en la pared del dormitorio —le admito mientras nuestro caminar se vuelve más lento a medida que nos acercamos a nuestros autos—. Este es el mío —le digo, señalando el auto.

—Oh, sí —responde y parece como si quisiera decir algo, pero en lugar de eso, me asiente con la cabeza—. Hazme saber si necesitas algo.

—Lo haré —le digo, tragando el bulto y caminando hacia mi auto. No me molesto en mirar para ver si subió a su auto mientras me alejo. Pienso en irme a casa, pero si hago eso, estaré sentada en medio del sofá, así que en vez de eso, me dirijo a la oficina.

Estaciono junto al auto de Clarabella y entro. Puedo oírlas hablar mientras camino por el pasillo.

—Hola —digo, tratando de ser lo más alegre que puedo mientras asomo la cabeza en la oficina de Clarabella. Veo que Shelby está acostada en su sofá con la mano en la cabeza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Clarabella me pregunta, y la miro.

—La última vez que lo comprobé. —Miro a mi alrededor—, trabajo aquí.

—¿No tenías una cita con el médico? —Shelby abre los ojos y me mira.

—Acabo de llegar de allí y la doctora dijo que necesito escuchar a mi cuerpo. —Me siento en una de las sillas vacías—. Así que mi cuerpo me dijo que viniera a trabajar.

—¿Estaba Bennett allí? —Clarabella pregunta mientras se recuesta en su silla.

—Bueno, él es el padre, así que sí, estaba allí —confirmo, ignorando la forma en que mi estómago da vueltas y vueltas cuando pienso en él. En el momento en que lo vi, ni siquiera podía moverme. Se veía aún más guapo que la última vez, y no pensé que fuera posible. Sus mangas estaban arremangadas como siempre, y mis ojos las miraban fijamente, pensando en las veces que solía abrazarme. *Lo di por sentado.*

—¿Le dijiste cómo te sentías o sigues siendo una idiota? —me pregunta Clarabella, y todo lo que puedo hacer es darle el dedo medio.

—¿De qué estaban hablando? —Cambio de tema, y ella solo se ríe de mí.

—¿Cuándo vas a poder reunirte con los clientes? —Shelby resopla cuando ahora se levanta de estar acostada—. No sé cuánto tiempo más podré hacer esto. —Cierra los ojos, y ahora es mi turno de reír.

—¿Qué pasó? —pregunto y miro a Clarabella, quien simplemente sacude la cabeza y se ríe.

—Me reuní con una pareja hoy que se comprometió después de tres semanas. —Shelby levanta ambas manos—. Tengo comida en mi refrigerador más antigua que esa relación. —Ella niega con la cabeza—. De todos modos, están caminando por el lugar, y el chico decide que hoy,

en ese momento, mientras elige cómo pondrían las mesas, preguntarle cuál es su número[1].

—Si yo estuviera allí, le habría dicho que no respondiera —dice Clarabella inexpresiva.

Yo jadeo.

—¿Ella realmente respondió? —Mis ojos se agrandan cuando miro a Shelby, quien rueda los labios y confirma con la cabeza.

—Ella no era el problema —dice Shelby—. Se rio de él y fueron como seis, y pensó que era ella la que tenía el número más alto.

—Ay, dios mío. —Mi mano va a mi boca.

—Sí, pero resulta que él tiene más de cien. Dejó de contar, aparentemente, porque después de cien, ¡es redundante! —Shelby comparte, y todo lo que puedo hacer es mirarla mientras Clarabella se ríe.

—¿Así que no se van a casar? —pregunto, y es entonces cuando Clarabella comienza a golpear su escritorio en un ataque de risa.

—No —dice Shelby—. Ella pensó que era la cosa más romántica del mundo que él la elegiría para siempre.

—Maldita sea —digo—. ¿No es como una regla nunca decir tu número?

—Le dije a Luke —dice Clarabella—. Eran más de cinco.

—Quiero decir, Ace lo sabía antes de que nos casáramos —declara Shelby y luego inclina la cabeza hacia un lado—. ¿Por qué? ¿Cuál es tu número?

---

[1] Aquí la pregunta hace referencia al número de parejas sexuales que ha tenido.

—Um —digo, pensando en mentirles, pero sabiendo que probablemente verán a través de mí.

—Oh, Dios mío —dice Clarabella—. Perra sucia.

—Difícilmente —digo, preparándome—. Uno. —En el momento en que digo el número, se puede escuchar caer un jodido alfiler.

—¡Estás mintiendo! —Eso es lo primero que me grita Clarabella y niego con la cabeza.

—¿Cómo es eso posible? —Shelby jadea—. Estabas en Tinder.

—¿Y? —cuestiono—. No todos los que van a Tinder lo hacen por sexo.

—Entonces, saliste en citas —dice Clarabella.

—Lo hice, pero eso no significaba que tenía que acostarme con ellos. —Me levanto ahora.

—Eres una idiota —dice Shelby, levantándose—. Pasaste los últimos doce años durmiendo con un hombre con el que ahora vas a tener un hijo, y me vas a decir que no tienes ningún sentimiento por él.

—Por supuesto que tengo sentimientos por él —le digo, tragando. *Lo amo,* mi cabeza grita—. Pero también sé que quiere el paquete completo con una cerca blanca y June Cleaver en la cocina. —Ignoro el escozor que comienza en mis ojos—. Así que es lo que es. Ahora voy a ir y ver si consigo algo de comer.

Me giro para salir.

—O puedes enviarle un mensaje de texto a Bennett y pedirle que salga a comer contigo y decirle. —Ni siquiera escucho el resto de lo que Shelby tiene que decir antes de que termine la oración.

Todos los sábados como un reloj, suena el teléfono y veo su nombre. Y cada segundo después de eso durante los próximos tres días, no puedo ponerme en orden. Es solo el tercer sábado que no hay mensaje de texto, y sé que es porque los dos vamos a estar en la fiesta de cumpleaños de Charlotte.

Paso demasiado tiempo eligiendo mi atuendo, asegurándome de que mi maquillaje sea perfecto, y cuando me pongo el vestido de algodón azul oscuro sin mangas, sonrío. Quiero decirme a mí misma que estoy sonriendo porque voy a ver a la familia hoy, pero en el fondo, sé que estoy sonriendo porque voy a ver a Bennett. También ignoro la idea de que se siente y me hable.

Estaciono mi auto y tomo el regalo de la camioneta cuando el hermano de Harlow, Reed, sale por la puerta principal.

—Hola —dice, levantando la mano para saludarme mientras sonríe—. Mi padre me mandó aquí a buscar el regalo y me dijo que, si no te lo quitaba, me patearía el trasero.

No puedo evitar reír.

—Bueno, ¿no eres un caballero? —digo, besando su mejilla cuando se acerca—. ¿Cómo estás? —pregunto mientras toma la caja de mí, y subimos los escalones.

Tan pronto como pongo un pie dentro de la casa, veo el caos. Tiene que haber más de cincuenta personas aquí.

—¿Por qué no hicimos esto en el lugar de eventos? —le pregunto a Travis cuando me ve.

—Queríamos una aventura íntima. —Él rueda los ojos—. Por cierto —dice y mira hacia abajo, y puedo ver que está nervioso por algo—. Solo quería avisarte que viene Bennett.

Me río.

—Supongo que sí. Es tu mejor amigo.

—También podría traer a alguien —dice, y todo mi cuerpo se convierte en hielo. Mi estómago se hunde a mis pies, y siento un hormigueo recorriendo todo mi cuerpo. También creo que me voy a enfermar—. Puedo decirle que no venga.

—No. —Niego con la cabeza y pongo la sonrisa falsa más grande en mi cara que jamás haya puesto—. Está bien. —Miro a mi alrededor—. Voy a ir a ver si puedo encontrar a mamá. —Él me mira y me deja ir. Si me hubiera quedado allí más tiempo, podría haber estallado en lágrimas.

Salgo de la casa hacia el patio trasero, y lo único que pasa por mi cabeza es largarme de aquí. Miro hacia abajo y camino hacia el lado de la cerca, esperando que nadie me detenga. Le enviaré un mensaje de texto a Clarabella y le diré que no me sentía bien.

En el momento en que escapo del patio sin que me vean, camino hacia mi auto. Mi cabeza está inclinada, y ni siquiera lo veo antes de encontrarme cara a cara con él y su cita.

Capítulo Veintitrés

BENNETT

—¿Estás seguro de que esto está bien? —pregunta Clarissa a mi lado mientras caminamos por el césped hacia el patio trasero.

—Por supuesto. —Le sonrío—. Llamé antes y pregunté solo para asegurarme. —Miro hacia abajo y luego miro hacia arriba de nuevo, y la veo caminando hacia mí. Mi corazón se detiene en mi pecho cuando la veo, como cada vez. Estoy mirándola mientras se acerca a mí. Pasan un par de segundos antes de que mire hacia arriba y veo que sus ojos son de un azul más oscuro. Por lo general, cuando algo la molesta, se vuelven de ese color—. Hola. —Levanto mi mano mientras nos acercamos lo suficiente.

—Hola. —Ella pone la sonrisa más falsa que he visto en ella.

—¿Te ibas? —pregunto, mirándola con el bolso en la mano.

—Oh, no. —Ella niega con la cabeza—. Olvidé mi teléfono en el auto.

—¿Quieres que vaya a buscarlo? —Señalo su auto con el pulgar.

Ella vuelve a negar con la cabeza.

—No, está bien. —Ella mira hacia abajo—. Deberías entrar allí. —Ninguno de los dos dice nada más, y se vuelve muy incómodo. No quiero alejarme de ella. Tenía la esperanza de que, dado que nos íbamos a ver, nos sentáramos y conversáramos.

—Hola —nos interrumpe Clarissa y le tiende la mano a Presley—. Soy Clarissa —dice, sonriendo.

—Soy Presley —responde Presley, extendiendo una mano, y veo que la mano que sostiene su bolso, tiene sus nudillos blancos—. Encantada de conocerte. —Ella estrecha la mano de Clarissa por un par de segundos—. Si me disculpas, quiero volver allí antes de que se queden sin comida.

Mis cejas se juntan ante este comentario porque no hay forma de que ninguna de sus fiestas se quede sin comida. Nunca. Presley evita hacer contacto visual conmigo mientras camina alrededor de Clarissa y se dirige a su auto. Me tomo un segundo más para mirarla, y si fuera por mí, esperaría a que ella fuera a su auto y regresara, pero Clarissa dice:

—¿Vamos a entrar ahí? —La miro.

—Sí. —Asiento y me giro para caminar hacia el patio trasero.

En el momento en que se abre la puerta, mostrándome la fiesta, mi boca casi toca el suelo. Tiene que haber unas cuatro o cinco cosas hinchables configuradas con niños corriendo por todo el lugar. No hay una, sino tres barbacoas colocadas una al lado de la otra al otro lado del patio. También hay una pequeña tienda de campaña donde veo a los abuelos de Harlow sentados. Su abuelo es la imagen de un vaquero. Nunca lo he visto sin el sombrero puesto. Incluso en su boda, lo usó. También una mirada de él cuando está enojado, y sabes que te va a dar una paliza.

—Ahora esto es una fiesta de cumpleaños. —Clarissa se ríe a mi lado, y no se equivoca.

—Obviamente, es una situación de "hazlo a lo grande o vete a casa". —Me río mientras mis ojos recorren el patio para ver si veo a Travis o a Harlow en alguna parte. También me paro cerca de la puerta, esperando en secreto a que Presley regrese para asegurarme de que está bien. Pero Clarissa comienza a caminar más hacia el patio, y tengo que seguirla.

—Ahí estás. —Escucho desde un lado y veo a Travis caminando hacia mí—. Me preguntaba cuándo llegarías aquí —dice con los labios entre los dientes apretados.

Cruzo los brazos sobre mi pecho.

—Solo querías a alguien en tu esquina.

Se burla de mí.

—No. —Él niega con la cabeza—. Tengo a Billy. —Hace un gesto con la cabeza hacia el abuelo de Harlow—. Y estoy seguro de que Olivia no dejaría que me dispararan.

—Clarissa. —La presento, mirándola—. Este es mi mejor amigo, Travis.

—Encantado de conocerte —le dice Clarissa.

—¿Conseguiste algo de beber? —nos pregunta Travis.

—Acabamos de llegar —digo, y miro a mi alrededor, tratando de ver si Presley volvió a entrar—. Iré a buscar algo de beber. —Doy la excusa para poder alejarme—. ¿Qué quieres beber? —le pregunto a Clarisa.

—Agua está bien —dice, y yo asiento hacia ella.

—Hagas lo que hagas. —Me inclino y trato de susurrar, pero con tanta gente aquí no existe tal cosa como susurrar—. No bebas el té dulce.

Travis se ríe.

—Ese té dulce es la forma en que dormí con Harlow en mi supuesta noche de bodas.

Niego con la cabeza.

—Puedes explicárselo a Clarissa —digo, riéndome mientras camino por el patio y me dirijo al interior para ver si tal vez ella está allí.

Tan pronto como entro, veo aún más gente. Sabía que Harlow tenía una gran familia, pero tenerlos a todos juntos es exagerado. Zigzagueo entre tanta gente, finalmente veo a Harlow.

—Oye, ¿has visto a Presley? —le pregunto, mirando a mi alrededor para ver si está sentada en algún lugar, y no la veo.

—Fue al baño —me dice, y está a punto de decir algo más cuando alguien la llama por su nombre—. Mierda —dice, alejándose de mí.

Voy al baño y veo la puerta cerrada. Estoy decidiendo mentalmente si me quedo junto al baño como un mirón o simplemente vuelvo a la sala de estar y espero a que abran la puerta. Ella jadea cuando me ve parado aquí.

—Oh, Dios mío, me asustaste hasta la mierda —dice, y me encanta lo que lleva puesto. El azul del vestido hace que sus ojos se destaquen aún más.

—Lo siento. —Le sonrío—. Solo estaba viendo si estabas bien. —El eco de los latidos de mi corazón ahora está llenando mis oídos. Mi estómago se siente como si se estuviera moviendo hacia mi garganta—.

No te envié un mensaje de texto hoy. —Mi cabeza me grita que me calle la boca, pero mi boca decide que hoy es un buen día para vomitar palabras—. Sé que generalmente te envío un mensaje de texto, pero pensé que, dado que estaríamos aquí, sería mejor preguntarte en persona. —*También me preguntaba si querías sentarte y hablar,* quiero agregar, pero no lo hago.

—El bebé está bien —dice, mirándome, y puedo ver que sus paredes están levantadas. Sus ojos no me dan nada, pero se ven un poco rojos.

—Está bien, es bueno saberlo —digo, poniendo mis manos en mis bolsillos antes de hacer algo estúpido como pasar mi brazo alrededor de su cintura y besarla tal como he estado soñando durante el último maldito mes—. Pero yo estaba preguntando ¿Si tú estás bien?

—Estoy totalmente bien. —Ella traga—. Deberías volver con tu cita.

Solo la miro mientras dejo que sus palabras se reproduzcan en mi cabeza dos veces.

—No es que sea de tu incumbencia. —Mi corazón se rompe al decir eso porque quiero que sea asunto de ella. Quiero que le importe—. Pero ella es solo una amiga. —Me doy la vuelta y me alejo antes de decir algo de lo que me arrepienta.

Agarro un par de botellas de agua y salgo de la casa. Miro a mi alrededor en busca de Clarissa, pero veo que está hablando con los primos de Harlow. Me acerco a una de las sillas del otro lado donde no hay nadie y me siento. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos mientras exhalo.

—¿Qué estás haciendo, escondiéndote? —Oigo a Travis y miro hacia arriba para verlo caminar hacia mí.

—No. —Lo niego, sacudiendo la cabeza—. Solo… —Dejo las botellas de agua a mis pies y luego apoyo mis codos en mis rodillas—. Es jodidamente… —Ni siquiera puedo decir las palabras. Todas se atascan en mi garganta—. Me estoy muriendo por dentro. —Finalmente lo digo en voz alta, y realmente desearía no estar aquí en este momento—. Cada maldito día, espero que mis sentimientos por Presley se debiliten, pero luego la veo, y son mucho más fuertes. —La opresión en mi pecho hace que sea aún más difícil para mí respirar.

—No sé qué decir —dice en voz baja, y lo miro—. Ojalá tuviera la respuesta para ti.

—Bueno, bueno, bueno. —Escucho y veo a Clarabella y Shelby viniendo hacia nosotros—. ¿Qué están haciendo ustedes dos? —pregunta Shelby.

—Simplemente disfrutando de la fiesta. —Travis me cubre mientras las dos ahora se paran frente a mí.

—Tengo que decirlo. —Clarabella me fulmina con la mirada—. Tienes muchas bolas al traer una cita hoy.

—¿Una cita? —digo de nuevo, confundido—. Ella no es mi cita. —Niego con la cabeza—. Estudiamos juntos. Es mi compañera de trabajo de fuera de la ciudad. Se suponía que regresaría a casa con su esposo ayer, pero eso cambió. —Las miro a ambas mientras me miran con la boca abierta ahora—. Estamos finalizando la fusión mañana, así que se quedó y, en lugar de dejarla sola en una habitación de hotel, la invité aquí.

—¿Así que no estás saliendo con ella? —Shelby solo pide una aclaración, y no puedo evitar mirarla estupefacto.

—¿Te perdiste el punto en el que ella regresa a casa con su esposo? —La miro—. ¿Por qué diablos traería una jodida cita aquí? —Levanto las manos con frustración.

—Bueno, no lo sé. —Clarabella pone los ojos en blanco—. Tal vez porque puedes. —Bufa—. Tal vez para que Presley vea que has seguido adelante.

—Sí, seguí adelante —le digo sarcásticamente—. Seguí adelante en qué, un mes.

—¿Qué diablos se suponía que íbamos a pensar? —Shelby chilla—. Apareces con una mujer. Asumimos que se trata de una cita.

—Así que ustedes piensan que no solo estoy saliendo después de estar enamorado de su hermana por, no sé, casi toda mi vida, sino que la traeré aquí a la fiesta de su familia. —Las miro a las dos—. ¡Vaya!

—Quiero que quede constancia de que dije que sabía que él no lo haría —interrumpe Travis, y lo miro de reojo.

—Yo nunca le haría eso a ella —le digo en voz baja.

—Ella solo... —dice Shelby en voz baja—. Ella lo está resolviendo.

—¿Lo está haciendo? —pregunto, levantándome—. Porque ella parece estar bien.

—Ella solo necesita espacio —explica Clarabella, y hago un chasquido—. Ella se preocupa por ti.

—Oh, qué bueno —digo, aplaudiendo—. Ella se preocupa por mí. Justo lo que quería escuchar.

—Está bien, tal vez esa no fue la palabra correcta para usar —sisea Shelby, mirando a Clarabella.

—¿Sabes qué? Nada de esto está bien. —Levanto la mano—. Nada acerca de esto está bien. —Me agacho y agarro las botellas de agua—. Ahora, si me disculpan, tengo que volver con mi amiga. —Miro a sus hermanas—. No mi cita.

Ambas cruzan los brazos sobre el pecho y ponen los ojos en blanco.

—De repente, es un comediante.

—Lo que sea —respondo y comienzo a alejarme antes de darme la vuelta—. Además, ¿puede alguien ir y asegurarse de que esté bien?

—¿A quién quieres que revisemos? —Clarabella rueda los ojos—. ¿A la mamá de tú bebé o tú cita?

Travis se ríe, y todo lo que puedo hacer es sacarle el dedo medio mientras me doy la vuelta y me alejo.

—¡Te amamos! —grita Clarabella.

—Genial —murmuro por lo bajo—. Bueno, al menos una de ustedes lo hace —digo, acercándome a Clarissa y obligándome a no buscarla. Todo el tiempo, todo lo que puedo hacer es escuchar la voz de su hermana una y otra vez en mi cabeza. "*Ella se preocupa por ti*".

Capítulo Veinticuatro

PRESLEY

Me siento en la silla en el patio trasero, contando los minutos hasta que pueda irme sin que sea obvio que me voy porque me incomoda que Bennett traiga una cita.

Miro y veo a Harlow charlando con Clarissa. Mi estómago arde, y llevo la botella de agua a mis labios, deseando que fuera algo más fuerte. En el momento en que se presentó, quise largarme de allí. Olvida que me senté en el auto durante cinco minutos hablándome a mí misma.

¿Qué hice? Me dije a mí misma que se joda, esta es mi familia, y luego entré y fui al baño, donde lloré un poco y luego me aseguré de que me veía semi bien antes de abrir la puerta. Casi me cago encima cuando lo vi. Verlo parado allí con sus jeans negros y la camiseta de algodón con los brazos a la vista hizo que todo dentro de mí se iluminara. Todo lo que quería era saltar a sus brazos. Todo lo que quería era sus labios sobre los míos. Todo lo que quería era que él fuera mío. Pero él siguió adelante.

—¿Estás malhumorada? —Clarabella se acerca y se sienta a mi lado. Seguida por Shelby, que se sienta a mi otro lado.

—Esto se llama relajación —les informo, tomando un sorbo de agua—. Y mantenerme en mi camino.

—Lo llamo si las miradas mataran —dice Shelby y hace un gesto con la barbilla hacia Clarissa, que encaja con todos. Sonríe, se ríe y es bonita.

La odio.

—No estoy mirando nada. —Giro la cabeza, mirando al otro lado.

—Querías esto —me recuerda Shelby, y cometo el error de mirar al otro lado y ver a Bennett sentado con los chicos. Esta sentado en el medio con Travis a un lado y Ace al otro. Luke se sienta al lado de Ace. Ace dice algo, y los cuatro se ríen, y no puedo evitar que se me escape una lágrima solitaria—. Tú querías que él fuera libre.

—Sí —le digo, tragando el nudo en mi garganta—. Bueno, ahora obviamente ha seguido adelante. —Levanto la mano. Observé el rostro de Clarissa cuando dije mi nombre para ver si había un destello de que ella sabía quién era yo, pero no hubo nada. Ella no sabía quién era, y tenía más preguntas en mi cabeza.

¿No mencionó al bebé? ¿No mencionó que estuvo conmigo durante tanto tiempo? ¿No salió a relucir su pasado? ¿Cuánto tiempo han estado juntos? ¿Salieron juntos cuando él estaba en la universidad? ¿Habían salido antes? Me estaba enfermando literalmente con todas estas preguntas, y todo lo que quería hacer era ir a casa y estar en la seguridad de mi habitación.

—Estás tan llena de mierda —dice Clarabella—. Ni siquiera puedes tratar de decirme que esto no te molesta. —No le contesto porque no puedo. El nudo en mi garganta es tan grande que no sale nada—. No puedes decirme que no te molesta que esté aquí con otra mujer.

—Un día, realmente va a seguir adelante —dice Shelby, y la miro confundida—. ¿Y luego qué?

Estoy a punto de responderle cuando veo a mi madre acercándose a nosotras. La sonrisa en su rostro es cualquier cosa menos amistosa. Es casi como si fuera una de sus miradas.

—Oh, mierda —dice Shelby cuando finalmente ve a nuestra madre—. Esa sonrisa es la misma que tenía cuando Clarabella se escapó de su boda.

—Yo jodidamente no escapé —se defiende Clarabella entre dientes—. Me fui rápido.

—¿Así que aquí es donde estás? —Mi madre mira a su alrededor para asegurarse de que no haya nadie antes de que la sonrisa desaparezca de su rostro—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué parece que está haciendo? —Shelby le responde—. Está entrenando para ser una atleta olímpica en gimnasia. —Ella pone los ojos en blanco—. Obviamente.

—Tú —dice mi madre entre dientes—. Ve a asegurarte de que tu esposo esté bien.

—Está bien —dice Shelby—. Está sentado con los otros esposos y el papá del bebé de Presley. —Juro que, si pudiera salir vapor de los oídos de mi madre, ahora sería el momento.

—¿Cómo puedes permitir que esto suceda? —Mi madre me mira por un segundo, antes de girarse y sonreír a las personas que ve mirándonos.

—¿Cómo puedo permitir que suceda qué? —pregunto. Hoy ha sido un día difícil, y estoy emocionalmente desgastada. Estoy mentalmente agotada, y para colmo, solo quiero sentarme a llorar.

—Él trae a estas mujeres al azar a los eventos —dice con una sonrisa y apretando los dientes.

—Oh, Dios, mamá —gime Shelby.

—Él nunca ha llevado a una mujer a ningún evento —dice Clarabella, y solo la miro—. Excepto hoy, pero...

—Pero nada —dice mi madre—. ¿Cómo te vas a sentir cuando haga desfilar a estas mujeres frente a tu hijo?

—Teniendo en cuenta que mi hijo está actualmente en mi útero y no tiene idea de nada de lo que está sucediendo aquí. —Hago un círculo con la mano—. Voy a decir que por ahora está bien.

—¿Qué pasará cuando se ponga serio con una chica? —dice mi madre, y mi estómago se contrae—. ¿Entonces qué?

—Mamá, a ella no le importa —Shelby repite mis palabras y quiero gritarle—. Esto es lo que ella quiere.

No, no lo es. Casi grito, pero en cambio me levanto.

—Mamá. —Le doy un beso en la mejilla—. Gracias por cuidar de mí. —Parpadeo para quitar las lágrimas—. Pero no nos apresuremos. Esta podría ser su primera cita.

—O tal vez no —dice Shelby.

—Me voy a ir —respondo—. ¿Le dirán adiós a Travis y Harlow de mi parte?

Clarabella se levanta.

—Te acompaño.

—No. —Niego con la cabeza—. No quiero llamar demasiado la atención sobre mí.

—¿Me llamarás cuando llegues a casa? —Shelby pregunta, levantándose, y yo asiento hacia ella.

Me giro para abrazar a mi madre.

—Gracias por cuidarme, mamá. —Pongo mi cabeza en su hombro—. Y por hacerme mi pastel de pollo favorito mañana.

—Ohhh, yo también quiero un poco de eso —dice Shelby—. Yo voy.

—Es domingo —dice Clarabella—. Ustedes saben que es mi momento especial.

—No puedo creer que todavía te desnudes el domingo. —Niego con la cabeza—. Estás casada con él y te acuestas con él todas las noches.

—Mantiene vivo el romance. —Ella se encoge de hombros y yo me río, agacho la cabeza y subo los escalones de la casa. Entro, contando los segundos hasta que pueda agarrar mi bolso y escapar de esto. Salgo de la casa en silencio y me dirijo a mi auto, sin dejar escapar un suspiro de alivio hasta que finalmente me alejo de la casa.

Estaciono el auto en el camino de entrada, agarro mi bolso y entro. Dejo todo en el suelo tan pronto como entro, me quito los zapatos y voy a la nevera. Mi mano arrebata el jugo de manzana mientras me acerco a buscar un vaso. No sé qué es, pero desde que me enteré de que estaba embarazada, es lo único que quiero beber. También tiene que estar frío y fresco, lo vierto en el vaso casi hasta el borde antes de girar y caminar hacia el sofá.

Tomo un sorbo antes de sentarme y encender la televisión. *Esta es mi vida ahora*, pienso mientras enrosco mis pies debajo de mí. Estoy mirando Netflix cuando siento un pequeño aleteo en el estómago y me detengo.

—Sentí eso —le digo a la habitación vacía, mi corazón se acelera más rápido. Tomo otro sorbo del jugo de manzana y vuelve a suceder. Solo chillo—. Oh, Dios mío, el bebé se está moviendo y lo siento. —Me levanto y mi primer pensamiento es llamar a Bennett, pero me detengo.

—*¿Qué pasará cuando se ponga serio con una chica?* —La voz de mi madre se repite en mi cabeza—. *¿Entonces qué?*

Me siento de nuevo, poniendo mi mano sobre mi estómago.

—*Tú querías eso.* —La voz de Shelby ahora se repite—. *Querías que fuera libre.*

—*Estás tan llena de mierda.* —La voz de Clarabella interrumpe—. *Ni siquiera puedes tratar de decirme que esto no te molesta. No puedes decirme que no te molesta que él esté aquí con otra mujer.*

Vuelvo a poner mi cabeza en el sofá, repasando toda la noche una y otra vez en mi cabeza. No sé cuándo me levanto y subo las escaleras, pero sé a la mañana siguiente, cuando bajo las escaleras, que solo me queda una decisión. Camino hacia mi teléfono y luego camino hacia la isla de la cocina.

Yo: ¿Puedes llamarme cuando tengas un minuto? Todo está bien, solo quería preguntarte algo.

Presiono enviar antes de acobardarme y lo coloco en el mostrador frente a mí. Mis ojos lo miran para ver si lo ha leído. Espero a ver aparecer los tres puntitos y no lo hacen. ¿Quizás está con Clarissa? El solo pensamiento me enferma físicamente mientras corro al baño y vomito.

Abro el agua fría y me lavo la cara antes de volver a salir. Agarrando el teléfono, le envió un mensaje de texto a mis hermanas.

Yo: Código de emergencia, lo que sea, lleven su trasero a la casa de mamá. Clarabella, ponte ropa.

Tan pronto como envío el mensaje de texto, doy la vuelta y corro escaleras arriba, agarrando otro vestido de verano. Este es una blusa sin mangas floral azul bebé. Tiene cintura elástica y me llega hasta los tobillos. Puedo escuchar mi teléfono haciendo ping abajo mientras me lavo los dientes. Me pongo las zapatillas marrones y mi corazón se acelera cuando tomo mi teléfono, preguntándome si Bennett me respondió, pero veo que solo son mis hermanas.

Clarabella: Ya estoy vestida y salgo por la puerta.

Shelby: ¿Qué quieres decir con código lo que sea? Hay colores por una razón.

Clarabella: Debe ser casi terrible si nos pide que la veamos en la casa de mamá.

Shelby: Eso es cierto a menos que sea una emboscada.

Clarabella: ¿Una emboscada para qué?

Shelby: Quizá quiera que tengamos un hijo con ella.

Clarabella: ¿Crees que te van a robar los óvulos y los ovarios?

Ni siquiera puedo con mis hermanas, así que niego con la cabeza.

Yo: Encuéntrenme en casa de mamá. Nadie quiere los óvulos de nadie. Necesito ayuda.

Presiono enviar, caminando hacia la puerta mientras el teléfono vibra en mi mano.

Shelby: Se está muriendo, tiene que ser. Ella nunca ha pedido ayuda.

Clarabella: Oh, Dios mío, tal vez ella necesita un riñón. No sé si puedo darle uno de los míos. ¿Qué pasa si mis hijos lo necesitan?

Shelby: Ahora vas a tener un hijo.

Clarabella: Bueno, en este momento no, pero ¿y si necesitan uno y no lo tengo?

Ni siquiera me molesto en contestar el resto de los textos.

Acabo de llegar a la casa de mi madre. Entro y la encuentro en la cocina.

—Llegas temprano —dice mientras estira la masa para el pastel—. ¿Qué pasó?

—Voy a esperar hasta... —Estoy empezando a decir cuando la puerta se abre.

—Estoy aquí —dice Shelby y luego la puerta se abre de nuevo.

—Estoy aquí con todos mis órganos —dice Clarabella—. Y no voy a compartir. —Ambas caminan hacia la cocina—. Mamá, no puedes obligarme a compartir.

—¿Sobre qué diablos están hablando chicas? —dice mi madre, confundida—. ¿Por qué están todas aquí?

—Les dije que vinieran —explico, y ahora ni siquiera puedo quedarme quieta mientras empiezo a caminar por la cocina—. No sé cómo decir esto. —Sacudo mis manos, los nervios las hacen temblar.

—Ella necesita un riñón —Shelby se inclina y le susurra a Clarabella.

—¡No necesito un riñón! —grito, levantando mis manos—. ¡Creo que estoy enamorada de Bennett! —grito, y toda la habitación se queda en silencio. Ni siquiera creo que estén respirando.

Miro a mis hermanas que me miran, y luego a mi madre, cuyos ojos parecen que se le van a salir de la cabeza. Estoy tan nerviosa que me llevo la mano al estómago y siento que estoy a punto de vomitar de nuevo.

—No jodas —dice Clarabella, sacudiendo la cabeza—. ¿Me vestí para esto?

—Oh, Dios mío —dice mi madre, poniendo sus manos en sus mejillas.

Shelby le da una palmada en el brazo.

—Creo que lo que Clarabella quiso decir fue vaya, esta es una gran noticia. Pero ahora la pregunta es, ¿qué vas a hacer al respecto?

Miro hacia el suelo y luego miro hacia arriba.

—No tengo ni puta idea.

Capítulo Veinticinco

BENNETT

La sala de conferencias está llena. Cada silla está ocupada mientras trabajamos en la fusión. Las botellas de agua están por toda la mesa, y mi cuello me está matando por estar en el mismo lugar durante las últimas diez horas. Miro hacia arriba y veo todas las caras cansadas.

—Estamos en la recta final, gente. —Todos me miran—. ¿Por qué no tomamos diez?

Hay tantos suspiros de alivio cuando digo eso, que les toma un segundo más apartarse de la mesa y estirar las piernas. Me levanto y voy a mi oficina. Mi cabeza palpita suavemente, mi espalda me está matando y todo lo que quiero hacer es cerrar los ojos. Pasé cero minutos durmiendo anoche. Cero. Me recuesto en la silla y cierro los ojos.

—¿Supongo que estás tan cansado como yo? —Mis ojos se abren para ver a Clarissa apoyada contra el marco de la puerta.

—Ojalá podamos terminar esto en la próxima hora y luego puedas volver a casa. —Me balanceo en mi silla de un lado a otro.

—Música para mis oídos. —Ella sonríe—. Gracias por invitarme ayer. Fue genial —continúa—. Y todavía estoy llena.

Me río de eso porque, conociendo a Harlow y su familia, probablemente tuvo que comer cinco veces solo para complacerlos.

—No hay problema —le digo—. Espero que te hayas divertido.

—Fue muy divertido. —Ella se empuja desde el marco de la puerta—. Voy a salir y pararme afuera a ver si puedo ver el sol.

Cierro los ojos de nuevo por solo un segundo. Tal vez llevarla a la fiesta de cumpleaños no fue una gran idea. Fue solo cuando llegué allí y descubrí que Presley pensó que ella era mi cita que realmente me hizo dudar de invitarla. Tampoco ayudó que la Sra. Baker pasara la mayor parte del día mirándome desde el otro lado de la habitación. Eso se mezcló con la conversación con sus hermanas y luego me enteré de que se había ido temprano, yo era un jodido desastre.

—¡Cinco minutos! —Oigo a alguien gritar desde el pasillo y abro los ojos, agarrando mi teléfono para ver si me perdí algo, mi corazón se detiene cuando veo que tengo un mensaje de ella enviado hace unas ocho horas.

Preciosa: ¿Puedes llamarme cuando tengas un minuto? Todo está bien, solo quería preguntarte algo.

Mis dedos están escribiendo la respuesta al mismo tiempo que contengo la respiración.

Yo: Todavía en el trabajo, te llamaré tan pronto como salga.

Mi pie comienza a moverse hacia arriba y hacia abajo cuando veo aparecer los tres puntos y luego aparece otro mensaje.

Preciosa: Está bien. Esperaré tu llamada.

Bajo la mirada a la pantalla. ¿Desde cuándo ha esperado mi llamada?

—Está bien, gente. —Escucho desde el pasillo—. Pongamos este programa en marcha. —Me levanto de la silla y traigo mi teléfono conmigo, por si acaso me responde y en realidad es una emergencia. Los nervios se apoderan de la boca de mi estómago. Vuelvo a sentarme en mi silla en la sala de conferencias.

—Pongamos el espectáculo en marcha —digo, tratando de animar a todos. Miro alrededor de la mesa y los veo a todos concentrados en los papeles que tienen delante—. Tan pronto como terminemos con esto, podemos tomarnos los próximos dos días libres. —Todas las cabezas se levantan para mirarme—. Eso es lo que me gusta ver —bromeo—. Motivación.

—Si terminamos esto en una hora —dice el otro socio—. Agregaré dos días a eso.

—Si terminamos en cuarenta y cinco minutos —respondo—. Tenemos la semana. —Aplaudo—. Ahora vamos.

Mi equipo no juega cuando se trata de tiempo libre. Nos lleva menos de cuarenta y cinco minutos terminar el resto de la fusión. Se han ingresado todas las notas, y cuando me levanto cuarenta y cuatro minutos después con el archivo en la mano, salgo, orgulloso del trabajo en el que acabamos de ocuparnos durante tres semanas. Resoplo mientras salgo de la sala de conferencias y me dirijo a mi oficina. Dejo el archivo y agarro mis cosas, soy uno de los últimos en salir de la oficina.

Está tan oscuro ahora como cuando llegué aquí esta mañana. Me deslizo en el auto y lo enciendo, buscando el nombre de Presley en mi teléfono. Todo dentro de mí está temblando, todo desde mis manos hasta mi corazón. El sonido del timbre llena el auto y ella contesta después de dos timbres.

—¿Hola? —Su voz sale suavemente.

—Hola —digo, mi voz temblando—. Lo siento, acabo de salir de la oficina. —Salgo de la oficina y me dirijo a casa—. Estábamos finalizando una fusión.

—Oh, sí, no te preocupes —dice ella—. Estaba… —Se detiene—. Um… —Puedo decir que está nerviosa por algo—. Me preguntaba si podríamos hablar.

—Um, sí. Estoy de camino a casa ahora. ¿Qué tal mañana? —sugiero, y llego a mi casa y la veo sentada afuera en mis escalones. Me detengo y ella me mira. Lleva el pelo suelto y un vestido floreado azul celeste. Se ve hermosa y brilla.

—¿Qué tal ahora? —pregunta, y me detengo en el camino de entrada, cuelga el teléfono y salgo, dejando mi teléfono en el auto.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunto, subiendo los escalones.

—Quiero decir que no mucho —dice y luego mira la bolsa de comida a su lado—. Pero Clarabella tuvo que dejar comida. —Se retuerce las manos.

—¿Está todo bien? —pregunto, repentinamente preocupado de que algo haya pasado y ella quiera hacer esto cara a cara.

—Sí. —Se levanta y el vestido le cae hasta los tobillos—. Es solo que tengo algo de qué hablar contigo, y si no venía aquí, no sé si tendría el coraje mañana.

—¿Por qué no te ponemos cómoda? —le digo, pasando junto a ella e ignorando la forma en que mi cabeza da vueltas. Abro la puerta y entro

con ella siguiéndome. Enciendo las luces de la cocina—. ¿Quieres algo de agua?

—No. —Ella niega con la cabeza—. Si bebo, probablemente voy a vomitar. —Se lleva la mano al estómago.

—¿Quieres sentarte? —pregunto, y ella solo me mira.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunta, e inclino la cabeza hacia un lado—. ¿Va a venir tu cita?

—No estoy saliendo con nadie —le digo—. Clarissa trabaja para la firma y está aquí para ayudar con la fusión. Está felizmente casada con su marido.

—¿Qué? —cuestiona—. ¿Por qué no empezaste con eso ayer?

—¿Por qué pensarías que estaba en una cita para empezar? —le respondo con una pregunta.

—¿Porque apareciste con ella? —Lanza sus manos en el aire—. ¿Qué más podría pensar?

—Pensaría que sabrías lo que siento por ti. —Pongo mis manos en mis caderas.

—Sobre eso. —Intenta bromear, pero veo que le tiembla el labio inferior—. Creo que me equivoqué —dice las palabras como si le doliera—. Oh, Dios —dice mientras se lleva la mano a la frente—. Esto es mucho más difícil de lo que pensé que sería. —Mis pies se pegan al piso de mi cocina con una isla entre nosotros. Mi cabeza da vueltas y vueltas mientras trato de averiguar qué diablos estaba diciendo—. Cuando mi padre murió... —empieza y luego puedo ver las lágrimas formarse en sus ojos y se las limpia—. Vi a mi madre pasar todos los días por algo. Fingía

que estaba bien, todavía lo hace, pero por la noche, cuando se metía en la cama, la oía hablar con él a través de la pared. Literalmente repasaba todo el día. —Ni siquiera puedo imaginar cómo habría manejado eso—. Y entonces por la mañana, sería como si no hubiera pasado nada.

—Preciosa —le digo, pero ella niega con la cabeza y levanta la mano.

—Si me interrumpes, no diré lo que tengo que decir —dice ella—. Lo que mereces saber. Juré que nunca me enamoraría porque perderlo me habría roto. —Se limpia las mejillas, pero las lágrimas siguen rodando por ellas—. Nunca quise confiar tanto en alguien que, si se iba, la mitad de mí se iría con él. —Ella se ríe—. Y luego, bueno, mis hermanos no ayudaron en nada. Ver que les rompían los corazones a Travis, Clarabella y Shelby, y aquí estaba yo con el único chico con el que he estado. —Su voz tiembla—. Así que luché porque si decía lo que sentía, me lo quitarían. Sería arrancado de mí, y entonces sería como mi madre. —Mira hacia abajo y veo que le tiemblan las manos—. Bennett, no podré sobrevivir sin ti. —Ella sonríe a través de sus lágrimas—. En el momento en que admita lo que tengo tanto miedo de admitir, será nuestro fin, y no creo que pueda sobrevivir. Estas últimas semanas han sido un infierno, mil por ciento los peores días de mi vida, y si no fuera por el bebé, no sé dónde estaría. Anoche en casa, sentí patear al bebé por primera vez —dice con una sonrisa radiante, y no puedo evitar la sonrisa que llena mi rostro—. Al principio, pensé que estaba en mi cabeza, pero luego bebí más jugo de manzana y no estaba en mi cabeza. —Su sonrisa se desvanece—. Y todo lo que quería hacer era llamarte. Todo lo que quería era que estuvieras allí conmigo. Todo lo que quería era... —Se calla

Trago el nudo en mi garganta mientras las palabras que acaba de decir dan vueltas en mi cabeza.

—En la habitación del hospital, te lo dije.

—Me dijiste que me amabas al mismo tiempo que tenía miedo de perder a nuestro hijo —dice ella—. La única razón por la que no te llamé fue porque pensé que me odiarías si algo le pasaba al bebé. —Oh, Dios mío, es mi turno de poner mis manos frente a mi boca. ¿Cómo podría siquiera estar pensando eso?

—Yo nunca… —empiezo a decirle, pero ella me interrumpe.

—Lo sé, pero ¿te imaginas ser la razón por la que perdiste al bebé? —dice suavemente—. Ese día estabas tan feliz y luego... —Se calla.

—¿Qué me estás diciendo? —pregunto, queriendo escucharlo, queriendo que ella admita lo que he sabido en mi corazón todo este tiempo.

Toma la inhalación más grande que he visto en mi vida. Su pecho sube y baja, sus manos tiemblan.

—Estoy diciendo que estoy enamorada de ti. —Se lleva la mano a la boca para detener el sollozo—. Estoy diciendo que te amo y estoy enamorada de ti, que quiero esto, tú y yo. Esto es lo que quiero. —Ella niega con la cabeza y se mira las manos—. Y entiendo que podría ser demasiado tarde y que es posible que hayas seguido adelante. —Ella me mira de nuevo—. Ni siquiera sé qué haría si los roles se invirtieran. —Ella sonríe con tristeza—. Quiero decir, mis hermanas probablemente incendiarían tu casa y pondrían hormigas de fuego en tu cama.

No puedo evitar reírme de eso.

—Solo puedo imaginarlo.

—Así que esto es todo. —Ella extiende sus manos a los lados—. Yo admitiendo lo que debería haberte dicho en la habitación del hospital.

—¿Por qué ahora? —pregunto.

—Bueno, uno, trajiste una cita a la casa de mi hermano. —Levanta el dedo—. Y dos, estoy cansada de vivir sin ti. Estoy cansada de decirme a mí misma que no estoy enamorada de ti cuando lo estoy. —Todo lo que puedo hacer es mirarla. Esta mujer que me empuja al borde del precipicio y me dan ganas de saltar. La mujer que amaré por el resto de mi vida, sin importar si estoy con ella o no—. Estas últimas dos semanas me han demostrado que, bueno, soy una idiota, y que te he hecho pasar por todo esto para nada. Sé que es mucho para asimilar, y realmente espero que puedas perdonarme. Así que... —Señala detrás de ella—. Me voy a ir para darte tu espacio y esperar a que pienses en lo que tienes que pensar.

Capítulo Veintiséis

PRESLEY

—Estas últimas dos semanas me han demostrado que, bueno, soy una idiota. —Quiero decir, bien podría llamarme así, especialmente porque mi madre lo señaló—. Y que te he hecho pasar por todo esto para nada y sé que es mucho para asimilar, y realmente espero que puedas perdonarme. Así que... —Estoy tan nerviosa, y mi corazón late tan rápido que no puedo concentrarme en nada. Las palabras simplemente salen de mí. Mientras estaba sentada afuera esperándolo, me prometí que, si me daba, aunque sea un minuto, le contaría todo. Solo recé para que no fuera demasiado tarde. Solo recé para no haberlo perdido para siempre—. Me voy a ir para darte tu espacio y esperar a que pienses lo que tienes que pensar. —Me doy la vuelta y empiezo a caminar hacia la puerta, cada paso siento como si mis pies se volvieran más y más pesados, y lo último que quiero hacer es salir por esta maldita puerta. Pero sé que le lancé tantas cosas a la vez y necesita tiempo para procesarlo.

Estoy casi en la puerta principal cuando escucho que su garganta se aclara, y me detengo, esperando que me diga que no es demasiado tarde. Esperando no haberlo alejado para siempre. Sabiendo que, si lo perdí, no tengo a nadie más a quien culpar sino a mí misma.

—Um —dice, y cierro los ojos por un segundo, antes de darme la vuelta para mirarlo. En este punto, ni siquiera estoy tratando de secarme las lágrimas porque es una causa perdida. Está de pie en el pasillo, y no creo que haya querido abrazarlo más en mi vida que ahora—. Eso es un montón de cosas para asimilar.

Asiento con la cabeza, tratando de tragar, pero tengo la boca muy seca y el nudo en la garganta se hace más y más grande a medida que pasa el tiempo.

—Fue una situación de "vete a lo grande o vete a casa". —Trato de sonreír, pero las lágrimas simplemente salen y puedo sentir mi labio inferior temblar—. Clarabella y Shelby dijeron que era de vida o muerte. Especialmente ya que estabas en citas. —Mis ojos no se encuentran con los suyos, *y quiero que salgas conmigo*.

Sacude la cabeza y se ríe.

—Tus hermanas son muy conscientes de que no estoy saliendo —me dice, y lo miro sorprendida—. ¿No crees que se me acercaron ayer para abrirme un nuevo agujero? —Todo lo que puedo pensar es que las voy a matar cuando les hable de nuevo. Nunca durante todo el tiempo que les abrí mi corazón me dijeron esto. Ni una sola vez—. Estas últimas dos semanas ni siquiera puedo expresar con palabras cómo han sido. Pasé de enojado a herido y de nuevo a enojado otra vez. Pero, sobre todo, te extrañé. —Toma una inhalación profunda—. No voy a volver a cómo eran las cosas. —El ardor comienza de nuevo en mi estómago—. No quiero no salir nunca contigo. No quiero que te escapes de la casa por la mañana. —Intento no hacerme ilusiones mientras da un par de pasos hacia mí.

—¿Qué tal si salimos por la noche tres veces a la semana? —contesto, dando un paso más cerca de él, con la esperanza de reducir la distancia

entre nosotros—. Donde o cuando quieras. —Doy otro paso adelante, esperando que no retroceda—. Y prometo nunca, nunca salir a escondidas de la casa por la mañana. —No le digo que lo que quiero es que estemos en una sola casa. Que después de estar lejos de él estas últimas dos semanas, todo lo que quiero es estar con él—. Lo quiero todo, y lo quiero contigo.

Da un paso hacia mí.

—Han sido doce años —me recuerda.

—Lo sé —digo—. Créeme lo se. Pasé toda la noche revisándolo una y otra vez.

—¿Toda la noche? —pregunta mientras da un paso más hacia mí, la distancia se hace cada vez más corta.

Puedo sentir que mi corazón comienza a latir tan rápido que podría salirse de mi pecho.

—Ya que estamos siendo honestos. —Golpeo mis piernas con mis dedos para calmarme—. No fue solo ayer. —Doy un paso más, y ahora estamos casi cara a cara—. Ha sido desde el principio. Simplemente no quería admitirlo. —Miro hacia abajo, y la necesidad de tocarlo es tan fuerte, pero me contengo—. Tengo miedo —digo esas dos palabras que nunca he dicho en toda mi vida. Dos palabras que me hacen sentir la más vulnerable.

Pone su dedo índice debajo de mi barbilla y levanta mi cabeza para que lo mire a los ojos.

—Nunca tienes que tener miedo cuando estás conmigo. —Su voz sale en un susurro.

Levanto mis manos y las coloco sobre su pecho. Puedo sentir el calor atravesando su camisa. Puedo sentir la forma en que su corazón late bajo mi mano.

—Te prometo que, si me das otra oportunidad, haré que valga la pena. —Me humedezco los labios—. Lo siento. —Sonrío mientras las lágrimas caen—. Lo siento mucho.

Pone su frente en la mía.

—Ya era hora —dice justo antes de besarme suavemente en los labios. Mis manos se mueven de su pecho a sus mejillas—. No eres una idiota. —Su mano cae desde debajo de mi barbilla hacia mis caderas—. Pero eres un dolor en mi trasero. —Echo mi cabeza hacia atrás, y no puedo evitar la risa que se me escapa. En ese momento, siento otra patada, y jadeo. Mi mano va a mi estómago.

—Parece que nuestro bebé. —Le sonrío—. Está de acuerdo contigo. —Tomo su mano y la pongo sobre mi estómago, y ahora es su turno de jadear.

—Estas tan grande —dice, sus ojos se agrandan cuando la sonrisa desaparece de mi rostro—. No quise decir eso. —Miro hacia abajo y veo su mano en mi estómago.

—No es lo único que se hizo más grande —agrego, y mis pezones hormiguean—. Además, no sé qué hay en esta cosa del bebé, pero nunca he estado más caliente en mi vida.

—¿Esa es tu manera de decir que extrañaste mi pene? —él bromea conmigo, y yo ahueco su polla.

—¿Sabes lo que más extrañé? —le pregunto mientras mi mano frota arriba y abajo su polla—. Tener esto en mi boca. —Ni siquiera espero a

que diga algo antes de caer de rodillas, mis manos trabajando frenéticamente para liberar su polla. Me toma menos de un segundo, y en el momento en que jalo sus calzoncillos hacia abajo, su polla salta libre—. Hola. —Mi mano aprieta su polla mientras lamo el líquido preseminal de él—. Yo también te extrañé. —Chupo la cabeza en mi boca, girando mi lengua alrededor de la cabeza de su polla antes de tomar la mitad de ella en mi boca de nuevo—. Hmm —gimo, cerrando los ojos y tratando de tomarlo más y más profundamente.

—Preciosa —dice mi apodo, y todo lo que puedo hacer es abrir los ojos y mirarlo mientras trago su polla. Sus caderas se mueven solo un toque para llenarme con más de su polla. Mi mano agarra la base de su polla, sacudiéndolo—. Mierda —susurra y luego da un paso atrás.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto bajo protesta cuando me levanta.

—No te he tenido en mucho tiempo. —Sus labios chocan contra los míos, su lengua deslizándose contra la mía—. Y el último lugar en el que voy a correrme es en tu boca. —Envuelve su brazo alrededor de mi cintura y me levanta.

—Bueno, al menos sé que eventualmente esta noche te correrás por mi garganta —bromeo mientras sube las escaleras y se dirige a su cama—. Podríamos follar en el sofá —le suplico.

—Te quiero desnuda —afirma, entrando en su habitación—. En el medio de mi cama. —Me baja, y su mano va directamente a la cuerda detrás de mi espalda. La suelta, y la parte superior cae hasta mi cintura—. Mierda —dice, mirando mis tetas que están saliendo de este medio sostén de encaje, él ahueca ambos senos y yo siseo.

—Son tan sensibles —le digo, y empuja hacia abajo, y mis tetas saltan libres.

—¿Qué tan sensibles? —pregunta, inclinándose y tomando un pezón en su boca. Chupándolo profundamente y luego mordiéndolo mientras su mano retuerce el otro pezón—. ¿Esto te hace...? —Se mueve hacia el otro pezón—. ¿Mojarte?

Me froto las rodillas.

—No —respondo, mis ojos se cierran mientras giro la cabeza hacia atrás—. Me empapa. —Sale en un jadeo—. Goteo.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dice, y desliza el vestido sobre mis caderas, y cae a mis pies. Gira su mano y la desliza por mis bragas. Su dedo se desliza dentro, y ahora gime. Mi mano encuentra su polla mientras lo masturbo—. Voy a follarte las tetas después.

—Puedes follar lo que quieras —le digo mientras desliza otro dedo dentro de mí—. Siempre y cuando me folles el coño primero.

—Eso suena como un plan —confirma mientras saca sus dedos de mí, y gruño en protesta—. Pero primero, me lo voy a comer. —Muerde mi labio inferior—. Te voy a comer como he soñado con comerte todo este tiempo. —Me arranca las bragas de las caderas y me pone en medio de la cama—. Abre las piernas —me ordena, y no tiene que decírmelo dos veces. Se pone de rodillas en medio de mis piernas. Su pulgar baja y hace un pequeño círculo sobre mi clítoris—. ¿Te gusta eso? —pregunta, y no puedo responderle porque estoy jadeando de necesidad—. ¿Te gusta esto? —Hace el círculo de nuevo—. ¿O esto? —Frota la cabeza de su polla en mi raja y luego se hunde en mí pulgada a pulgada—. Jodidamente apretada

—dice mientras sus bolas golpean mi trasero. No puedo evitar levantar mis rodillas y meterlo más profundo—. ¿Cuál te gusta? —él pregunta.

—Tu polla —le digo, tratando de mover mis caderas.

Saca su polla y se desliza de nuevo. Esta vez, los dos gemimos al mismo tiempo.

—Ahora, ¿te gusta esto? —Finalmente se estrella contra mí, y no puedo evitar poner los ojos en blanco—. ¿O esto? —Saca su polla, y cuando miro hacia abajo, su boca cubre mi coño.

—Mierda, mierda —canto mientras chupa mi clítoris con su boca y luego lame para deslizar su lengua dentro de mí.

—Entonces, ¿polla? —Se levanta y desliza su polla dentro de mí, y luego la saca, y su lengua toma el lugar de su polla—. ¿O la boca?

—Polla —digo, arqueando la espalda, y mis manos se mueven hasta mis tetas mientras pellizco mis propios pezones y los hago rodar.

—Está bien, polla —Desliza su polla dentro de mí y sus bolas golpean mi trasero. Me folla lentamente cuatro veces antes de sacarme la polla—. ¿O dedos? —Desliza sus dos dedos en mi coño y me folla.

—¡Bennett! —grito su nombre cuando estoy a punto de correrme, y saca sus dedos de mí—. ¿Por qué? —gimo—. ¿Por qué?

Toma su polla en la mano y la golpea justo en mi clítoris.

—Porque quiero mi polla dentro de ti cuando te corras. —Él choca contra mí—. Dime cómo lo quieres.

—Rápido y duro. —Ni siquiera tengo que pensar en ello—. Para la primera ronda. —Sus ojos encuentran los míos, y luego miro hacia abajo

y veo su polla tragada por mi coño—. La segunda ronda tiene que ser yo montándote. —Una de mis manos se mueve hacia mi clítoris—. La tercera ronda es con tu lengua. —Mi dedo recorre en círculos mi clítoris—. La cuarta ronda soy yo en la cocina agachada. —Cierro los ojos mientras su polla frota mi punto G una y otra vez. El sexo con Bennett siempre ha estado fuera de este mundo, pero con todas estas hormonas en mi cuerpo, esta será una de la que siempre hablaremos—. Entonces quiero que me folles las tetas y te corras en mi boca. —Su ritmo es más rápido mientras sus ojos observan su propia polla—. Estoy ahí —le digo, y él solo me mira—. Justo ahí —confirmo, y finalmente, me corro sobre su polla,

No detiene su paso. En lugar de eso, lo aumenta, y cuando termino de correrme, se estrella contra mí dos veces más y me corro de nuevo.

—Ahí está ella —dice—. Estás apretando mi polla con tanta fuerza —explica entre dientes—. Voy a venirme.

—Mi boca —digo dos palabras cuando termino de correrme sobre su polla y él se desliza fuera de mí. Me siento, y en el momento en que mi boca cubre su polla, coloca su mano a cada lado de mi cabeza mientras folla mi cara, y baja por mi garganta con mi nombre en sus labios.

Capítulo Veintisiete

BENNETT

La siento mover su trasero sobre mi polla frente a mí, y luego me empuja sobre mi espalda. Siento que acabo de cerrar los ojos y tengo que preguntarme cuánto tiempo ha pasado desde la última ronda. Estoy a punto de decir algo cuando agarra mi polla y lo único que puedo hacer es gemir.

Mis ojos se abren en el momento exacto en que desliza su coño por mi polla. Mis manos van a sus caderas.

—Buenos días —murmuro mientras levanto las manos y hago rodar sus pezones entre el pulgar y el índice. Simplemente se mueve arriba y abajo más rápido. Hemos estado haciéndolo toda la noche. Toda la puta noche, y ninguno de los dos está listo para rendirse.

Ella pone sus manos en mi pecho y sube y baja más y más rápido, rotando sus caderas cada vez que baja.

—Estoy cerca —dice, y quiero reírme. Ha estado cerca toda la noche. He perdido la cuenta de la cantidad de veces que se ha venido—. Bennett —gime mi nombre y me siento con ella, mi polla penetrándola más profundamente. Envuelvo mi brazo alrededor de su cintura y luego la giro sobre su espalda, mi polla nunca sale de ella.

Envuelve sus piernas alrededor de mi cintura.

—¿Esto es lo que quieres? —pregunto mientras la penetro un par de veces más antes de que los dos nos corramos al mismo tiempo. Me derrumbo a un lado y la llevo conmigo—. Necesito dormir —digo cerrando los ojos.

—Tú duermes, y yo voy a ir a buscar algo de comer —responde ella, alejándose de mí y agachándose para agarrar su bata—. Volveré —dice, saliendo de la habitación, y en lugar de acostarme en la cama, resoplo y me levanto, no estoy dispuesto a dejarla ir a ninguna parte sin mí.

Poniéndome un par de pantalones cortos, bajo las escaleras y la veo parada en el mostrador comiendo una galleta.

—¿Puedes ir a buscar algo a mi auto? —Ella me mira y veo que son poco más de las siete de la mañana.

—Claro —digo—. ¿Qué estoy buscando?

—¿Mi bolsa? —Toma otra galleta mientras camina hacia el refrigerador—. Olvidé traer jugo de manzana —se queja—. Necesitamos agregar eso a la lista.

Solo asiento con la cabeza y trato de ocultar mi sonrisa con esa última declaración. Me toma menos de tres segundos agarrar su bolsa y volver a entrar.

—¿Empacaste jugo de manzana? —pregunto mientras pongo la bolsa en la isla.

—No. —Ella mira hacia arriba, y puedo ver que tiene pequeñas manchas rojas en todo el cuello de mi barba—. Pero debería haberlo hecho.

—Entonces, ¿qué hay en la bolsa? —Me río, acercándome y besando su cuello.

—Algo de ropa y mis artículos de tocador —dice, y me detengo en seco.

—¿Tu ropa para hoy? —La miro.

—No realmente. Solo traje algunas cosas para guardar aquí —dice, y después de decirme que me amaba, esto es lo mejor que he escuchado.

—¿Eso es un hecho? —Agarro una botella de agua y me apoyo en el mostrador para enfrentarla.

—Bueno, no iba a contar mis pollos antes de que salieran del cascarón, pero tenía la esperanza de que me perdonarías. —Ella se acerca a la bolsa y la agarra—. Voy a estar arrastrando mi trasero hoy.

—Entonces, ¿juegas conmigo? —sugiero, sabiendo muy bien que ella nunca lo hará. Aunque ya se lo he pedido antes, no lo hará.

—Supongo que puedo. —Ella se acerca y toma su teléfono mientras yo la observo. Presiona los botones de su teléfono y luego escucho el sonido de un timbre.

—Ella jodidamente vive. —Escucho la voz de Clarabella, luego se sienta en la isla y cuelga el teléfono frente a ella.

—Jesucristo, te tomó bastante tiempo. —Escucho la voz de Shelby interrumpiendo—. Hemos estado esperando toda la noche.

—He estado ocupada. —Ella sonríe y luego me mira.

—Apuesto a que sí —dice Clarabella—. ¿Eso significa que no te dijo que te fueras a la mierda?

—Por supuesto que él no le dijo que se fuera a la mierda —responde Shelby—. Te estuve apoyando todo el tiempo. —Niego con la cabeza y me acerco a Presley y me paro detrás de ella. Mirando su teléfono y viendo a Clarabella en la parte superior y a Shelby en la parte inferior de FaceTime.

—Ella es una maldita mentirosa —declara Clarabella—. Me apostó veinte dólares a que no dirías que sí hasta hoy. —Shelby jadea en voz alta.

—Bueno, por suerte para mí —dice Presley, estirando su brazo para envolverme alrededor de mi cintura y tirar de mí hacia ella—. Dijo que no me odiaba. —Ella me mira, y todavía estoy atónito de que esté mostrando afecto frente a sus hermanas. En los doce años que hemos estado juntos, ella nunca mostró nada—. Además. —Se gira hacia la cámara—. Ambas están muertas para mí. —Ella usa sus pulgares para cruzar su cuello como si estuviera cortando su garganta. No puedo evitar poner mi mano en mi frente y reír en silencio. Quiero decir, las conozco de toda la vida, y quiero decir que no siempre estuvieron locas, pero estaría mintiendo.

—¿Por qué? —Clarabella jadea.

—Ustedes sabían que Clarissa no era su cita —sisea a la pantalla. Clarabella comienza a mirar hacia el techo y no se molesta en mirarla.

—En nuestra defensa —dice Shelby—. Nunca preguntaste.

—Tuve un ataque de nervios en la cocina de mamá por eso —declara Presley, y giro la cabeza para mirarla.

—Oh, Dios mío, ¿podemos ser más dramáticas con esto? —Shelby pone los ojos en blanco—. Tuviste un ataque de nervios porque te dijo que te amaba, y tú eras una idiota. No tuvo nada que ver con Clarissa.

—Eso no es verdad. —Ella golpea el mostrador.

—Por lo que yo sé, tu hombre está parado allí, desnudo, y de lo único que quieres hablar es de tener un ataque de nervios —la regaña Clarabella—. Es mi único cuñado al que no he visto desnudo. —Ahora se ríe a carcajadas.

—Lo he visto desnudo —nos informa Shelby.

—¿Disculpa? —Presley y yo nos quedamos boquiabiertos.

—Relájense, ustedes dos; fue cuando él tenía dieciséis años, y Travis lo retó a que se bañara desnudo. —Ella rueda los ojos—. Vi un dingleberry y la mitad de la ramita. —Shelby sonríe.

—No es una ramita. —Saco mi pecho y cruzo mis brazos sobre mi pecho—. Díselo. —Miro a Presley, quien pone los labios en blanco, tratando de no reírse—. Estoy esperando.

—Quiero decir, no es que quiera verlo, pero si voy a expresar mi opinión, tengo que verlo. —Clarabella se encoge de hombros.

—Absolutamente no —dice Presley—. De todos modos, las llamo para decirles que no voy a estar hoy. —Sus dos hermanas la miran con asombro—. Estuvimos despiertos toda la noche, y Bennett tiene el día libre. —Ella me mira—. Las veré a las dos mañana.

—También estoy libre mañana —murmuro.

—Las veré en dos días. —Ella se despide al teléfono—. Adiós —canta, se levanta y hace una mueca—. ¿Cuáles son las posibilidades de que podamos tomar una siesta?

—¿Te vas a quedar en casa y no vas a trabajar hoy y mañana? —pregunto, sin estar seguro de haberla escuchado realmente. No estoy

diciendo que su trabajo es su vida, pero tampoco lo estoy negando. Es una de las cosas que más amo de ella.

—Si te parece bien. —Empieza a agarrar la bolsa y pongo mi mano sobre ella para evitar que la levante.

—Está más que bien conmigo —le aseguro con una sonrisa—. Ahora vamos a tomar una siesta.

—¿Como una verdadera siesta? —Ella inclina la cabeza hacia un lado—. ¿O como *Ups, no quise meter mi polla en tu coño?* ¿Ese tipo de siesta?

No puedo evitar reír, y deslizar su mano en la mía mientras subimos las escaleras.

—Oye, tengo una pregunta —dice mientras entramos en la habitación, y pongo la bolsa en el banco frente a la cama—. ¿Cuál es tu número? —La miro—. Como, ¿con cuántas mujeres te has acostado?

—Um… —Pongo mis manos en mis caderas, no estoy seguro de querer responder a esto.

—Quiero decir, sé que estuviste con otras personas antes que yo —dice ella—. Pero, ¿cuántas, ya sabes, desde mí? —Levanta las manos—. Como, sabía que no éramos exclusivos.

—¿Estás tratando de decirme que has estado con otros hombres? —Las palabras me saben a ácido en la boca.

—No. —Ella ríe—. Solo he estado contigo. Me preguntaba con cuántas has estado después de mí.

—Cero —le digo, caminando hacia ella—. Desde el momento en que nos besamos, solo has sido tú. —Aparto el cabello de su rostro y beso sus labios suavemente.

Ella me sonríe mientras envuelve sus brazos alrededor de mi cuello.

—Eso es lo más sexy que me has dicho. —Me besa debajo de la barbilla—. Ahora desnudémonos y tomemos una siesta.

Me río.

—Desnudarse va a tener el efecto contrario a que durmamos la siesta —aclaro.

—No, no es así. —Ella sale de mis manos y se quita la bata—. Creo que voy a tomar una ducha antes de la siesta y lavar todo ese sexo. —Agarra la bolsa y mis ojos recorren su cuerpo. Sus tetas siempre han sido jodidamente perfectas, pero ahora están tan llenas, y luego mis ojos bajan a su pequeño bulto de bebé—. ¿Qué estás mirando? —Ella me mira de reojo antes de abrir la cremallera de la bolsa y tomar su neceser.

—Lo hermosa que eres. —Le sonrío con picardía—. Lo sexy que eres. —Ella niega con la cabeza y se ríe—. Y también cómo no pude follarte las tetas. —Eso la envía al límite, y ahora la habitación se llena con el sonido de su risa.

—Bueno, si vienes conmigo a la ducha, podemos hacer eso, y luego, cuando volvamos a la cama, realmente podemos tomar una siesta. —Se aleja de mí hacia el baño y yo observo su trasero.

—Si me vas a obligar. —Me bajo los pantalones cortos y la sigo al baño.

Nos lleva cuarenta y cinco minutos la ducha, pero eso es solo porque después de que le follé las tetas, se sentó en el banco y jugó consigo misma, lo que me llevó a arrodillarme.

—Yo salgo primero. —Ella besa mi pecho—. Y tienes que esperar cinco minutos porque si me agacho, vas a pensar que quiero que tengas sexo conmigo. —Pongo los ojos en blanco porque uno, ella no está equivocada, y dos, creo que puedo controlarme—. Y te amo, pero realmente, realmente tengo que tomar una siesta.

—Dilo otra vez. —La atraigo hacia mí.

—¿Decir qué otra vez? —Ella echa la cabeza hacia atrás y me mira.

—Di que me amas otra vez. —Me inclino para besar sus labios suavemente.

—Te amo —dice, y mi corazón da un vuelco. Esta mujer que me vuelve loco y presiona todos mis botones es dueña de cada parte de mí. Se pone de puntillas y besa suavemente la comisura de mis labios—. Te amo. —Besa el otro lado de mis labios—. Te amo. —Luego frota su nariz con la mía—. Te amo.

—Te amo más —le digo mientras abro la puerta de la ducha para ella, y sale, agarrando una de las toallas blancas que cuelgan.

La observo moverse por el baño y salgo, agarrando mi propia toalla blanca. Se pone una de mis camisetas blancas y sale del baño, y cuando miro hacia el mostrador, veo sus cosas mezcladas con las mías. Su cepillo para el cabello está en el mostrador. Sus cosas de la cara están justo al lado de mi loción para después del afeitado. Son mis cosas con las de ella, y puede que a nadie le parezca gran cosa, pero para mí, lo es todo.

Salgo y veo que la bolsa en el banco frente a la cama ahora está escondida en la esquina debajo de la silla.

—Había un cajón que estaba vacío —dice, saliendo del vestidor—. Puse mis cosas allí. —Camina hacia la cama y se desliza debajo de las sábanas—. Espero que esté bien.

Me río, sin decir nada mientras camino hacia el armario para agarrar un par de bóxers, y ahí están, sus cosas colgadas junto a las mías.

—Está más que bien —murmuro y vuelvo a salir sin mis bóxers. Nos toma treinta minutos extra antes de que realmente tomemos una siesta.

Capítulo Veintiocho

PRESLEY

El sonido de mis tacones llena el estacionamiento mientras subo los escalones hacia la puerta principal. En el momento en que la abro, siento que el aire frío sale volando.

—Hace más calor que las bolas ahí afuera —digo, quitándome las gafas de sol.

—Bueno, considerando que alguien ha estado con sus bolas profundamente dentro de ti durante los últimos dos días. —Clarabella se ríe desde detrás del mostrador de recepción—. Tú debes saberlo.

Pongo los ojos en blanco y trato de no reírme de su estúpido chiste.

—¿Estás tratando de decirme que nadie estaba profundamente dentro de ti?

—No tenemos sexo todas las noches. —Ella pone los ojos en blanco y sé que está mintiendo.

—Bueno, bueno, bueno. —Shelby sale de la cocina con una taza de café en la mano—. Mira lo que el gato arrastró. —Me río de ella porque durante los últimos dos días hemos estado acurrucados en la casa de Bennett, ninguno de nosotros quería salir de nuestro capullo. Pero hoy, tuvo que correr hacia la oficina, y pensé en venir a la mía.

—Este vestido costó doscientos dólares. —Bajo la mirada hacia el vestido rosa claro floreado de una pieza que llevo puesto. Todos y cada uno de mis pantalones me quedaban demasiado apretados, así que he estado usando vestidos—. Así que nadie arrastro a nadie.

—Si no te está arrastrando. —Clarabella se levanta y da la vuelta al escritorio—. No lo está haciendo bien.

—¿Vamos a hablar de otra cosa que no sea sexo? —Camino hacia mi oficina, y mis dos hermanas hablan al mismo tiempo.

—No. —No puedo evitar reír.

—Bueno, no estoy hablando de sexo, pero diré que me siento tan liberada. —Dejo mi bolso en la silla y me acerco al escritorio.

—Oh, Dios, si empieza a cantar "Soy mujer, escúchame rugir" —Clarabella se sienta en el sofá frente a mí—. Me voy a casa.

—No voy a cantar nada. —Ruedo los ojos hacia ella.

—Entonces, ¿por qué te sientes tan liberada? —Shelby pregunta mientras se sienta junto a Clarabella, quien se inclina y toma su taza de café para tomar un sorbo.

—No tengo ni idea. —Me encojo de hombros—. Tal vez porque ya no guardo el secreto de que estoy enamorada.

—No era un secreto —dice Clarabella—. Y si era un secreto, apestas guardando secretos. —Todo lo que puedo hacer es fulminarla con la mirada.

—¿No tienen nada más que hacer hoy?

—No, en realidad —dice Shelby, agarrando su taza de café de manos de Clarabella—. Ha sido una semana tranquila. Ni siquiera tenemos citas programadas.

—Genial —digo, aplaudiendo y agarrando el teléfono. Marco el número y espero a que el hombre responda—. ¿Cómo está mi cuñado favorito? —Miro a mis hermanas, quienes solo me miran, preguntándose con cuál estoy hablando.

Luke se ríe.

—Sí claro. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Sería posible pedir el almuerzo para dos? —le pregunto.

—¡Hola, cariño! —Clarabella grita desde el sofá y Luke se ríe aún más fuerte.

—¿El almuerzo es para mi mujer? —dice, y me meto el dedo en la boca y finjo vomitar.

—Es para la hermana embarazada de tu mujer y su hombre —digo y miro a mis hermanas, viéndolas negar con la cabeza y reír.

—Voy a arreglar algo —anuncia—. Ven a las once. —Miro mi reloj y veo que son poco más de las nueve—. Dile a mi mujer que, si se une a ti, le daré algo especial.

—Eww —digo y cuelgo mientras él se ríe—. Dijo que, si vas allí, te dará algo especial. —Ella me sonríe.

—¿Dónde vas a almorzar? —Shelby pregunta, y le sonrío.

—Pensé en sorprender a Bennett y llevarlo de picnic. —Observo las caras de mis hermanas en estado de shock.

—Hagas lo que hagas —dice Shelby—. Deja tu teléfono en el auto. —Cierra los ojos y no puedo evitar reírme.

Hace un tiempo, tuvo un picnic con Ace, y bueno, una cosa llevó a la otra, y por accidente, nos llamó en medio de su aventura. No hace falta decir que hubo suficientes jadeos y gemidos para que entendiéramos la esencia.

—Todavía tengo ese correo de voz guardado —dice Clarabella, y Shelby la golpea—. Se llama ventaja.

—Está bien, ustedes dos, necesito que salgan para poder hacer todo mi trabajo de la semana en dos horas. —Las espanto con mis manos. Salgo un poco después de las once, y cuando entro al restaurante, veo a Luke detrás de la barra.

—Mi cuñada favorita. —Se ríe y saco mi teléfono de mi bolso.

—¿Puedes decir eso de nuevo mientras te filmo? —le pregunto, riéndome, y camina alrededor de la barra agarrando la canasta de picnic de uno de los taburetes.

—Aquí tienes. —Me entrega la cesta—. Todo está ahí.

—Mira lo lindo que es esto —digo, levantándola y observándola—. Es muy *Mago de Oz* —afirmo, sobre la cesta de mimbre marrón.

—Es de Shelby. La compró cuando tuvo ese picnic con Ace. —Mueve los labios cuando mi sonrisa se convierte en desdén.

—Eww. —Me estremezco—. Probablemente tuvieron sexo encima de esto.

Luke echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Y esperemos que ella sea la única —bromea—. Además, no la quiero de vuelta. —Ahora es mi turno de reír mientras me despido de él y salgo del restaurante.

Me dirijo a la oficina de Bennett, y cuando estaciono mi auto, mi estómago comienza a revolverse cuando abro la puerta. Nunca me presenté en su oficina a la mitad del día, y mucho menos para llevarlo a almorzar. Mis pies se mueven antes de acobardarme y volver a mi auto.

Me sudan las palmas de las manos mientras sonrío a la recepcionista y pido ver a Bennett. *Tal vez debería haber llamado antes de entrar*, pienso para mí misma. Siento mi estómago como si fuera a vomitar cuando escucho que los zapatos se acercan al área.

Él sonríe mucho cuando me ve, y todos los nervios que tenía antes se han ido. Lleva un pantalón de vestir azul oscuro con una camisa blanca de botones con el cuello abierto. Su cabello parece como si acabara de pasar sus dedos por él, y sus ojos se iluminan. Él es todo.

—Bueno, esto es una sorpresa —me dice, y doy dos pasos hacia él y beso sus labios, sorprendiéndolo. Nunca, nunca lo había besado en público antes. Quiero decir, menos un par de besos borrachos en el bar o en el auto cuando me llevaba a casa.

¿Pero al aire libre? Nunca.

—Pensé que podríamos almorzar juntos —digo en voz baja—. Quiero decir, si no estás demasiado ocupado.

La sonrisa en su rostro lo dice todo.

—Bueno, ¿no es esto una coincidencia ya que estoy libre?

Mi rostro se llena con la misma sonrisa que está en su rostro ahora.

—Bueno, ¿no es este mi día de suerte? —le digo.

—Vamos atrás mientras termino un par de cosas. —Hace un gesto con la cabeza mientras caminamos por el pasillo. Me pica la mano por sostener la suya, pero cuando me he convencido a mí misma de sostener la suya, estamos en su oficina.

—¿Dónde está Andrew? —Señalo el escritorio en el pasillo vacío.

—Está libre por la semana —dice Bennett, agarrando un par de carpetas—. Todos lo estamos. Solo tenía que entrar y firmar un par de cosas.

—Bueno, ahora ¿no es eso una coincidencia? —Inclino la cabeza hacia un lado—. Yo también estoy libre.

Viene a pararse frente a mí, y lo miro.

—Me pregunto qué podemos hacer con nuestro tiempo libre. —Inclina la cabeza hacia un lado.

—Escuché que el domingo desnudo es realmente divertido —bromeo con él mientras salimos de su oficina, y mi mano se desliza hacia la suya. Sus ojos bajan a nuestras manos—. ¿Esto está bien? —El ardor en mi cuello comienza, y creo que tal vez deberíamos haber hablado de esto antes de ir y tomar su mano—. Está bien. —Sonrío mientras quito mi mano de la suya. Pero se apresura a agarrar mi mano y sus dedos se deslizan entre los míos—. No tenemos que tomarnos de la mano.

—Tienes razón, no lo hacemos —dice, empujando la puerta que da al exterior—. Pero quiero hacerlo. —Levanta nuestras manos unidas y besa mis dedos—. Ahora, ¿tomamos tu auto o el mío?

—Deberíamos tomar el mío ya que la comida está ahí. —Señalo mi auto y él deja de caminar.

—¿Ya compraste comida? —pregunta, sorprendido.

—Bueno, sí, pensé que sería bueno hacer un picnic. —Me encojo de hombros—. Está bien si no quieres comer la comida. Podemos ir a cualquier parte.

—Un picnic suena bien —murmura en voz baja, deteniéndose y agarrando mi rostro entre sus manos—. Ahora dame las llaves —dice justo antes de inclinarse para besar mis labios—. Me gusta cuando me sorprendes en el trabajo.

Echo la cabeza hacia atrás y me río de él, sacando las llaves de mi bolso.

—Esta es la única vez que te he sorprendido en el trabajo.

—Lo sé. —Agarra las llaves y camina alrededor del auto conmigo, abriéndome la puerta del pasajero—. Y me gusta. —Da un portazo y camina hacia el lado del conductor. Se sube, enciende el auto y luego ajusta el asiento—. Entonces, ¿a dónde? —pregunta mientras se pone el cinturón de seguridad.

Le doy las indicaciones para llegar a un pequeño lugar que encontré cuando estaba haciendo un recorrido con otra novia. Es muy aislado y justo al lado de un arroyo. Los árboles pesados y densos bloquean la mayor parte del sol, haciéndolo fresco.

Él agarra la canasta de comida mientras yo agarro la bolsa con la manta y las almohadas. Desliza su mano en la mía mientras navego a través de la hierba hacia el pasaje secreto.

—¿No es esto bonito? —le pregunto mientras nos detenemos.

—He vivido aquí toda mi vida y nunca he estado aquí —dice, y yo sonrío, agarro la manta y la coloco en el suelo. Me quito los tacones y tiro las almohadas sobre la manta—. Es tan pacífico. —Se quita los zapatos mientras se desabrocha el puño de la muñeca y se sube la primera manga y luego la siguiente. Se sienta en la manta y se inclina para besarme.

—Así que tengo que saber. —Me pongo de rodillas y me acerco a la cesta de la comida—. ¿Buena sorpresa, o sorpresa de no volver a hacerlo? —Abriendo la canasta, miro los diferentes tipos de sándwiches que hizo Luke.

Se ríe de mí, agarrándome por las caderas y atrayéndome hacia él. Me pongo a horcajadas sobre sus piernas, sentándome sobre él.

—Esta es la mejor sorpresa —me asegura, tirando mi cabello hacia atrás para ver mi rostro—. Quiero decir, no es la mejor sorpresa. —Yo jadeo—. Creo que la mejor sorpresa fue despertar contigo montándome. —Pongo los ojos en blanco—. O con mi polla en tu boca. —Lame sus labios—. No, en realidad, la mejor sorpresa fue que me dijiste que me amabas. —Besa mis labios—. Pero esto está muy arriba.

Pongo mis manos en su pecho.

—Estaba fuera de mi zona de confort. —Trago fuerte—. Y para ser honesta, casi salgo corriendo de la oficina mientras te estaba esperando.

—Gracias. —Me besa suavemente—. Por hacer esto.

—De nada. —Estoy a punto de besarlo cuando siento una pequeña patada, y mi boca y mis ojos se abren—. El bebé acaba de patear. —Agarro su mano y la pongo sobre mi estómago, realmente esperando que pueda

sentirlo—. ¿Por qué no me besas de nuevo? —le digo—. Por lo general, me da mariposas en el estómago.

—Te doy mariposas. —Él sonríe, su voz se vuelve suave.

—Siempre me diste mariposas —admito, inclinándome y besando sus labios suavemente—. Es como la primera vez, otra vez —digo, mis labios sobre los suyos a través de una sonrisa, y luego siento la patada de nuevo y él también.

—Oh, Dios mío. —Jadea, mirando su mano sobre mi estómago—. Lo sentí. —Coloca su otra mano sobre la mía—. Lo sentí. —Ahora mueve sus manos y sostiene mis caderas, levantándome de él mientras me pone a su lado para que pueda inclinar su cabeza y hablarle a mi estómago—. Hola, soy yo, tu papá. —Coloca ambas manos sobre mi estómago—. Lo siento, no he estado por aquí en las últimas semanas.

—Es culpa de tu mamá —interrumpo y le digo al bebé—. Ha tenido la cabeza metida en su cu… —Estoy a punto de decir culo y luego lo repienso—. Su trasero. —Me encojo de hombros—. Pero está bien ahora.

—Está más que bien. —Besa mi estómago—. Ahora, te daré de comer a ti y a tu mamá. —Él mira hacia arriba y toma dos sándwiches de la canasta—. Oh, hay jugo de manzana.

—Eso es mío —le digo, agarrando el jugo—. Puso una cerveza allí para ti.

Desenvuelvo uno de los sándwiches y veo que tengo el de pavo.

—¿Qué tienes? —Lo miro y él abre uno de jamón—. No quiero ese —le digo, sacudiendo la cabeza, y él se ríe.

—Bueno, entonces, por suerte para mí, este es el que quería. —Le da un mordisco mientras agarra la bolsa marrón, y cuando miro dentro, veo que son papas fritas caseras—. ¿Estás realmente libre por el resto de la semana?

Asiento y le doy un mordisco al sándwich.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunto, y él solo se encoge de hombros mientras mastica.

—No me importa mientras estés allí —dice, y yo sonrío.

—Si vamos a volver a tu casa, tendré que parar y buscar algo de ropa en mi casa —le informo, y se me hace un nudo en el estómago cuando pienso en lo que realmente quiero preguntarle.

—Podemos quedarnos en tu casa también —dice, mirándome—. Lo que quieras.

—¿Qué pasa si no quiero tener dos casas? —le pregunto y le doy un mordisco a mi sándwich antes de dejar escapar todo en lugar de ir lento.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta, y lo miro.

—Quiero decir, ¿y si en lugar de tener dos casas. —Tomo un sorbo del jugo de manzana, poniendo el dorso de mi mano contra mi frente—. ¿Tenemos solo una? —Mi mano comienza a temblar—. Olvídalo, fue una mala idea. —Ignoro la forma en que mi corazón late con fuerza en mi pecho y dejo el sándwich porque en este momento, todo lo que quiero hacer es vomitar.

—No sabes esto —dice en voz baja, y mis ojos vuelan hacia los suyos mientras deja su comida a su lado—. Pero la noche que terminaste en el

hospital, iba a pedirte que te mudaras. —Mi mano vuela a mi boca—. Tenía todas estas flores en la casa, e iba a prepararte la cena y bueno…

—Hubiera dicho que no. —Las palabras salen, y él solo me sonríe—. Y no porque no quisiera sino porque estaba…

—Lo sé —dice—. Confía en mí, lo sé. —Sus piernas se apoyan y descansa sus antebrazos sobre ellas—. Estos últimos días. —Él mira hacia abajo y luego mira hacia arriba—. Han sido maravillosos. —Sonrío porque realmente lo han sido.

—Debería haber sido así todo el tiempo. —Limpio la lágrima que se ha escapado—. Y siempre me arrepentiré de habernos hecho eso.

—Es nuestra historia —dice—. Es la forma en que tenía que ser. No voy a mentir. —Él se ríe—. Esperaba despertarme y descubrir que te habías ido esta mañana. —Sonrío con tristeza—. Estoy jodidamente feliz de que estuvieras en mis brazos.

—Estaré en ellos todo el tiempo que me quieras allí —le digo, y él me atrae hacia él.

—Sí —susurra, e inclino la cabeza—. Tengamos una casa. —No puedo evitar sonreír, y las lágrimas brotan, aunque quisiera que no salieran—. La pregunta es, ¿qué casa?

Capítulo Veintinueve

BENNETT

—¿Estás seguro de que sabes lo que estás haciendo? —Clarabella me mira y yo echo la cabeza hacia atrás y gimo.

—Estoy bastante seguro de que sé cómo torcer un tubo —le digo mientras golpea su bolígrafo en el bloc frente a ella—. A menos que haya cambiado de nuevo.

—No se ha cambiado. —Ella sonríe—. Tuvimos que cerrar un par de sugerencias de Travis y mi madre.

—Oh, Dios. —Tomo mi taza de café y tomo un sorbo—. ¿Quiero saber?

—Travis pensó que sería una gran idea ponerte en las redes y que te pateáramos pelotas hasta que una de ellas explotara rosa o azul. —Ella toca su dedo—. Eso fue un quizás.

—Absolutamente no —digo, sacudiendo la cabeza.

—Te habríamos dado equipo para que puedas tener más bebés. —Ella me sonríe y luego mira en dirección a mi polla.

—¡Preciosa! —le grito a Presley, que sale de la habitación.

Ha pasado un mes desde que decidimos mudarnos juntos. Quiero decir, ha pasado un mes desde que dijo que deberíamos tener una casa. Pasaron dos días mientras estábamos libres para ir a su casa y agarrar todo lo que quería traer.

Pasaron dos días más antes de que viera pequeños pedazos de ella por toda la casa. Los cojines en el sofá. Las fotos de nosotros ahora esparcidas por la casa. Era exactamente lo que imaginé cuando compré esta casa. Era un sueño para mí. Despertarme con ella todos los días y luego volver a casa con ella. Era como si un interruptor hubiera sido accionado dentro de ella, y estaba abordo con todo.

Ella me llamaba durante el día, aparecía con bocadillos solo para divertirse al verme. Antes pensaba que se preocupaba por mí, no hay duda ahora de que me ama. Cada vez que dice hasta luego, es seguido con un Te amo.

—Sí, querido. —Ella sonríe mientras baja las escaleras. Lleva un vestido ajustado de una pieza que muestra su barriga, su cabello está recogido y sus ojos brillan mientras se dirige hacia mí—. Estoy aquí. —Me abraza por la cintura, pongo una mano alrededor de su hombro y le beso la cabeza.

—Mira lo linda que te ves. —Clarabella sonríe y aplaude mientras la mira de arriba abajo.

—Bueno, ahora que no parece que comí en exceso y en realidad parece un bulto de bebé, también podría presumirlo. —Ella frota su vientre. Justo esta mañana, se enojó un poco porque se sentía gorda. Me tomó quince minutos hablar con ella para calmarla. Y con eso quiero decir que fui y compré una galleta, lo que la hizo sonreír.

—Ni siquiera pareces embarazada desde atrás —dice Clarabella, y Presley solo la mira.

—¿Por qué estás aquí? —Presley le pregunta entre dientes.

—Tenemos que repasar los detalles de revelación de género. —Clarabella mira el bloc que tiene delante—. Ya repasamos las decoraciones y la lista de invitados. —Clarabella pone un gancho—. Y Bennett rechazó la idea de Travis. —Ella pone una X al lado y me mira con las cejas levantadas.

—Ya rechacé eso —dice Presley—. No va a suceder. —Ella me suelta y se acerca a la nevera y agarra el jugo de manzana—. Tampoco lo será la de mamá.

—¿Debería siquiera preguntar qué fue eso? —pregunto, y Presley niega con la cabeza.

—Ella quería hacer fuegos artificiales y luego que un avión te pasara por encima y nos tirara agua de colores —me informa Clarabella, y quiero decir que nada me sorprende con ellos, pero eso, justo allí. Eso se lleva el premio.

—¿Qué tal una piñata? —pregunto.

—¿Qué tal si no? —Clarabella ni siquiera salta un latido.

—Vamos a tener los poppers simples. —Levanto mi mano—. Eso dispara confeti. —Miro a Presley.

—Quiero eso. —Presley me señala—. Nada extravagante.

Clarabella echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Nada extravagante, seguro. —Cierra el libro en el que estaba escribiendo—. Está bien, lo que tú digas. —Ella se aleja de la isla—. Y no olvides que tienes que vestir de rosa o azul. Lo que creas que es el bebé. —Ella sale por la puerta y la cierra de un portazo.

—¿Por qué no podemos simplemente averiguar, levantar el teléfono y llamar a la gente como se hacía en los viejos tiempos? —le pregunto a Presley, quien solo niega con la cabeza.

—Eso sería demasiado fácil. —Ella ríe—. ¿Estás conduciendo al médico o lo hago yo?

Empujo, poniendo la taza de café en el fregadero.

—¿Sabes lo que sería realmente divertido? —le pregunto, agarrando su mano mientras salimos de la casa—. Si ella no puede decir el sexo del bebé, y le ponemos confeti amarillo.

—Ni siquiera pongas eso en el universo, Bennett —dice Presley con los dientes apretados—. Retíralo. —Ella me mira, y todo lo que puedo hacer es lamer mis labios para no reírme.

—¿Crees que tal vez deberíamos haber descubierto el sexo del bebé antes que los demás? —Presley entra al baño con un sostén de encaje sin tirantes color rosa con bragas a juego, y una mirada hacia ella hace que mi polla se levante—. Como, ¿qué pasa si los poppers explotan y nos molestamos?

—¿Ese sostén es nuevo? —Me giro, limpiándome la mano en la toalla de mano.

—No vengas con "ese es un sostén nuevo" conmigo y ni siquiera pienses en rasgar estas bragas. —Ella cruza los brazos debajo de sus tetas, haciéndolas aún más regordetas.

—Eso no está ayudando. —Camino hacia ella—. Siempre podemos deslizarlas hacia un lado.

Toc, toc, toc, toc.

Oigo que la puerta principal se cierra de golpe y ladeo la cabeza para mirarla.

—De que sirve que griten toc, toc, toc, toc si ya están en la casa. —Me inclino y beso sus labios.

—Puedes tratar de mantenerlas alejadas —susurra—, pero nada ayudará. —Sus ojos vuelan hacia mi polla—. Tal vez quieras encerrar a tu soldado antes de que aparezcan.

—¿Por qué están aquí? —siseo—. Nos dijeron que estuviéramos allí en veinte minutos. Ni siquiera llegamos tarde.

—Um, hola, ¿estamos listos para irnos? —Escuchamos que nos gritan desde la escalera—. ¿Puede alguien responderme, o voy a pensar que ustedes están tratando de poner otro bebé en ella?

—¿Te imaginas? —dice Presley—. Este ya está ajustado. —Se da la vuelta y sale del baño y se dirige hacia el pasillo. Me pongo unos pantalones cortos y una camiseta y miro hacia ella para verla salir con un vestido veraniego.

—¿Por qué tenemos que prepararnos en el lugar? —pregunto y es en ese momento que sé que no haré una pregunta más por el resto del día, incluso cuando lleguemos y me lleven a otra habitación para que ella se ponga glamurosa.

—¿Como estas? —Travis me pregunta cuándo entra en la habitación diez minutos después de que llegué aquí. Estoy sentado en el sofá, viendo la televisión con un balde de cerveza frente a mí.

—Esta es la cosa más ridícula que he hecho —admito cuando hago un círculo con el control remoto en la mano—. Ni siquiera me dejan verla. —Mis ojos miran de arriba abajo, y lo veo vistiendo pantalones azules con una chaqueta rosa bebé—. ¿Qué demonios estás usando?

—No quería tomar partido, así que soy neutral —dice, y me doy una palmada en la pierna, riéndome, sabiendo que esto no va a salir bien.

—¿Alguien te vio? —Se sienta y toma una cerveza.

—Nop, y me estoy escondiendo hasta que sea el momento. —Sacude la cabeza, tomando un sorbo de cerveza—. ¿Estás listo?

—Ni siquiera cerca —le digo, y luego no decimos una palabra más hasta que Shelby entra en la habitación.

Lleva un vestido rosa bebé.

—Está bien, entonces tenemos diez minutos para salir. La gente ya se está mezclando.

Dejo mi cerveza sobre la mesa y me levanto.

—¿Dónde está Presley?

—Se está poniendo su vestido —dice Shelby—. Así que tienes que ponerte tu traje. No voy a decir que está de mal humor, pero no voy a dejar de pensarlo. —Ella se da la vuelta y comienza a caminar hacia afuera—. La próxima vez que la dejes embarazada, me iré por nueve meses.

Me acerco al traje azul cielo con una camisa blanca con botones, dejando los dos primeros botones abiertos porque sé que le gusta besarme cerca de la clavícula.

—Si ayuda —dice Travis—. Te ves sexy como la mierda. —No puedo detener la risa que ruge fuera de mí.

Salimos de la habitación y nos dirigimos hacia el espacio de la fiesta.

—Vaya —dice Travis a mi lado—. Esto es...

—¿Qué diablos? —murmuro, viendo todas las decoraciones.

Hay dos mesas altas en la entrada, una con un mantel azul, la otra con un rosa. Entre las mesas hay un cartel que dice cuentos de viejas. Los pequeños detalles te dicen qué anhela, cómo duerme, qué tan alto o bajo está cargando. Hay una pared enorme llena de globos rosas, azules y transparentes alrededor de un letrero que dice *¿Él o ella?*

Hay grandes globos rosas y azules por todas partes con largas mesas en el medio de la habitación con manteles blancos y jarrones con flores rosas, blancas y azules.

—Hola —dice Clarabella cuando se acerca a mí, y también lleva puesto un vestido rosa, pero el suyo es rosa fuerte—. Haremos los poppers en unos diez minutos.

—¿Dónde está Presley? —pregunto, mirando a mi alrededor, y la veo entrar en la habitación, y mi pecho se llena aún con más amor.

Su cabello negro está suelto y usa un vestido rosa bebé sin tirantes. La parte superior es ajustada hasta justo debajo de sus senos, y luego se abre con lo que solo se puede describir como miles de capas de vestido. Es tan acolchado, pero se detiene justo por encima de la rodilla en el frente, pero cae al suelo en la parte de atrás. La veo girar mientras mira a su alrededor, y parece que cada capa de la espalda tiene más y más tul.

Mis pies caminan solos mientras me dirijo hacia ella.

—Te ves… —digo cuando me acerco lo suficiente, mi brazo va alrededor de su cintura y es tragado por el vestido—. Nunca te has visto más hermosa.

Ella me sonríe, sus ojos brillan de felicidad.

—Tú tampoco te ves tan mal —dice justo antes de que me incline y bese sus labios. No tenemos mucho tiempo a solas antes de que nos detengan al lado donde hay una mesa llena de poppers.

—Está bien, pensamos que sería mejor si todos tomamos uno —dice Clarabella—. Las fotografías serán increíbles.

Me paro junto a la mesa mientras Clarabella les dice a todos cómo va a ser.

—¿Estás nerviosa? —Me inclino y le susurro al oído, y todo lo que puede hacer es sonreír, pero veo lágrimas en sus ojos.

—No me importa lo que tengamos mientras el bebé esté sano. —Parpadea para quitarse las lágrimas y se abanica la cara.

—Ahora. —Clarabella nos da a cada uno un popper—. A la cuenta de tres. —Ella mira alrededor de la habitación—. Y esto se está filmando, así

que, si vas antes, voy a saber quién es. —Mueve el dedo de un lado a otro por la habitación.

—Está asustando a nuestros invitados —murmuro y Presley solo rueda los ojos.

—Está bien, gente —comienza a decir Clarabella—. Uno.

—Te amo —dice Presley a mi lado.

—¡Dos! —grita Clarabella.

—Te amo más —declaro, y cuando escucho tres, giro la parte inferior del popper, al igual que todos los demás. El confeti rosa llena la habitación, y todo lo que puedo hacer es abrir la boca en estado de shock y felicidad y mirar a Presley, que tiene la misma mirada en su rostro. Ella mira el confeti rosa que cae sobre ella, y es en ese momento que doy el siguiente paso.

Me arrodillo a su lado, y los gritos ahogados llenan la habitación, y ella me mira. Se tapa la boca con las manos y solloza.

—No —dice incluso antes de que pregunte nada, y todos en la sala se quedan en silencio después de que ella dice eso—. Yo era quien tenía que proponerle matrimonio. —Ella niega con la cabeza—. Teníamos un plan. —Señala a sus hermanas, quienes asienten, estando de acuerdo con ella.

—Bueno, muy mal —le digo, mirando a Travis—. También teníamos un plan. —Travis viene a pararse a mi lado y me entrega la caja que le di antes de irse.

—No puedo creer que ustedes dos nos hayan dejado fuera —sisea Shelby.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Clarabella mira a Travis.

—¿Como ustedes dos me dijeron? —Travis argumenta de vuelta.

—Era una sorpresa —espeta Shelby.

—Igual —responde Travis, y luego la Sra. Baker dice.

—Juro por Dios que, si esto está en video y se está grabando, voy a lastimar a alguien. —Se gira y mira a sus hijos, quienes levantan las manos. Luego se gira hacia mí con una dulce sonrisa—. Continúa, querido.

—Presley. —Empiezo, mirándola y viendo las lágrimas correr por su rostro—. Hace doce años.

—No te atrevas —dice entre dientes, y mira a su madre, quien la mira con enfado—. Tenía dieciocho años, todos relájense.

—Como estaba diciendo, hace doce años, tuvimos nuestra primera cita. —Yo como que miento un poco en eso—. Sabía que era especial. Simplemente no sabía lo especial que eras. —Agarro su mano y la llevo a mis labios—. No hay nadie a quien pueda imaginar a mi lado por el resto de mi vida, excepto tú. No hay nadie a quien quiera a mi lado por el resto de mi vida, excepto tú. Me haces sonreír y fruncir el ceño, a veces al mismo tiempo. —La sala se ríe—. Me vuelves loco, pero luego haces que todo sea mejor con solo una sonrisa. —Sonrío a través de mis propias lágrimas—. Me has dado el mejor regalo al llevar a nuestra hija. —Me ahogo cuando digo las palabras—. Sería un honor y un privilegio llamarte mi esposa. ¿Te casarías conmigo?

—Esto no es justo —se queja—. Tenía todo este discurso, y ahora se ha ido.

—Bien —dice la Sra. Baker—. Ahora responde a su pregunta.

—Quiero contrarrestar tu propuesta —dice riendo.

Travis gruñe:

—Por supuesto que sí. —Él lanza sus manos en el aire.

—Acepto la propuesta con una condición —dice, y sé que, diga lo que diga, se lo voy a dar porque es ella. Siempre ha sido ella—. Nos casamos ahora.

Epílogo Uno

PRESLEY

—Aceptaré la propuesta con una condición. —Lo miro y no puedo evitar sentir que tengo todo el mundo ahora. Como si estuviera literalmente flotando en la nube nueve, pero me falta una cosa para hacerlo aún más completo. Llamarlo mi esposo—. Nos casamos ahora.

—No puedes casarte ahora. —Mi madre se pone la mano en la frente—. Ni siquiera tienes un vestido.

—Puedo usar este. —Miro el vestido que estoy usando ahora—. Quiero decir, era un vestido de novia. Simplemente lo modificamos.

—Pero es rosa —dice mi madre entre dientes.

—Mamá, no creo que nadie le crea si ella camina con un vestido blanco. —Clarabella se inclina y le dice—: Ese barco ha zarpado.

—Hace al menos seis meses —agrega Shelby y, a cambio, mi madre se muerde aún más los dientes.

—Estoy dentro. —Está de acuerdo Bennett—. Aunque me gustaría cambiar de traje.

—Estoy de acuerdo con eso —dice Shelby—. Pareces algodón de azúcar.

—No, no lo hace. —Lo miro—. Te ves guapo.

—Bueno, puede verse aún más guapo —sugiere Clarabella—. Con el esmoquin negro que le traje. —Solo la miramos—. Por favor, este no es nuestro primer rodeo.

—Está bien, genial —digo, aplaudiendo—. Vamos a casarnos.

—¿Así que eso es un sí para casarte conmigo? —Bennett pregunta, y veo que todavía está sobre una rodilla.

—Por supuesto. —Agarro su rostro y me inclino—. Sí, sí, sí —digo besando sus labios—. Siempre sí. —Sonrío y limpio el brillo labial de sus labios—. Se suponía que te iba a proponer matrimonio.

—Sobre mi cadáver —bromea, levantándose ahora y besándome—. Ahora, ¿qué tan rápido podemos casarnos?

—Treinta minutos —dice Shelby—. Ya tenemos el lugar en la otra habitación.

La miro sorprendida.

—¿No es eso para la boda que vamos a tener este fin de semana?

—Eso es lo que te dijimos —dice Clarabella—. ¿Ahora todavía estamos cien por ciento de acuerdo con este vestido?

Miro el vestido y asiento con la cabeza.

—Es bonito y atrevido. —Miro hacia abajo—. Soy yo, y me encanta. —Le sonrío a Bennett—. Y supe, cuando me lo puse, que era con lo que quería casarme.

Veinte minutos después, mi madre me acompaña por el pasillo donde la boda transcurre sin contratiempos.

Tres meses después

—Entonces, ¿qué dijo el doctor? —Clarabella me pregunta mientras me siento en el sofá de mi sala de estar. Estoy usando un vestido azul porque nada más me queda en este punto.

—Puede suceder en cualquier momento —respondo con suspiro—. Tengo una semana de retraso en este punto. Dijo que puedo aguantar hasta catorce días. Miro la pelota de baloncesto de mi estómago—. Voy a estar muy, muy enojada si te quedas aquí otros siete días. —Me froto el estómago.

—Ella está exactamente donde se supone que debe estar.

—Aquí tienes. —Bennett me pasa el vaso de jugo de manzana y le sonrío. Se inclina y besa mis labios.

—Gracias —le digo, y él levanta mis pies del sofá y se sienta con ellos en su regazo.

—Pero, ¿qué decidieron ustedes? —Shelby viene de la cocina con un plato de fruta para ella mientras me ofrece un poco—. Como, ¿preguntaste cuántos pueden estar en la habitación?

—Ella dijo que es el esposo y una persona de apoyo —repito lo que dijo la doctora—. Ustedes pueden pelear con mamá.

—Bennett —lo llama Clarabella—. ¿De verdad quieres estar allí? —Lamo mis labios cuando todo lo que hace es mirarla como si estuviera loca—. Quiero decir, ya has visto su vagina en detalle. ¿Quieres verla con un humano saliendo de ella? —Cierro los ojos ahora, ni siquiera dispuesta a imaginarme mi propia vagina de la forma en que ella la describió.

—Estoy mil por ciento seguro de que quiero ver nacer a mi hija —dice, y abro los ojos cuando siento humedad entre las piernas.

Aparto las piernas de Bennett y me pongo de pie.

—Creo que me oriné —digo, y los ojos de mis hermanas vuelan a la mitad de mis piernas.

—¿Crees? —Clarabella se sienta—. Hay como agua goteando por tu pierna.

—Oh, Dios mío —Shelby casi tira el plato de frutas—. Está sucediendo.

—¿Qué está sucediendo? —Bennett se sienta y mira hacia abajo—. Está goteando por todas partes.

—Es su agua —dice Clarabella, subiendo las escaleras corriendo—. Voy a buscar la bolsa. —Ella entra en nuestro dormitorio—. ¿Por qué huele a aceite de coco y sexo en tu habitación?

—Eww —dice Shelby— ¿Hiciste anal?

—¿Qué? —grito—. ¿Por qué siquiera preguntas eso?

—Escuché que el aceite de coco ayuda a facilitar las cosas —dice Shelby, y miro a Bennett, quien está parado en estado de shock con el puño justo en frente de su boca.

—No quiero tocar nada en esta habitación —declara Clarabella, saliendo—. Necesito, no sé, blanquear todo mi cuerpo. —Tira mi bolsa de hospital a mis pies—. Mierda, ¿la bolsa del bebé? —Sube corriendo las escaleras y se detiene—. ¿Por qué diablos están teniendo sexo? —Ella sostiene la barandilla, mirándonos.

—La doctora dijo que podría ayudar —dice Bennett en su defensa.

—Tuviste sexo esta mañana —acusa Shelby, y la miro—. Y luego fuiste al médico con la vagina llena de esperma. —Ella finge vómitos—. ¿Qué te pasa? —Ella mira de mí a Bennett, quien pone sus manos sobre su cabeza—. Se lo voy a decir a mamá.

Estoy a punto de decirle algo cuando un dolor agudo me atraviesa y grito, sosteniendo el sofá.

—¿Qué diablos fue eso? —jadeo—. Me estoy muriendo. —Pongo mi mano en mi estómago.

—Vamos a meterte en el auto. —Bennett mantiene la calma mientras Shelby agarra mi bolso y Clarabella finalmente regresa con el bolso del bebé.

Doy un par de pasos antes de tener que detenerme de nuevo.

—Agggggghhhh —gimo, agarrando mi estómago—. Lo siento, pero esto no es lo que dice en el libro. —Miro a Bennett, que solo está tratando de meterme en el auto. Me sostiene del codo mientras camina conmigo—. Eso se sintió como si alguien me apuñalara con un cuchillo.

—Te llevaremos al hospital —me asegura Bennett mientras todos nos amontonamos en el auto—. Alguien va a tener que cronometrar las contracciones —ordena Bennett mientras sale del camino de entrada.

—Estoy en eso —dice Shelby, sacando su teléfono—. Solo házmelo saber.

La miro y viene otra.

—Ahora —digo justo antes de que salga más agua de mí—. Oh, Dios mío. —Miro hacia abajo—. Es como si estuviera sentada en un charco de agua.

La ventanilla de atrás está abajo y Clarabella asoma la cabeza.

—Voy a vomitar. —El viento le echa el pelo hacia atrás—. Necesitas vender el auto. ¿Quién se va a sentar en el jugo de su vagina?

—Oh, Dios mío —digo, mirando hacia abajo—. ¿Cuánta agua hay en mí? —Miro a Bennett, quien, en este punto, se ha vuelto blanco pálido—. Aquí viene otra. —Comienzo mi respiración—. Esa no fue tan mala. —Miro a Shelby—. ¿Cuánto tiempo entre ellas?

—¿Qué? —pregunta y mira el teléfono que tiene en la mano—. Olvidé presionar el botón.

—¡Ay, Dios mío! —grito

—No es mi culpa —Shelby comienza a hincharse—. La tengo a ella en la parte de atrás con la cabeza saliendo del auto como un perro. Te tengo en frente chorreando no sé ni qué. —Se lleva la mano a la cabeza—. Creo que me voy a desmayar.

—No importa. Estamos aquí ahora —afirma Bennett mientras se detiene en el estacionamiento del hospital—. Mierda —dice, mirándome—. No llamé a la doctora.

—Bueno, estoy segura de que alguien la llamará —dice Shelby, abriendo la puerta y agarrando las bolsas.

Clarabella se baja del auto y me abre la puerta.

—Déjame ayudarte. —Me tiende la mano y yo la agarro, sacando un pie y luego el otro. Me pongo de pie y goteo por todas partes. Clarabella mira el agua en sus pies—. Está bien —dice—. No está bien, no está bien. —Suelta mi mano—. No me ofrezco como tributo. —Ella niega con la cabeza—. Ni siquiera quiero estar allí. Estoy fuera.

—Oh, ¿podrías detenerte? —Shelby la empuja hacia un lado y le entrega la bolsa—. ¿Podemos llevarla adentro?

Pero Bennett me tiene de la mano y ya estamos caminando adentro.

—De todos los días para que rompas aguas, creíste que era una buena idea hacerlo con tus hermanas aquí —murmura mientras presiona el botón del ascensor.

—¿Crees que planeé esto? —lo miro—. Esto no es como se suponía que iba a ser —le recuerdo, justo antes de que me atraviese la mayor contracción de mi vida. Literalmente tengo que agacharme—. Oh, Dios mío —susurro mientras entro en el ascensor con mis hermanas.

—¿Que piso? —Shelby me pregunta, y solo la miro—. Oh, por el amor de Dios —sisea y sale del ascensor, deteniendo a la primera persona que ve—. ¿Maternidad?

—Octavo piso —dice el hombre, y Shelby se gira, regresa corriendo al ascensor y presiona el ocho cinco millones de veces.

—Gracias a Dios que lo presionaste tantas veces. Hace que el ascensor vaya más rápido —dice Clarabella y me mira—. Está goteando por todo el ascensor. —Se gira y apoya la frente contra la pared del ascensor—. ¿Debería presionar el botón de emergencia y decir *limpieza*

en el pasillo ocho? —Imita, y si no tuviera tanto dolor, incluso podría reírme.

Las puertas del ascensor se abren y salgo caminando hacia el escritorio.

—Hola —dice Bennett—. Mi esposa va a tener un bebé.

—Obviamente, ella va a tener un bebé. ¿Por qué otra razón estarías aquí? —Shelby dice.

—Está goteando por todas partes —explica Clarabella—. Como si no le quedara agua dentro.

La enfermera nos mira a todos y trato de decir algo, pero todo lo que puedo hacer es sostener el escritorio frente a mí.

—Está en trabajo de parto activo.

—Ella está haciendo algo —dice Clarabella—. Intentamos cronometrar cosas, pero...

—Por aquí —dice la enfermera, y trato de seguirla, pero tengo que parar, y ella corre a buscar una silla de ruedas.

—Deberías ponerle una toalla a eso —sugiere Clarabella, pero me siento y me duele el trasero.

—Siento presión —le digo a la enfermera que entra corriendo a la habitación.

—¿Qué más sientes? —ella pregunta—. Por favor, métete en la cama.

—Siento que alguien está tratando de salir de mi vagina —le digo—. Literalmente, salir de mí como un Transformer.

—Oh, Dios mío —dice Bennett mientras me ayuda a meterme en la cama, pero un dolor me atraviesa y todo lo que puedo hacer es apoyar los codos en la cama mientras me balanceo de un lado a otro.

—¿Cuándo empezó todo esto? —pregunta, y miro a mis hermanas.

—No lo sé —dice Shelby—. Estábamos sentadas. Acababan de llegar de consultar con el médico.

—¿Ella desgarró tus membranas? —me pregunta la enfermera, y yo solo la miro fijamente—. Está bien, veamos qué está pasando —dice, y abro las piernas.

—¿Eso es sangre? —Bennett pregunta mientras trato de mirar hacia abajo, pero con mi estómago, no puedo ver una mierda. Se acerca a mi lado y toma mi mano—. Está bien.

—¿Qué sucede? —Miro a Shelby, que tiene las manos en las mejillas—. ¿Es malo?

—Podría ser el tapón mucoso —explica la enfermera.

—Nunca, nunca voy a tener un hijo —declara Clarabella mientras se lleva una mano a la boca—. No puedo hacerlo.

La enfermera me corta las bragas y jadea.

—Oh, vaya, ella está coronando —dice, y no tengo idea de lo que eso significa. Se levanta de un salto y corre hacia el monitor—. Tenemos una coronación en la habitación siete —dice la enfermera, mirándome—. Necesitamos una cama caliente y un médico de inmediato.

—¿Qué podemos hacer para ayudar? —Shelby pregunta, mirando alrededor.

—Mantengamos calmada a mamá —dice la enfermera, haciéndome señas con la barbilla—. Hagas lo que hagas, no empujes.

—¿No empujar? —grito—. Necesito drogas. —La miro—. Está en mi plan de nacimiento. No voy a hacer esto sin drogas.

—Oh, ya hemos superado eso —anuncia, y sale corriendo de la habitación.

—Tengo un par de Xanax —dice Clarabella, yendo por su bolso—. Si las masticas, pueden hacer efecto y estarás dormida antes de recordar nada de esto.

—Está bien, gente. —Entra un hombre aplaudiendo, seguido de otras cuatro personas con una cama, y aparatos.

—Cúbrela —le dice Shelby a Bennett.

—Él es el médico —dice Bennett—. Va a ver mucho más que eso.

—Está bien, tenemos que desvestirla —dice la enfermera.

—Solo córtalo —dice Clarabella, y yo solo la miro fijamente—. ¿Qué?, nunca vas a usar este vestido de nuevo. Tiene fluidos corporales y mucosidad y todo eso.

Estoy a punto de gritarle cuando llega un dolor agudo.

—¡Ay, dios mío! —grito cuando el ardor llena mi vagina. Es como si me derramaran una olla de agua caliente en la vagina—. Quema.

—¿Qué es eso? —pregunta Clarabella, parada al lado del doctor mirando directamente a mi vagina—. ¿Por qué es rojo? —ella me mira—. ¿Por qué está tan hinchado?

—Está bien, entonces vamos a comenzar a pujar la próxima vez que tenga una contracción —explica el médico—. Todos vamos a contar hasta diez. —Siento que viene el dolor, la tensión comienza de inmediato y gimo—. Está bien, y empuja —dice el médico, y yo empujo mientras cuentan.

—Oh, Dios mío, la cabeza está saliendo —dice Clarabella, inclinándose junto a la cabeza del médico y lo único que él puede hacer es sonreírle—. Es una niña —le informa, y no tengo tiempo para decir nada mientras empieza a llegar otra.

—Está bien, quiero que empujes como si tuvieras que hacer una gran caca —me dice la enfermera—. Y adelante.

—Puedes hacer esto —me tranquiliza Bennett a mi lado, besando mi frente.

—No pensé que tu vagina podría agrandarse —dice Clarabella—. Me equivoqué.

—Maldita sea —dice Shelby cuando mira hacia abajo, y Bennett está a punto de ir a mirar, y le aprieto la mano.

—No te atrevas —le advierto entre dientes.

—No lo hagas, hermano. —Está de acuerdo Clarabella—. Nunca la verás de la misma manera. —Ella niega con la cabeza y mira hacia otro lado.

—Empuja —dice el médico, y empujo con todo lo que tengo. Mis ojos se cierran cuando los escucho contar.

—Oh, Dios mío, toda la cabeza está fuera —dice Clarabella, y se pone la mano en la cabeza—. Es como si le saliera una cabeza humana.

—No presione —dice el médico, y no tengo que adivinar lo que está haciendo porque Clarabella me lo dice.

—Está literalmente girando la cabeza del bebé —dice entre dientes—. ¿Es seguro? —Ella mira al doctor, quien solo se ríe de ella.

—Esto es lo más divertido que he tenido —dice el médico, riendo—. Está bien, creo que un empujón más, y vamos a sacar los hombros, y luego debería ser un viaje tranquilo.

—No sé si puedo hacer eso —le digo, sintiéndome tan cansada de repente—. Duele.

—Tienes esto —dice Bennett, y tomo un gran respiro—. Si alguien puede hacer esto, eres tú.

—Tienes esto —me anima Shelby a mi lado.

—Tengo fe en ti —dice Clarabella—. Quiero decir, en este punto, eres una heroína.

La enfermera me pone una manta en el estómago cuando pujo, y cuando llegamos al siete, el doctor me mira.

—Aquí vamos —dice, y no sé a qué se refiere, pero un segundo después coloca a mi bebé sobre mi estómago—. Tenemos una bebé —dice, pero mis brazos ya la están rodeando y los sollozos me atraviesan.

—Mi bebé —le digo, mirándola con la cabeza de Bennett junto a la mía—. Tenemos una bebé —le digo, y él tiene sus propias lágrimas corriendo por su rostro—. Hola, cariño —le digo, besando a la bebé mientras nos parpadea—. Bienvenida al mundo, mi niña.

Epílogo Dos

BENNETT

Cinco años después

—¿Estás lista, mi princesa? —Vuelvo a poner el jugo de manzana en el refrigerador y miro a mi hija, Violet, que está sentada en la isla.

—Necesito mi lazo, papá —dice, dándose la vuelta y levantándose de su taburete mientras salta hacia el sofá donde dejó su lazo para el cabello—. ¿Lo haces por mí, papá? —Ella vuelve y me lo da.

—Um… —Miro la cinta en mi mano y el cabello negro de mi hija—. ¿Qué tal si le pedimos a mamá que lo haga?

—¿No puedes hacerlo? —Violet se pone las manos en las caderas y la inclina. Sus ojos azules solo me miran—. La tía Clarabella dice que las chicas gobiernan el mundo de todos modos. —Violet se encoge de hombros—. Está bien, papá. Puedes cortar el césped mejor que mamá.

Ni siquiera sé qué decirle.

—Gracias. —Me agacho y la levanto—. Por el voto de confianza —digo, agarrando mis llaves—. Y para que lo sepas, los niños y las niñas

gobiernan el mundo. —Le beso la nariz mientras la pongo en su asiento elevado y ella aparta mi mano.

—Puedo hacerlo sola —me dice Violet, y yo solo la miro.

Ella es el sello de su madre. No se puede negar que es su mini yo. Pero también es la niña más independiente que he conocido, tiene que hacer todo por sí misma; incluso si no puede hacerlo, intentará hacerlo, y solo cuando llegue al final de su ingenio buscará ayuda, pero, aun así, es como sacarle un diente al preguntar por ello.

El otro día, estábamos afuera en el patio trasero, y ella estaba tratando de trepar por las barras de los monos. En lugar de pedirme que la sostuviera o la acompañara, lo hizo sola. Se cayó una y otra vez, pero se levantó, y después de cuatro malditas horas, lo cruzó.

—¿Vamos a comprar Starbucks para mamá?

—Hoy no. —Me meto en el asiento del conductor y miro por el espejo retrovisor para asegurarme de que está bien abrochada—. Están haciendo pruebas de sabor.

—Oh, mi favorito. —Violet aplaude—. Me gustan los pasteles. —Niego con la cabeza.

Desde que tenía tres meses y Presley volvió al trabajo, fue con Violet atada a su pecho o empujada en la carriola. A donde iba, también iba nuestra hija, que ahora es un elemento fijo en la oficina. Va a ser extraño cuando ella esté en la escuela todo el día, pero no tengo ninguna duda de que estará a cargo de esa clase de jardín de infantes con consejos para sus maestros.

Incluso conduciendo a la oficina, ella me dice cuándo girar. Cuando estaciono al lado de la camioneta de Presley, ella se desabrocha y abre la puerta. Salta y camina delante de mí, abre la puerta y la escucho gritar:

—¡Sofia está aquí! —Ella corre adentro mientras mantengo la puerta abierta—. No sabía que ibas a estar aquí.

—Sorpresa —dice Sofia, poniéndose en cuclillas frente a ella y dándole un abrazo—. ¿Y adivina qué? —Toca la nariz de Violet—. Me quedaré todo el verano. —Violet salta arriba y abajo—. Voy a necesitar que me muestres qué hacer. —Ella le sonríe y se pone de pie.

—Hola —digo, levantando la mano—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Ella sonríe y extiende su mano para sostener la de Violet—. Es bueno estar de vuelta.

—Siempre estamos felices cuando estás aquí —le digo.

Desde que cumplió dieciséis años, venía y visitaba a Harlow. Dijo que venía para ayudarla con el bebé, pero un día vino a trabajar con Clarabella, y bueno, se enamoró de todo. Se graduó de la escuela secundaria hace dos años y ha estado tomando clases de negocios. Le quedan dos años más, pero es seguro decir que lo más probable es que termine haciéndose cargo del negocio eventualmente.

—¿Cómo van los estudios? —pregunto, y puedo ver que sus ojos se vuelven cautelosos.

—Bien. —Ella mira a Violet—. ¿Quieres ayudarme a colocar los platos?

—Sí —dice Violet, saltando arriba y abajo.

Miro hacia el pasillo cuando escucho un taconeo y veo a mi esposa venir hacia nosotros. No puedo evitar sonreírle cuando nuestros ojos se encuentran. Ve a Violet hablando con Sofia, así que viene a mí.

—Hola, preciosa. —Envuelvo mi brazo alrededor de su cintura y me inclino para besarla—. ¿Cómo te sientes?

—Cansada —dice, apoyando la cabeza en mi hombro. Tiene cinco semanas de embarazo y nos acabamos de enterar. Decidimos que era ahora o nunca, y bueno, como siempre tomó una vez, y ella estaba embarazada—. Gracias a Dios, Sofia decidió aceptar el trabajo de pasante de verano —dice, mirándola—. Quiero decir, no es que ella lo necesite. Ha estado ayudándonos desde que cumplió los dieciséis. —Presley se ríe—. Demasiado para quedarse en la granja y convertirse en veterinaria como Harlow.

—Voy a preparar todo para la reunión —dice Sofia, y Presley simplemente asiente.

—Eh, ¿Violet? —llama a nuestra hija—. ¿Dónde están mi abrazo y mi beso? —Se pone las manos en las caderas como lo hizo Violet conmigo no hace mucho tiempo. Violet pone los ojos en blanco, y tengo que mirar hacia abajo y no mostrarle que estoy a punto de reírme—. ¿Dónde está tu lazo? —le pregunta a Violet.

—Papá no pudo hacerlo. —Ella se inclina y trata de susurrar, pero no sale como un susurro.

—Puedo hacerlo —dice Sofia—. Vamos a vestirte para el éxito. —Le tiende la mano a Violet, que se acerca a ella.

Salen por la puerta al auto y Presley se levanta y se para frente a mí.

—Dios, hueles bien —le digo, acercándola a mí—. ¿Vamos a la oficina?

—Bueno, cuando me obligas de esa manera —bromea mientras me lleva de vuelta a su oficina, donde vamos al baño y tomamos un rapidito. Se baja la falda después de limpiarse y salimos juntos.

—Ustedes son jodidamente repugnantes —declara Shelby, sosteniendo a Arya, su hija de seis meses, en sus brazos—. Hay niños en el edificio. —Ella pone sus manos sobre las orejas de Arya. Desearía poder decir que estaba avergonzado, pero con estas tres, nada, y quiero decir nada, podría avergonzarme.

—Los escuché desde mi oficina. —Clarabella entra en la habitación. Está embarazada de seis meses, pero por su tamaño, está teniendo un pavo. Todavía estoy sorprendido de que tenga un hijo—. Estaba disgustada e impresionada.

—Está bien, ¿vamos a comenzar esta reunión? —Shelby pregunta—. Antes de que entre Sofia.

—Estoy tan emocionada, Clarabella. —Presley aplaude—. Ella va a estar tan sorprendida.

Miro a Presley.

—Le ofreceremos oficialmente a Sofia un puesto de tiempo completo tan pronto como termine los estudios.

—Es hora de entregar las riendas —dice Shelby.

—Bueno —dice Presley—. Son de ella para tomarlas.

SOFIA

Dos años después

—Tienes esto —dice Clarabella desde detrás de su escritorio.

—Solo recuerda, ninguna de nosotras sabía qué diablos estábamos haciendo —me dice Presley mientras amamanta a su hijo desde el sofá mientras su otro hijo rebota en el platillo justo en frente de ella. Gemelos irlandeses es como los llamamos. Shelby los llama patrocinadores andantes de control de la natalidad.

—Y si necesitas algo, estamos aquí —me recuerda Shelby, y agarro mi libreta.

—Tengo esto. —Trato de sonar más segura de mí misma de lo que realmente estoy—. Tengo esto.

—¿Quién gobierna el mundo? —dice Clarabella.

—Niños y niñas, según Violet —bromeo con ella.

—Sal de mi oficina y ve a atrapar a esa pareja. —Señala la puerta, se da la vuelta y sale.

Se me ha hecho un nudo en el estómago desde la semana pasada cuando me entregaron este cliente. Sabía que podía hacerlo. Solo tengo pánico escénico.

—Aquí vamos —digo mientras abro la puerta del lugar donde la pareja está de espaldas a mí.

Miro mis tacones color piel por un segundo, y cuando miro hacia arriba, todo dentro de mí se detiene.

Allí, de pie frente a mí con una chica rubia sosteniendo su mano, está mi primer amor, Matthew Petrov.

Querido amor,

Mmmm, ¿qué puedo decir? No puedo decir adiós todavía.

Especialmente ahora que Sofia se ha hecho cargo.

Las estrellas se han alineado, y parece que no solo su primer amor está de regreso en su vida, sino que tiene que planear su boda.

¿Caminará él por el pasillo?

¿Quién será la novia?

Tú sabes qué dicen ellos.

Solo el tiempo lo dirá

Hasta julio de 2023

Con amor

NM



LOVE

Southern Wedding Series

CUANDO DOS MUNDOS CHOCAN NADIE SABE LO QUE VA A PASAR

Mine To Take

SOFIA BARNES

Siempre me ha gustado jugar a disfrazarme.

Crear bodas falsas era mi pasatiempo de la infancia.

Ahora es mi sueño hecho realidad.

Finalmente me han entregado mi primer cliente.

Pero nada podía prepararme para quién me saludó cuando entré.

Fue mi primer beso, mi primer todo, incluido mi primer y único desamor.

Ahora tengo que planear su boda.

MATTHEW PETROV

Mi familia está llena de la realeza del hockey.

De mi abuelo a mi tío y a mi padre.

Ahora es mi turno de abrirme camino en la clasificación.

Tuve todo lo que siempre quise en mi vida.

O eso pensé.

Nada podía prepararme para encontrarme cara a cara con Sofia.

La conocía por dentro y por fuera.

Ella conocía mis secretos internos.

Hace dos años, la dejé ir, y ahora está planeando mi boda con otra persona.

Dicen que el tiempo cura viejas heridas. Ellos mintieron.

Tal vez ella fue solo mía para tomarla.

LOVE

Southern Wedding Series

Este Libro Llega A Ti En Español Gracias A





NATASHA MADISON

mine to